ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DEL SECRETO DE LA HIJASTRA

Harlow Bissinger Bancroft está felizmente casado y es el jefe de un imperio corporativo. Sin embargo, ninguno de sus abogados puede ayudarle, cuando un chantajista amenaza el futuro de su familia. Su hijastra, Rosena Andrews, tiene un secreto que quiere mantener oculto. Después de ponerse en contacto con Perry Mason para pedir su ayuda, el chantajista es encontrado muerto.



Erle Stanley Gardner

El caso del secreto de la hijastra

Perry Mason - 70

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the StepDaughter's Secret*
Erle Stanley Gardner, 1963
Traducción: Pol de Ramírez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AMORY Eve: Despampanante *Starlet*.
ANDREWS Rosena: La atribulada hijastra de Bancroft, hábil esquiadora acuática.
BANCROFT Harlow: Cree tener la solución en la punta de sus dedos.
BANCROFT Phyllis: Especie de lady Macbeth, pero al revés, que vació su portamonedas y dejó a su marido aguantándole el bolso.
BLAIR Jetson: El príncipe azul de Rosena.
CHAMBERS Dunstan y Lorraine: Buceadores que exploran profundidades humanas.
DRAKE Paul: Eficiente detective privado.
GILLY Willmer: Consideraba San Quintín como la Universidad de Harvard.
KELSEY Con-King: Su plan hacía aguas.
KIRBY Drew: Taciturno vigilante. Su evidencia era tan nebulosa como los cristales de sus gafas.
MASON Perry: Culto abogado, que profundiza en la naturaleza del caso.
STREET Della: Brazo derecho, ojos y oídos de Perry Mason.

Prólogo

James Davis había nacido indio americano.

La naturaleza lo dotó de tal modo que los habitantes de la moderna ciudad apenas podían comprenderlo. A veces se vestía sus viejos trajes, bajaba al río y, sentado a la orilla, escuchaba el viento a través de los árboles.

Así, en contacto directo con la Madre Naturaleza, renovaba su coraje espiritual. Era como si escuchase la voz de siglos de creación.

James Davis logró ingresar en el Colegio de Abogados de California, y, posteriormente, fue elegido fiscal de condado de Siskiyou. Los ciudadanos del condado lo respetaban.

Una noche del año 1936, dos oficiales de la policía murieron al detener a dos hombres que antes habían peleado con otros dos sujetos.

Uno de los testigos murió también durante la operación de arresto. El otro contó su historia a la policía, y, luego, a James Davis.

Su testimonio, en opinión de Davis, era insuficiente para un cargo de asesinato. Poco tiempo después, el testigo contó de nuevo su historia.

No me referiré a su verdad, sino a la actitud mental de Davis y a su valor moral.

Davis supo, a través del relato del único testigo, que los dos hombres dispararon en justificable autodefensa. La policía, acompañada de dos testigos, acudió a un descampado donde los acusados se hallaban sumidos en profundo sueño. En el momento en que los oficiales «saltaron» sobre los dormidos sujetos, uno de los testigos gritó: «¡Disparad contra esos hijos de perra!».

Los acusados despertaron de su sueño con estas palabras en sus oídos, y se levantaron apretando el gatillo de sus armas.

No obstante, todo eso carece de importancia. Lo que a mí me interesa no es la evidencia del caso, sino la actitud mental del fiscal del distrito, y lo que hizo:

Rehusó acusar.

Semejante actitud suponía un suicidio político, y él lo sabía. Pese a ello, mantuvo sus propias convicciones frente a la tormenta de la airada opinión pública, con las manos vacías.

Los periódicos publicaron editoriales condenatorias. Las autoridades se apresuraron a designar a un fiscal especial, y presentado el caso ante un jurado, los acusados fueron hallados culpables y sentenciados a muerte. (Después de dos años en celdas para sentenciados a muerte, les conmutaron la pena a cadena perpetua).

Los que apoyaban políticamente a James Davis, separáronse de él como las hojas de los árboles en otoño.

Davis tenía algo que decir, y lo expuso en público.

—Es deber del fiscal atenerse a su propio análisis de la verdad y no dejarse influir por falsas evidencias. Su primer paso es hallar la verdad, si bien no está libre de incurrir en error. Está obligado a seguir el camino que su «verdad» le marca, sin importarle las consecuencias. El fiscal ha de considerar los derechos constitucionales de los ciudadanos con cautela y discreción. Debe analizar la situación a la luz de la justicia, quienquiera que sea el muerto, y sin que haga mella en su ánimo la opinión pública. Si un fiscal es incapaz de resistir una acusación de aparente injusticia, y prefiere luchar solo con sus propias convicciones, nunca será merecedor de la sagrada confianza que un pueblo depositó en él. No debemos olvidar que ha jurado defender la constitución de su Estado, y hacer cumplir todas las leyes. Cualquier otra postura que adopte sería una traición a su propia estima.

Davis no tardó mucho en perder la fiscalía de su distrito. Poco después le sobrevino la muerte.

Quince años más tarde tuve el privilegio de contarme en el grupo que investigó la extraña batalla, de mortales consecuencias para tres hombres. Nuestros descubrimientos influyeron en el cambio que se originó en la mentalidad pública. Los acusados fueron puestos en libertad bajo palabra.

Hoy, sólo queda vivo en mi recuerdo el valeroso fiscal del

distrito, enfrentado al clamor de la multitud. Los ojos de mi mente contemplan cómo se derrumba su carrera política, enfrentado a la hostilidad de quienes antes se disputaban el honor de su amistad.

La prueba debió de serle terrible. Pudo irse a otra parte, pero se quedó allí, aferrado a su propia estima.

Murió sin declinar uno solo de sus principios morales. Tal vez nunca llegó a soñar que años después de su muerte otros examinarían el caso y ensalzarían lo que él hizo. No obstante, saberlo no habría cambiado la idiosincrasia de James Davis.

La voz de la Naturaleza en el sonido del agua que se precipita, o en el susurro del viento al besar los árboles, había dotado a este hombre de una fuerza moral infrecuente. Davis templó su espíritu en la forja de la incomprensión y lo alzó a su Creador. Para eso se necesita ser un hombre.

Dedico este libro a la memoria del que fue notable fiscal del distrito de Siskiyou, California: James Davis.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Serían las 10.45 cuando Della Street empezó a consultar nerviosamente su reloj de pulsera.

Perry Mason interrumpió su dictado para sonreírle.

—Della, está nerviosa como un gato.

—No puedo evitarlo —admitió ella—. Pienso en el señor Bancroft al teléfono, solicitando una entrevista urgente, y en el timbre de su voz.

—Usted le dijo que podía venir a las once.

Della asintió.

—Pero me advirtió que se vería obligado a forzar su vehículo. No obstante, prometió hacer lo humanamente posible.

—En tal caso —afirmó Mason—, Harlow Bissinger Bancroft estará aquí a las once. El tiempo es valioso para él. Cronometra cada minuto de su existencia, y también los planes de cualquiera de sus operaciones.

—¿Qué puede buscar en el bufete de un abogado criminalista? —preguntó Della.

—Según mis informes, desarrolla a la vez más corporaciones que pulgas tiene un perro. Cuenta con todo un equipo de abogados para manejar sus negocios. Sólo en la oficina de impuestos tiene siete leguleyos.

Mason consultó su reloj, y añadió:

—Espere once minutos y antes lo sabrá. De todos modos…

El timbre del teléfono le interrumpió.

Della Street alzó el auricular, y habló con la recepcionista.

—Sí, Gertie…, un momento —colocó la mano sobre la boca del aparato, y dijo a Mason—: El señor Bancroft está en la oficina. Consiguió llegar antes de la hora, pero aguardará hasta las once si usted no puede recibirlo.

Mason respondió:

—Sin duda es más urgente de lo que me imaginaba. Hágalo pasar, Della.

La secretaria cerró su bloc de taquigrafía, se puso en pie con presteza y salió a la oficina exterior. Unos segundos después regresaba con un hombre de unos cincuenta y cinco años, cuyo bigote gris muy recortado acentuaba la firmeza de su boca. Tenía ojos de un gris acerado y sus modales denotaban fría autoridad.

—Señor Bancroft —saludó Mason, puesto en pie, con la mano extendida.

—Señor Mason —replicó aquél—. Buenos días y gracias por haberme recibido en el acto —se volvió a Della Street.

Mason la presentó:

—Della Street, mi secretaria de confianza. Siempre está presente en mis entrevistas para tomar notas.

—Se trata de un asunto altamente confidencial —aventuró Bancroft.

—Y ella es muy competente y capaz de guardar un secreto profesional —replicó Mason—. Conoce todos mis asuntos.

Bancroft se sentó. De repente, el aire de firmeza y seguridad en sí mismo se evaporó. El hombre pareció derretirse en el interior de su traje.

—Señor Mason, me hallo al borde de la ruina. Cuanto he trabajado durante mi vida, cuanto he construido, se tambalea como un castillo de naipes.

—En tal caso, debe ser un asunto grave —dijo Mason.

—Lo es.

—Bien, pues dígame lo que le preocupa, y veremos qué se puede hacer.

Con gesto patético, Bancroft extendió los brazos.

—¿Ve usted mis manos? —preguntó.

Mason asintió.

—Todo lo he construido en la vida con estas dos manos —dijo Bancroft—. Han sido mis únicas armas. He trabajado como obrero y luchado para salir adelante. He sentido la impotencia de quien no ve horizonte sin deudas y estabilidad económica, y he esperado erguido, sentado en una silla, que todo mi imperio se desmoronase. Mi lucha contra las adversidades ha sido épica, y también me he

enfrentado a mis enemigos sin ningún as en la manga. Si los vencí hasta someterlos fue con habilidad. Tampoco tuve miedo de jugarme mi fortuna en compras cuando el pánico empujaba a todos a vender. Ahora, estas manos, aguantan mi desazón.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Quizá debido a la sensibilidad de mis dedos —respondió Bancroft.

—Siga —invitó Mason, entrecerrando los ojos.

—Soy lo que se llama un hombre que se ha hecho solo. Huí de casa porque apenas había techo donde cobijarme. Me asocié con gente dudosa, y aprendí muchas cosas que nunca debí conocer; por ejemplo, hacer un puente en la ignición de un coche, o merodear en oscuros callejones, esperando el momento de robar los objetos olvidados en un vehículo.

»Cuando me cogieron terminé en la cárcel. Esto quizá haya sido lo mejor que jamás me ha sucedido.

»En aquella época sólo había en mí resentimiento hacia la sociedad. Estaba convencido de que mi detención se debía a mera imprudencia mía, y decidí ser más cauto en lo sucesivo al ejercer mi nefasto trabajo. Así nunca más lograrían cazarme.

»Por fortuna, el capellán de la cárcel se tomó interés por mí. En realidad, no me saturó de religión, porque no fue exactamente eso. Lo que hizo fue transmitirme confianza en mí mismo, y tener una idea de lo divino en cuanto a la vida.

»Me enseñó que la vida es demasiado complicada para ser un mero accidente, y que se precisa de un plan maestro para enfrentarse a ella. Los polluelos salen del huevo, les crecen plumas y se colocan en el borde del nido con deseos de volar, guiados sólo por el instinto. Para aquel sacerdote, el instinto era meramente un plan divino y un medio por el cual el arquitecto de la vida se comunicaba con las unidades vivientes.

»Me invitó a considerar mis propios instintos y no mis inclinaciones, para conocer las sensaciones que llegaban a mí, cuando deliberadamente ignoraba mi medio ambiente. También me invitó a ponerme en armonía con el universo, sometiéndome a la soledad de la noche.

—¿Y lo hizo usted? —preguntó Mason.

—Lo hice porque me acusó de ser incapaz de ello, y quise

demostrarle que estaba equivocado.

—¿Y no estaba equivocado?

—Aquel experimento provocó sensaciones desconocidas hasta entonces en toda mi naturaleza: deseé hacer algo nuevo de mí mismo, y empecé a leer, estudiar, pensar…

Mason lo miró lleno de curiosidad.

—Ha viajado usted mucho, señor Bancroft. ¿Qué hace con sus pasaportes?

—Afortunadamente, el orgullo de familia me llevó a ocultar mi verdadera personalidad en el aciago período de las locuras. Así, el nombre inscrito en la penitenciaría no era el mío.

—¿Y sus huellas dactilares?

—Ahí radica mi preocupación. Si se toman mis huellas y las llevan al FBI, en cuestión de minutos se sabrá que Harlow Bissinger Bancroft, el gran filántropo y financiero, es un delincuente que estuvo catorce meses en la cárcel.

—Bien —aventuró Mason—. De todo ello deduzco que alguien ha descubierto el secreto de su pasado.

Bancroft asintió.

—¿Y amenaza con publicarlo? —preguntó Mason—. ¿Tratan de hacerlo objeto de un chantaje?

Como respuesta, Bancroft se sacó una hoja de papel de su bolsillo y la entregó a Mason.

El papel mostraba un mensaje mecanografiado:

Reúna mil quinientos dólares en billetes de diez y veinte. Póngalos en una lata de café color rojo, junto con diez dólares de plata. Ajuste bien la tapa y espere instrucciones por teléfono en cuanto a la hora y lugar de entrega. Ponga esta nota con el dinero, y así sabremos que la policía no nos buscará a través de los tipos de la máquina. Si sigue las instrucciones no tiene nada que temer; de otro modo su familia sufrirá la vergüenza de saber a quién pertenecen ciertas huellas archivadas.

Mason estudió cuidadosamente el papel.

—¿Se lo mandaron por correo?

—No a mí —respondió Bancroft—. Lo recibió mi hijastra, Rosena Andrews.

Mason alzó las cejas, interrogativo.

—Me casé hace siete años —aclaró Bancroft—. Mi esposa era viuda. Su hija Rosena contaba entonces dieciséis años. Ahora tiene veintitrés. Es una joven muy linda y está comprometida en matrimonio con Jetson Blair, de la socialmente conocida familia Blair.

Los ojos de Mason se tornaron pensativos.

—¿Por qué se la enviarían a ella en vez de a usted?

—Quisieron dar mayor énfasis a la amenaza, considerando a Rosena más vulnerable, especialmente ahora, en este período de noviazgo.

—¿Ha sido fijada la fecha de la boda? —preguntó Mason.

—No ha sido anunciada formalmente, pero esperan casarse dentro de tres meses.

—¿Y cómo se enteró usted de que su hijastra había recibido la carta?

—Vi a Rosena tremendamente trastornada, cuando cruzó el umbral de la casa con un sobre en la mano y el rostro tan blanco como el papel. Ayer tarde tenía proyectado irse a nadar, pero llamó por teléfono a Jetson Blair y canceló la cita, diciéndole que no se encontraba muy bien.

»En el acto comprendí que algo no iba a derechas. Más tarde Rosena se despedía de mí, diciéndome que se iba a la ciudad. Supuse que iría al encuentro de su madre, que había de quedarse en el apartamento que tenemos aquí.

»Tan pronto se fue Rosena, subí a sus habitaciones y hallé la carta debajo del secante de su escritorio.

—Si le parece bien, señor Bancroft, pongamos orden a sus palabras —propuso Mason—. Según usted, su hijastra vino a la ciudad, con la posible intención de reunirse con su madre.

—Mi esposa está aquí, preparando los detalles para un baile de caridad. Rosena y yo nos quedamos en la casa del lago. Su madre regresará esta noche. Por eso quería ver a usted cuanto antes. Necesito regresar al lago y poner esta carta en el mismo lugar donde la encontré, antes de que Rosena vuelva.

—¿Contó usted algo a su esposa, respecto a su estancia en la cárcel? —preguntó Mason.

—¡Cielos, no! —exclamó Bancroft—. No lo hice, y debí hacerlo.

Me he maldecido mil veces por esta cobardía, pero estaba muy enamorado. Pese a que Phyllis me amaba, no hubiera arriesgado las posibilidades de su hija en la sociedad, casándose con un hombre que tenía antecedentes penales.

»Ahora, señor Mason, ya conoce mi secreto. Es la única persona que lo sabe.

—Aparte de aquella o aquellas que mandaron la carta —respondió Mason.

Bancroft asintió.

—¿Dispone Rosena de suficiente dinero para atender a esta petición?

—Desde luego. Ella tiene una cuenta de varios miles de dólares a su nombre, y, naturalmente, siempre obtiene dinero de mí cuando me lo pide.

—¿Sabe usted si ella piensa ignorar esta petición, o si se propone satisfacerla?

—Me temo que hará cuanto le piden.

—Lo malo de este asunto —aclaró Mason— es que sólo se trata del primer mordisco. Un chantajista nunca renuncia a su presa.

—Lo sé, lo sé —afirmó Bancroft—. Sin embargo, dentro de tres meses, cuando estén casados, la amenaza no será efectiva.

—No para ella —adujo Mason—. Las exigencias se volverán contra usted. ¿Supone acaso que su hijastra cuenta con eso?

—Tal vez sí. Quien mandó la carta debía telefonearle antes para informarla de modo que entendiera sin lugar a equívocos qué es lo que se pretendía de ella. Estoy convencido de eso.

—¿Dice que están en el lago?

—En el lago Merticito, donde poseemos una finca.

—Supongo —dijo Mason— que el lago es de uso privado, con el pago de miles de dólares por metro de orilla.

—Así es —corroboró Bancroft—. Yo poseo cien metros de orilla en el lado sur del lago. Pero hay una parte de playa pública, provista de embarcadero, donde alquilan barcas. Por desgracia nunca faltan indeseables que gozan molestando a quienes viven regularmente allí, por ser dueños de alguna posesión.

»La propiedad limita con la misma agua, y eso nos permite mantener alejados de tierra a los extraños. Ahora bien, el lago es ideal para esquiar y de cuando en cuando surgen roces

desagradables con los forasteros.

—¿Supone eso que es propiedad del Estado como parque? —preguntó Mason.

—No, es propiedad privada —repuso Bancroft.

—Entonces, ¿por qué no se ponen de acuerdo los propietarios y compran toda la tierra que rodea el lago?

—Debido a lo estipulado en el testamento del anterior propietario, que obliga a sus herederos, durante un período de diez años, a facilitar al público el acceso al lago. Del cumplimiento de esta cláusula se encarga una junta de administradores.

»Aquel hombre quiso evitar que los económicamente fuertes se adueñasen de toda la orilla, en perjuicio de los débiles, que no hubieran tardado mucho en verse privados de todo acceso al lago.

—¿Qué reglas rigen el disfrute del agua? —preguntó Mason.

—Se ha procurado encarecerlo al máximo. De este modo, los copropietarios luchan por hacerlo prácticamente inaccesible a los humildes. No obstante, sigue abierto al público, con todo lo que ello implica.

Mason señaló el teléfono.

—Usted sabe en qué banco su hijastra tiene depositado su dinero. Puesto que está en la ciudad, y pasan ya de las once, es lógico suponer que habrá retirado alguna cantidad. Llame y diga que, bajo absoluta reserva, le informen de si su hijastra ha retirado esta mañana mil quinientos dólares en billetes de diez y de veinte.

Bancroft vaciló un momento, luego cogió el teléfono que Della Street le tendía, llamó al gerente del banco, se identificó y dijo:

—Quiero información confidencial, sin que nadie sepa que la he pedido, y para qué. Dígame si mi hijastra ha retirado algún dinero esta mañana… Sí, aguardo.

Bancroft esperó unos dos minutos, luego habló:

—Hola… sí… gracias…, muchas gracias…, no, no diga nada de esto… No, que nadie se entere de que he llamado, y olvídelo usted mismo.

Bancroft colgó, se volvió a Mason y asintió.

—Ha presentado un talón por mil quinientos dólares, con el ruego de que se lo dieran en billetes de diez y veinte dólares. También pidió diez dólares en plata.

Mason pensó un momento, luego dijo:

—Voy a aconsejarle, Bancroft, aunque probablemente no querrá hacerme caso.

—¿Qué es ello?

—El capellán que le ayudó tanto, ¿vive aún?

—Sí. Ahora tiene una iglesia bastante grande.

—Haga un donativo importante a esa iglesia. Al hacerlo diga públicamente que está en deuda con él, explique que usted se ha forjado a sí mismo, si bien facilitó que incurriese en errores durante su temprana juventud. En otras palabras: deles con un canto en los dientes y manténgase orgulloso de su hazaña.

Bancroft, pálido, sacudió la cabeza.

—No puedo, señor Mason. Mataría a mi esposa. Hacer una cosa así, mataría a mi esposa. Además, pondría a Rosena en una situación imposible.

—Entonces prepárese a pagar una cantidad tras otra.

Bancroft asintió.

—Eso ya lo esperaba.

—En tal caso, no resta otra solución que dejarme con las manos libres en el asunto.

—Estoy dispuesto a eso, señor Mason.

—En la mayoría de los casos, los chantajistas tienen puntos débiles que los hacen vulnerables. Siempre se encuentra un cargo contra ellos, suficiente para llevarlos a la cárcel. Claro que si recurrimos a la policía, obtendremos buena disposición, pero…

—¡No, no, no! —exclamó Bancroft—. No recurriremos a la policía. No podemos dejar que se sepa… Es un escándalo demasiado jugoso para ser ventilado.

—Bien —dijo Mason—. Pero sepa que mi trabajo va a costarle algún dinero. Pienso ser atrevido y confío en que sabré engañar a los chantajistas.

—¿Qué insinúa? ¿Qué tiene en la mente? —preguntó Bancroft.

Mason respondió:

—Lea detenidamente esta carta. El dinero ha de ser puesto en una lata grande de café y bien apretada la tapa. Han de introducirse también diez dólares de plata. ¿Qué le dice esto?

—La verdad, no lo entiendo —admitió Bancroft.

—Para mí quiere decir una cosa —aclaró Mason—. Los chantajistas se proponen actuar en la sombra, sin dejarse ver. No

desean descubrir su identidad. Luego, el bote tendrá que ser abandonado en el agua, donde el chantajista lo recogerá. Los diez dólares de plata servirán de lastre, que mantendrá el bote boca arriba.

—Sí, es una suposición lógica —admitió Bancroft, después de pensar un momento.

—Puesto que ustedes viven en el lago, supongo que su hijastra será amante del esquí acuático y la natación.

Bancroft asintió.

—Muy bien —siguió Mason—. Vamos a probar suerte. Haré que un detective experto, provisto de prismáticos, vigile a su hijastra. Tan pronto deje caer la lata en el lugar, uno de mis hombres, inocente pescador en barca, se encontrará el tesoro, y lo entregará a la policía.

—¡No! —saltó Bancroft, poniéndose de pie de un salto—. ¡Esto es precisamente lo que trato de impedir! Eso…

—Espere un momento —atajó Mason—. Estudie la situación. Nada hay en la carta que indique a quién fue mandada. Si la persona que encuentra la lata con el dinero sabe fingir que es un inocente pescador que se encontró el dinero y la nota, y lo llevó a la policía, ésta lo publicará, y los chantajistas, asustados, intentarán imaginar otro medio de ataque. Pero desde ese momento actuarán a la defensiva, sin poder acusar a nadie de haberlos traicionado. Todo lo demás, creerán que tuvieron la suerte de espaldas. Así el dinero estará a salvo en manos de la policía, y los chantajistas tratarán de ocultarse.

—¡Pero volverán a la carga! —protestó Bancroft—. Hasta quizá publiquen la información que tienen sobre mí.

—¿Matarían la gallina de los huevos de oro? —atajó Mason—. No lo creo posible.

Bancroft meditó el asunto.

—Es un riesgo —dijo.

—La vida en sí no deja de ser un riesgo —arguyo Mason—. Si pretende los servicios de un hombre que no se arriesgue, busque a otro. Lo mío es un riesgo calculado. Una buena jugada, diría yo.

Bancroft suspiró.

—Está bien. Dejo el asunto en sus manos.

—Una cosa —continuó Mason—. Haré algo más, si usted no se

opone.

—¿Qué es ello?

—Por la nota, deduzco que hay más de un chantajista. Si me es posible, trataré de romper la organización.

—¿Cómo?

—Tengo un proyecto que me da vueltas en la cabeza. Necesito pensármelo —siguió Mason—. La ventaja del chantajista radica en que su víctima no tiene opción. Él lleva la batuta. Dice lo *que* ha de hacer, cuánto quiere, dónde se ha de efectuar el pago, cuándo y cómo. La víctima trata de resistir, pero, finalmente, cede.

Bancroft asintió.

—Hay cuatro modos de tratar a un chantajista —siguió Mason, que extendió los dedos para contarlos a medida que exponía sus ideas—: primero, se paga al chantajista, pensando en que uno se lo quitará de encima. Pero eso tiene algo de espejismo en un desierto. Un chantajista jamás renuncia a su presa.

»Segundo, se acude a la policía. Con ésta hay que sincerarse antes de que tienda una trampa al chantajista y lo lleven a la cárcel. Claro que la policía protege la confianza del denunciante.

Bancroft sacudió negativamente la cabeza.

—Tercero —continuó Mason—, cabe obligar al chantajista a que opere a la defensiva, de modo que no le sea factible imponer condiciones o normas a que atenerse en las operaciones que realiza. Eso lo mantendrá preocupado.

»Pues bien, si he de encargarme de este asunto, y se me prohíbe recurrir a la policía, tendré que valerme del último de los sistemas apuntados.

—¿No será peligroso? —preguntó Bancroft.

—Claro que es peligroso —admitió Mason—. Pero no se llega a ninguna parte en asuntos de esta índole, si uno no se arriesga.

—¿Cuál es el cuarto? —preguntó Bancroft.

—El cuarto —respondió Mason sonriéndole astutamente—, es matar al chantajista. Esto se ha hecho en más de un caso, y con resultados muy satisfactorios. Claro es que no puedo recomendarlo.

Bancroft, tras larga meditación, dijo:

—Está en sus manos, señor Mason. No me importa que recurra al tercer sistema. Pero pagaremos. Quizá así ganemos tiempo.

—Es todo lo que se gana pagando: tiempo.

—¿Cuánto dinero quiere usted? —preguntó Bancroft.

—Para empezar, diez mil dólares. Necesito los servicios de la agencia de Paul Drake, y los de muchos peones para identificar a los chantajistas. Cuando sepa quiénes son, los tendré tan ocupados con problemas propios, que no les quedará tiempo de poner en aprietos a usted y a su hijastra.

—Semejante perspectiva me conforta —dijo Bancroft—. ¡Ojalá pueda hacerlo!

—Eso espero —respondió Mason—. Es todo un problema, y también el único modo de manejarlo, a menos que me permita acudir a la policía y contarles toda su historia.

Bancroft, tan pronto acabó de hablar Mason, sacudió vehementemente la cabeza.

—Soy demasiado famoso. Habría fugas.

—Que las haya. Grítelo desde el tejado de su casa, y manténgase firme. Demuestre que es posible la rehabilitación del hombre.

—Ahora no, ahora no —se negó Bancroft—. Los resultados para mi hijastra serían desastrosos. Mi esposa no me lo perdonaría jamás mientras viviese.

Bancroft sacó el talonario y escribió la cifra de diez mil dólares. Luego tendió el talón a Mason y dijo:

—Acéptelo como un adelanto.

—Para cubrir los gastos iniciales —replicó Mason.

Éste abrió el cajón de su escritorio, sacó una pequeña cámara fotográfica, la montó en un trípode y puso la carta anónima sobre el escritorio. Hizo tres fotografías y comentó:

—Hay suficiente.

Luego plegó la carta, que devolvió a Bancroft.

Éste habló despacio.

—Nunca sabrá qué carga me ha quitado, Mason.

—Aún no lo hice —respondió éste—. Y antes de conseguirlo, usted me maldecirá.

—¡Nunca! Sé demasiado acerca de su reputación y éxitos. Sus métodos son atrevidos y valen la pena.

—Haré cuanto pueda —dijo Mason—. Es lo único que por ahora prometo. Bien, devuelva la carta al mismo sitio donde la tenía su hijastra, para que la halle de nuevo a su regreso con el dinero.

—Me parece buena idea —comentó Bancroft.

—¿Qué piensa hacer después? —inquirió Mason.

—Dejar las cosas en sus manos.

—Conforme. Intentaremos una carrera final, para ver de cambiar el campo.

Capítulo 2

Paul Drake estudió la copia de la carta anónima que Della Street había hecho a máquina.

—¿Qué piensa de ella? —preguntó Mason.

—¿Quién la recibió?

—Rosena Andrews, hijastra de Harlow Bissinger Bancroft.

Drake silbó.

—Repásala otra vez —invitó Mason—, y dime tus conclusiones.

—Es el primer mordisco —afirmó Drake—. Si tienen éxito lo llevarán a intervalos regulares.

Mason comentó:

—Eso ya lo sé. Estudia la carta, Paul, y observa el detalle de la lata de café bien cerrada, que ha de ser roja, capaz de contener el dinero y diez dólares de plata.

—¿Qué deduces? —inquirió Drake.

—Para mí la entrega se hará depositando el recipiente en el agua, en alguna parte del lago. De hecho, es el mejor y más seguro sistema de trabajo para un chantajista.

»Los Bancroft viven en su finca del lago Merticito, y Rosena Andrews es una entusiasta esquiadora acuática. Sin duda alguna, las instrucciones que reciba serán en el sentido de que se vaya a esquiar con la lata debajo del brazo, y que la deje caer en algún lugar del lago, después de asegurarse de que no haya embarcaciones de ninguna clase a su alrededor.

—¿Y luego? —preguntó Drake.

—Luego, el bote de los chantajistas esperará que Rosena se pierda de vista, cogerán el envase para sacar el dinero y la nota, y tirarán de nuevo la lata al agua, sin la tapa, a fin de que se hunda. Hecho esto, los chantajistas continuarán su alegre remar por el lago.

—¿Eso deduces?

—Eso —dijo Mason—. Ahora trabaja aprisa. Quiero que halles unas colaboradoras con buen aspecto en traje de baño. Si es posible, consigue una estrella ávida de publicidad en los periódicos. Pon a las chicas los trajes más descarados que permita la ley, y alquila la canoa más veloz que encuentres. Mejor si tiene dos motores, capaces de impulsar la canoa a velocidad suicida. Luego ármate de un par de prismáticos, y mantén abiertos los ojos.

—¿Cuál es el plan?

—Que las chicas armen mucho alboroto, salten en el agua, se zambullan, luchen y tomen baños de sol. Lleva la canoa a velocidad de paseo. De cuando en cuando haz cortas exhibiciones de velocidad, y ronda la playa donde está la residencia de Bancroft.

»Esta tarde, o mañana, verás a Rosena en el lago con sus esquíes, y…

—¿Cómo la reconoceré? —preguntó Drake.

—Si es ella, no olvides que llevará una lata de café de color rojo debajo del brazo. También advertirás que su canoa sale de la casa de Bancroft.

—Conforme.

—Rosena, o bien patinará, o paseará en su canoa —siguió Mason —. Haz un esfuerzo y no la pierdas de vista. Eso sí, no abandones la línea de la playa, y síguela hasta que deje caer la lata de café. Cuando lo haga, que las chicas se vuelvan locas, acelera la marcha, y avanza en zigzag hasta el recipiente. No cruces la estela de Rosena, pero simula que juegas con las olas y, como por casualidad, acércate al envase.

»Ahora viene la parte del busilis, Paul: quiero que lleves contigo otra lata igual. Naturalmente, estará vacía. Cuando estés a la altura del punto donde Rosena se desprenda de la suya, echa la red, recógela y tira al mismo tiempo la que lleves. De ese modo, si alguien te vigila, la acción será tan rápida que parecerá como si el envase no hubiera llamado tu atención.

—La operación exige un trabajo casi imposible —objetó Drake.

—Exige una coordinación perfecta, pero puede hacerse —respondió Mason—. Navega en ochos y círculos y así tendrás la superficie del lago inundada de ondas altas. Que las chicas practiquen el esquí acuático, si saben. Eso hará que la lata vaya de la cresta de una ola al fondo. Cualquiera que mire, no podrá estar

seguro de lo que sucede. En la canoa lleva tres o cuatro chicas. Una de ellas, que sea la estrella con ganas de publicidad. Las otras que sean compañeras de trabajo en quienes puedas confiar.

—¿Y qué hago con la presa cuando la consiga?

—Telefonearme.

—¿Dónde estarás?

—Della y yo estaremos sentados en el porche de la casa de campo de Melton Varas Elliot, una de las mansiones del lago. He trabajado para Elliot, y no dudo que me ofrecerá gustosamente su casa para un asunto de esta índole. Cuando tengas la lata, deposítala en el cesto de cebos, o envuélvela en un papel, de modo que no se vea.

»Una vez efectuado el cambio, dirígete a un lugar de la playa, para desde allí vigilar la lata vacía. Seguro que otra canoa vendrá a recogerla. Quiero el número de su licencia, la descripción de la gente que la tripula, y qué ruta enfila. Todo esto sin que sospechen que son seguidos. Ahí es donde entran en juego las chicas. Que hagan toda clase de locuras, y tú, aparentemente, mantén toda la atención puesta en ellas.

—Conforme —dijo Drake—. Haré cuanto pueda.

—Empieza en seguida —recomendó Mason—. Coge tu coche, consigue las chicas y encamínate al lago. No dispones de mucho tiempo. Me temo que la entrega se efectúe esta misma tarde.

—Estoy en camino —afirmó Drake, que salió de la oficina.

Mason se volvió a Della.

—Telefonee a Melton Elliot, y dígale que usaremos su casa del lago Merticito esta tarde.

»Mientras, Della, envíe el rollo de película, o que Gertie lo lleve, a Frank Stender Dalton, el experto en manuscritos. Dígale que revele las fotografías, que amplíe la nota del chantaje, y averigüe a qué marca y modelo de máquina de escribir pertenece. Dígale también que me compre un modelo viejo de la misma máquina.

»Consígame tres mil dólares en billetes de diez y de veinte —alargó el brazo para coger el talonario, y añadió como si se le acabara de ocurrir—: No se olvide el traje de baño, Della. Es un día caluroso y podría apetecerle un chapuzón.

Capítulo 3

La residencia palaciega de Melton Varas Elliot estaba entre el lago y la casa de Harlow Bancroft, a poca distancia por el sur.

Mason y Della Street permanecían sentados en la fresca sombra del porche. El abogado miraba a través de sus prismáticos.

En semejante hora de la tarde, en un día entre semana, apenas hay actividad en el lago. De cuando en cuando, una canoa arrastraba la graciosa figura de un esquiador, producía círculos suaves o largos, y bellas curvas en forma de S. La brisa del norte alzaba pequeñas olas, cuyas crestas brillaban plateadas al reflectar los rayos solares.

El mayordomo, que tenía instrucciones dadas por el mismo Melton Elliot, a fin de que sus huéspedes estuvieran bien atendidos, les sirvió bebidas refrescantes.

Della miró hacia el sur, y dijo.

—Me gustaría saber si eso que veo es el número de Paul Drake.

Mason cambió la dirección de sus prismáticos. Lentamente, una sonrisa suavizó sus rasgos. Entregó los prismáticos a Della Street, invitándola.

—Eche un vistazo.

Della se los puso delante de sus ojos.

—¡Cielos! —exclamó, devolviendo los prismáticos a Mason, y añadió secamente—: Supongo que a usted le gustará la escena más que a mí.

Mason contempló las graciosas líneas de la canoa y las no menos bellas de tres féminas que iban en su interior.

—Imagino que es Paul quien va al timón —dijo—. Sus gafas oscuras le proporcionan un buen disfraz.

Della respondió no de muy buen talante:

—Por ese traje cobra un espléndido sueldo, además de todos los

gastos.

—Sin duda —habló Mason— me equivoqué de profesión.

La canoa de Drake giró a toda velocidad, se adentró en el lago, y luego pasó por delante de la casa de Elliot. Un nuevo y violento giro lo alejó.

Las jóvenes chillaron. Dos de ellas se abrazaron a Drake.

—¡El muy bribón se reirá a carcajadas! —exclamó Della.

—No veo su cara —contestó Mason—. Hay demasiadas chicas en la canoa.

De repente, Drake aminoró la velocidad. Una de las jóvenes alzó un par de esquíes y Drake paró la embarcación, hasta que ella salió al agua y estuvo dispuesta.

De nuevo la canoa corrió velozmente, con la joven deslizándose suavemente por la superficie, ejecutando una serie de maniobras en zigzag sobre la estela de espuma que dejaba la embarcación.

—Se ha ensimismado tanto en la contemplación de Paul Drake —advirtió Della—, que se ha olvidado de los Bancroft. Acaba de salir una canoa de la residencia de ellos.

Mason alzó los prismáticos.

—En efecto —respondió—. Se trata de una canoa conducida por una sola persona. Creí que saldría acompañada para poder esquiar.

—El reglamento exige que vayan dos personas si se quiere esquiar —comentó Della—. Una ha de ir al volante para vigilar y proteger al que se desliza. Tal vez Rosena pretenda hacerlo sola.

Mason observó el lago y dijo pensativo:

—Hay un pescador que aparenta pescar con caña. Tiene echada el ancla. Otra embarcación está más hacia el sur, pero no hay ninguna cerca de la canoa de Bancroft.

—¿Puede ver si lleva una lata roja? —preguntó Della.

Mason denegó con la cabeza.

La canoa de Drake aumentó su velocidad y realizó una serie de círculos.

—¡Ahora! —casi gritó Mason—. Me ha parecido que Rosena echaba algo por encima de la borda. Vi el reflejo de algo en el aire, y aseguraría que era de color rojo. No obstante, fue como un relámpago impreciso. Hay demasiadas olas, producidas por la canoa y el viento.

La embarcación de Drake pareció encabritarse de repente, y

alzada la proa, dejó tras sí grandes surtidores de espuma.

—¡Drake lo ha visto! —exclamó Mason.

La bella estampa de la joven deslizándose siguió en línea recta detrás de la canoa, que, evidentemente, forzaba sus motores y acortaba distancias con la embarcación que había salido de la finca de Bancroft.

—Bien —dijo Mason—. Desde su posición, seguro que ve el bote rojo… ¡Oh…! ¡Oh…! ¡Un accidente!

La esquiadora que arrastraba el detective Drake intentó un viraje, y tal vez por un defecto de cálculo al tomar mal una ola, se cayó al agua.

Drake, apercibido del suceso, quitó el pie del acelerador y, reducida la marcha, navegó en círculos.

—¡Condenación! —se quejó Mason.

Con sus prismáticos se entretuvo en contemplar la canoa que daba vueltas alrededor de la joven para rescatarla. Ella cogió el extremo de la cuerda lanzada por Drake, y, lentamente, la embarcación empezó a navegar en línea recta. A una señal de la esquiadora, el detective aceleró y se puso a trazar círculos cada vez más amplios.

Della Street comentó:

—El pescador parece que renuncia y ha recogido el ancla.

Mason lo observó un momento.

—La ruta que inicia cortará la estela de la canoa de Rosena. ¡Ahora cambia de rumbo y traza un círculo! —se excitó Mason—. ¡Drake se le cruza y la esquiadora lo rocía con agua! —y, más sosegado, añadió—: Ahora tenemos a un pescador enfurecido.

—O a un chantajista exasperado —replicó Della.

La canoa de Drake trazó otra serie de círculos, hasta que la esquiadora hizo una señal. Drake aminoró la marcha y la joven se tiró al agua, y nadó graciosamente hacia la embarcación. Otra de las chicas se calzó los esquíes.

La segunda belleza resultó ser menos aficionada al deporte acuático, y transcurridos cinco minutos, regresó a la canoa.

Drake recogió los esquíes, describió un amplio círculo y se encaminó de regreso hacia el extremo sur del lago, donde estaba la playa pública.

El pescador navegó sin prisas hacia una orilla en sombras, y allí

echó de nuevo el anzuelo.

La canoa que saliera de la residencia de los Bancroft regresó a su embarcadero.

El viento había refrescado la atmósfera, y apenas se veía actividad en el lago.

Mason recorrió las aguas con sus prismáticos.

—¿Ve alguna lata roja? —preguntó Della.

El jefe denegó con la cabeza, antes de responder:

—Me lo pareció. Creí ver un destello rojo en lo alto de una ola. Pero no he vuelto a sorprenderlo. Drake regresa ya. Es evidente que ha cumplido su misión. Claro que pudo fracasar.

—Apuesto que le fastidia separarse de tan bellas bañistas —comentó Della Street.

El abogado no hizo caso de la intención que la joven puso en sus palabras, y dijo:

—No tardará en llamarnos para explicarnos lo ocurrido.

El mayordomo volvió con unas bebidas frescas. La brisa murió de repente y la superficie del lago se hizo plácida. La playa quedó sumida en una quietud de desierto.

El mayordomo, evidentemente intrigado, si bien disimulaba su curiosidad, preguntó si deseaban algo más.

—No, gracias —respondió Mason—. Creo que ya hemos terminado.

—Sí, señor. ¿Quieren pasar al interior, señor? Hay aire acondicionado y se está muy cómodo.

—Gracias; nos quedaremos aquí.

—En esta parte del porche hace mucho calor por la tarde. Resulta mucho más fresco y agradable el otro lado.

—Gracias —repitió Mason—. Estamos muy bien aquí.

—Sí, señor. Como quiera el señor.

El mayordomo se alejó.

Veinte minutos después sonó el teléfono.

—Para usted, señor —anunció el mayordomo a Mason.

Éste cogió el aparato.

La voz de Paul Drake le llegó a través del hilo.

—¿Perry?

—Sí.

—Lo tengo.

—¿Complicaciones?

—Ninguna.

—¿Te vio alguien?

—No lo creo. La joven esquiadora hizo un trabajo perfecto. Se zambulló en el agua y consiguió la sustitución.

—¿Y dónde demonios llevaba la lata?

—Te sorprenderás al saberlo.

—¡Dilo de una vez! —se impacientó Mason—. ¿Seguro que no la vio nadie?

—El envase iba sujeto a uno de los esquíes.

—¿Qué hallaste en la lata?

—La nota, mil quinientos dólares en papel y diez dólares en plata.

—Conforme. No hagas nada hasta que yo llegue.

Mason colgó el teléfono e hizo una seña a Della. Dieron las gracias al mayordomo, y abandonaron la mansión de verano de Elliot. En coche, se dirigieron al embarcadero público.

Allí se les unió Paul Drake.

Mason fue el primero en hablar.

—Bien, Paul, el resto es sencillo.

—Conforme. ¿Qué hacemos?

—¿Sigue aquí la estrella?

—Desde luego. ¡Es formidable!

—¿Está realmente interesada en que se le haga publicidad?

—Se pondría cabeza abajo y movería los pies delante de una cámara con tal de conseguir publicidad. Para una estrella de tipo detonante la publicidad es como el aire que respira.

—Conforme —dijo Mason, que sacó una máquina de escribir portátil del portaequipajes de su coche y se la puso en las rodillas—. Veamos la lata, Paul.

Drake se la mostró con los dólares de plata en el fondo y los mil quinientos en billetes, más la nota. Mason cogió ésta, tachó a máquina la cifra mil quinientos y escribió «tres mil».

Luego el abogado sacó mil quinientos dólares en billetes de diez y de veinte de su maletín, lo añadió al dinero que había en la lata, volvió a colocar la nota, y lo entregó de nuevo a Drake.

—¿Alquilaste la canoa bajo nombre supuesto?

—Hice algo mejor que eso. La canoa no es de aquí. Se la pedí

prestada a un amigo y la remolqué en el coche. Sólo he pagado un dólar por derechos de embarcadero. Ahora la tengo enganchada al coche y estamos prestos para irnos.

—Bien —respondió Mason—. Dale a la estrella este envase con la nota, y dile que se ponga en contacto con el hombre salvavidas de la playa. Que le cuente una historia sobre el hallazgo mientras esquiaba. Puede decirle que la recogió al considerarla un peligro, y que, al abrirlo, la halló repleta de dinero, y además una nota.

»Si el salvavidas no telefonea a la oficina del sheriff, que lo haga ella. ¿Cómo se llama?

—Eve Amory.

—¿Es de fiar?

—Dale publicidad, y puedes contar con ella hasta que el infierno se hiele. Sólo sueña con ser famosa. Vino en su propio coche y podrá moverse independientemente de nosotros.

—De acuerdo. Seguro que tendrá *muchísima* publicidad.

—Eso espero —repuso Drake—. Con un montaje así, los periódicos pensarán que es un truco publicitario.

—Si hace *exactamente* lo que yo digo, el dinero garantizará su buena fe.

—¿Qué hará con toda esa pasta? —preguntó Drake.

—Entregarla a la policía.

—¿Toda?

—Toda.

—Eso hará daño —objetó Drake—. Esta chica…

—Exactamente —interrumpió el abogado—. Tiene hambre de publicidad y andaría sobre el cordón de un zapato. Pero si devuelve tres mil dólares a la policía, demuestra buena fe, y que no es un truco publicitario… Ninguna actriz en situación económica precaria se gastaría tres mil dólares para ver su foto en la prensa.

—Bueno —respondió Drake—. Tú sabes lo que te haces.

—Ahora ya conoces tu trabajo —siguió Mason—. Que se vista, que busque al hombre salvavidas, y le cuente la historia. Desde luego, no recuerda los nombres de las amigas que la acompañaban y menos del amigo, que se enfadaría si lo publicasen. Se trataba de un grupo de futuras actrices que salieron a esquiar un rato en el lago, con un amigo.

—Comprendo. Tiene que dar la impresión de que salió con un

importante petimetre, ángel tutelar de un grupo de jovencitas.

—¿Lo hará? —preguntó Mason.

—Hará cualquier cosa con tal de salir en bikini en los periódicos.

—Si entiendo algo de periódicos —dijo Mason—, los reporteros querrán verla en la actitud adoptada al recoger la lata.

—¿Crees que los periodistas se interesan por esos detalles?

—Desde luego que sí. Y otra cosa, Paul, ¿qué sucedió con el bote que ella dejó?

Drake sacudió la cabeza.

—Maldito si lo sé, Perry.

—Había un sujeto dedicado a la pesca, y puso en marcha la embarcación en el preciso momento en que salió la canoa de los Bancroft.

—Lo vi, Perry. Pero te juro que no llegó hasta donde estaba la lata.

—¿Qué sucedió con ella?

—Desapareció.

—¿Qué?

—Desapareció.

—¿Qué quieres decir con que desapareció?

—Flotó un rato. La vi con mis ojos normales y con los prismáticos. Luego recogí el equipo de esquiar, volví a mirar, y ya había desaparecido.

—¿Había alguna embarcación cerca de la lata?

—Ni una, y, sin embargo, desapareció.

—¿Supones entonces que se hundió?

—Pudiera ser.

—¿Acaso no la tapaste bien?

—Eso es lo que me preocupa, Perry. Tal vez fallamos en eso. Tuvimos que hacer la sustitución muy de prisa. La chica estaba en el agua, y se zambulló en el momento adecuado. Logró coger la lata y sujetarla en uno de los esquíes. Al mismo tiempo desprendió la de repuesto y la soltó a pocos metros. Ahora bien, tal vez pudo golpear contra el esquí y, al salirse la tapa, entrar agua y hundirse.

—Mala cosa —replicó Mason.

—Lo sé y lo siento. Desgraciadamente es algo que no se puede evitar.

—¿Estás seguro de que ninguna embarcación intentó acercarse al bote?

Drake sacudió la cabeza.

—Ninguna. Había varias en la orilla más alejada, con esquiadores acuáticos. La barca más próxima era la del pescador.

Mason, sorprendido, comentó:

—No lo entiendo. Claro que bien pudo ocurrir que los chantajistas te identificaran como detective y temieran acercarse a la lata.

—No lo creo —dijo Drake—. Llevaba puestas gafas de sol y una gorra, y estaba hundido en el centro de la canoa.

—Sí, bien hundido y mejor rodeado de mujeres —bromeó Mason.

—¡Oh! —exclamó Drake, sonriéndose—. ¿Qué hubieras hecho tú?

Mason le devolvió la sonrisa.

—Conforme, Paul. Llévate la canoa y que la corista se ponga sus ropas, y salga al encuentro del hombre salvavidas. ¿Dices que vino en su propio coche?

—Exacto. Hice que nos siguiera en su automóvil y se uniera a nosotros en la rampa del embarcadero. Bien, sólo quedan veintitrés pagos por hacer, y todos son de ella.

—De acuerdo. Ahora me interesan los nombres de quienes alquilaron embarcaciones esta tarde. Supongo que pondrías a un auxiliar para que tomase la matrícula de los vehículos que han venido con lanchas a remolque.

—Tengo al hombre. Y ha obtenido las matrículas de los coches y los números de las embarcaciones.

—Estupendo —dijo Mason—. Que se largue y se vaya a casa antes de que la policía lo localice.

—¿Y todo este dinero es para la policía?

—Hasta el último centavo.

—Quizás alguien dé a Eve Amory una recompensa —supuso Drake—. Le diré que hay una posibilidad al respecto.

—Cuanto has de decirle es que tenga a mano su bikini —rectificó el abogado—. Eso es cuanto precisa.

Capítulo 4

Perry Mason entró en su oficina a las nueve y media.

—Hola, Della —saludó—. ¿Qué hay de nuevo?

—Tiene a un cliente muy airado en la oficina exterior —anunció ella.

—¿Harlow Bissinger Bancroft? —preguntó Mason.

La secretaria asintió.

Mason se sonrió.

—Que pase.

Della Street se encaminó a la puerta y un momento después regresó con Bancroft.

—¡Mason! —gritó éste—. ¿Qué diablos ha hecho?

—¿Qué sucede? —preguntó inocentemente el abogado.

Bancroft le arrojó un periódico de la mañana.

En la primera página se hallaba la fotografía de una joven en bikini. Debajo podía leerse:

Belleza que al bañarse halla una fortuna.

—Bien, bien, bien —dijo Mason.

—¡Qué demonios! —exclamó Bancroft—. Confié en que sería un secreto. ¿Por qué han incrementado los mil quinientos dólares a tres? ¿Y qué supone esta mujer casi en cueros?

Bancroft golpeó con la mano abierta una fotografía, y añadió:

—¿Qué significa esta fotocopia de la nota del chantaje? ¡Señor! ¿Es ésta la clase de discreción acordada para llevar este asunto?

—Bien, bien, bien —repitió Mason—. Bueno, ¿eso es todo lo que usted sabe?

—¡Lo que yo sé! —gritó Bancroft— ¿Y usted qué sabe? Quedamos en que movería el asunto con la máxima discreción.

—¿No tiró su hijastra el bote con la nota por encima de la borda? —preguntó Mason.

—No se lo he preguntado. Ella no ha querido confiar en mí, y yo no hice preguntas. Lo cierto es que ahí está la nota del chantaje, fotografiada en la prensa. ¿Supone esos tres mil dólares que doblaron la exigencia?

Mason se rió.

—Eve Amory, ciertamente, se portó bien, ¿no le parece?

—Depende de lo que usted llame portarse bien —rugió Bancroft—. El traje de baño que luce roza el máximo permitido por la ley. Da la sensación de publicidad para una revista que apoye el desnudismo.

—¡Oh! Le falta mucho para estar desnuda —contestó Mason, leyendo pensativo el artículo—. ¿Qué más sabe? —preguntó al fin.

—¿Qué más sabe? —gruñó Bancroft—. Sé que me han hundido. Confié en su integridad, y esperaba que todo fuese absolutamente confidencial.

—Y es confidencial.

—¿Confidencial? —vociferó Bancroft, poniendo el periódico sobre el escritorio y golpeándolo con el puño—. ¡Dios sabrá cuántos millones de lectores van a leer esto! Me he informado de que una agencia lo ha distribuido a la mitad de los periódicos del país.

—Es toda una noticia —comentó Mason.

—¿Es eso cuanto se le ocurre?

—Siéntese, Bancroft, y cálmese. Deje que yo también diga lo mío.

Bancroft se sentó lentamente mirando airado al abogado.

—En primer lugar —dijo Mason—, la publicidad que usted quería evitar, es precisamente lo que menos interesa al chantajista, que prefiere las sombras del anonimato para su trabajo.

—Celebro que me lo diga —replicó Bancroft, sarcástico.

—Y en segundo lugar —continuó Mason—, la publicidad desconcertará a esa escoria de la sociedad que se mueve como los gusanos.

»Ahora bien, resulta evidente que la víctima no ha recurrido a la policía. Hizo exactamente lo ordenado por el chantajista. Ella colocó el dinero en el bote, que tiró por la borda, seguramente de acuerdo con las instrucciones recibidas. Por lo tanto, el chantajista

no puede acusar a, su víctima de incumplimiento.

—Lo que no entiendo —dijo Bancroft— es que hayan doblado la cantidad. En la nota que yo vi, pedían mil quinientos dólares. ¡Usted mismo la fotografió! ¿Cómo diablos pudieron aumentar la cantidad a tres mil?

—Lo hice yo.

—¿Usted?

—Aumenté la cifra a tres mil.

—Pero mi hijastra sacó mil quinientos del banco, y, presumiblemente, fue eso cuanto puso en el bote. Ahora bien, la policía halló tres mil dólares junto con la nota y las diez monedas de plata.

Mason se sonrió.

Bancroft iba a decir algo, se calló ante la sonrisa del abogado. Su expresión cambió de repente, y miró fijo a Mason.

—¡Qué el cielo me valga! —exclamó al fin.

Mason dijo:

—La nota fue escrita con una portátil *Monarch*. Conseguí una vieja, taché mil quinientos, y escribí tres mil. Como es natural, añadí los mil quinientos para completar la cifra.

—¿Luego fue usted quien añadió los mil quinientos? —preguntó Bancroft.

—De su dinero —aclaró el sonriente Mason—. Ya le dije que los gastos serían elevados.

—¿Quiere usted decir que…?

Mason le atajó.

—Sospecho que el trabajo lo realizan dos hombres. En la nota dice «nos». Naturalmente, esto podría ser un simple camuflaje. No obstante, pienso que no lo es. Tal vez sea una corazonada mía.

»Imagínese por un momento que usted es parte de una conspiración criminal y que tiene un cómplice. Usted lo manda a recoger mil quinientos dólares, producto del chantaje y él falla porque la policía se le adelantó. Sin embargo, la policía halla una cantidad doble a la esperada por usted. ¿No pensaría que su socio había intentado sacar por su cuenta otros mil quinientos de los cuales usted no habría recibido ni un centavo? Y si llegaba a tal conclusión, ¿creería en la negativa de su cómplice?

»Podemos suponer con toda certeza que la publicación de esta

nota sembrará la discordia entre ellos.

—¡Bonita jugada! —exclamó Bancroft.

—Además —siguió Mason—, creo que vamos a conseguir dominar a los chantajistas. Una vez logrado, intentaré mantenerlos ocupados en pensamientos desconcertantes.

—¿Cómo?

—¡Oh! —exclamó Mason—. Ya encontraremos motivos y medios para ello. Lo malo de los chantajistas es que sólo viven de las miserias humanas y necesitan «repuestos» que nutran su despensa todo el año. Eso siempre que no se trate de meros aficionados que por casualidad hallaron una noticia explotable. De todos modos, tanto si son profesionales como si no, tener a la policía sobre aviso les quitará el sueño.

Bancroft se levantó despacio.

—Mason —dijo—, le debo una excusa. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que es un paso inteligente, muy atrevido y muy diestro. Ha puesto usted el pie en otro zapato y, ¿qué quiere?, considero que los tres mil dólares están bien empleados.

—No olvide que hasta ahora no ha perdido ni un solo centavo de los tres mil dólares. De momento, los guarda la policía. ¿Qué haría usted si fuera el chantajista? Iría a la policía a decirle: «Lo siento, señores, pero el dinero es para mí».

—No, claro que no. Pero, naturalmente, pedirán otra entrega.

—Por supuesto que lo harán. Sólo que lo hubieran hecho de todos modos. Lo importante es que entonces se encuentren con otra frustración.

Bancroft tendió la mano al abogado.

—Siga adelante, Mason, y hágalo a su modo. Llámeme cuando me necesite.

—Ya le advertí —respondió Mason— que no actuaría a la manera convencional.

—No lo olvido. Y estoy seguro de que sacará el asunto a flote. ¿Necesita más dinero?

—Todavía no. A su tiempo conseguiré que la policía me devuelva el dinero.

—¿Cómo?

—Cuando mandé a mi secretaria al banco a recoger dinero en billetes de diez y veinte dólares, le di un cheque por tres mil. Puse

quinientos en mi caja y el resto en el bote de café. A su tiempo diré a la policía que ese dinero fue empleado como cebo, aparecerá mi talón de tres mil dólares y un documento bancario que acredite que el dinero fue pagado a mi secretaria en billetes de diez y de veinte dólares.

Bancroft se quedó silencioso un momento, luego echó atrás la cabeza y se rió.

Desde la puerta de salida, dijo:

—Mason, cuando entré en la oficina respiraba fuego; ahora, me voy respirando aire.

—No esté tan seguro —dijo Mason—. Aún no ha salido del bosque. De momento, hemos iniciado un fuego de retaguardia, para hostigar a los chantajistas.

—Eso supone que extremarán su astucia —contestó Bancroft.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mason cogió el periódico, y sonrió a la fotografía de Eve Amory.

—Hay más fotos en la página de atrás —dijo Della—. Son fotografías con los esquíes acuáticos, mostrando lo que sucedió cuando se cayó en el agua y vio el bote rojo. Jefe, ¿qué puede sucederle a ella?

—Probablemente conseguirá un bonito contrato.

—Pero estará en peligro.

—Claro que estará en peligro. No obstante, como abogado suyo, procuraré que tenga protección. A menos que esté muy equivocado, alguien le telefoneará para amenazarla.

Capítulo 5

A las diez y media los nudillos de Paul Drake golpearon la puerta de la oficina de Mason.

Della Street lo hizo pasar.

—Bien —dijo el detective, apoyado en el ángulo del escritorio—. Ciertamente hemos conseguido publicidad.

—Eve Amory ha conseguido publicidad —dijo Mason.

—Eso no es todo —prosiguió Drake—. Los periódicos picaron hondo en el asunto, tal como supusiste. Al principio creyeron que era un truco publicitario. Por fortuna tres mil dólares es una propina que no puede permitirse ningún agente de publicidad. Eso ayudó a que lo creyesen.

Mason asintió.

—¿Cómo se siente Eve?

—Eve está sentada en una nube. Le han pedido que aparezca en la «tele» esta noche.

—¿Qué hace la policía?

—La policía ha consultado al laboratorio de identificación, y ya sabe que la máquina empleada es una *Monarch*.

Mason se sonrió.

—Y —continuó Drake— las noticias están tranquilas de momento. Los periódicos han lanzado a un tipo listo tras la pista de la víctima. Suponen que ésta vive en las playas del lago Merticito, y que es algún individuo rico. También suponen que el bote con el dinero estaba preparado de acuerdo con las instrucciones telefónicas, donde, casualmente, fue recogido por Eve Amory.

—Mejor que mejor —dijo Mason.

—No estés tan seguro —replicó Drake—. Esos periodistas son tipos muy competentes. No me extrañaría que se aproximasen a la verdad.

—¿Cualquiera que sea la verdad?

—¡Naturalmente! Bien, de momento, yo también desconozco los detalles, y no los pido. Mis palabras sólo son una advertencia.

—Gracias. Tendré cuidado.

Drake siguió:

—Los periodistas estuvieron intentando averiguar quién alquiló ayer canoas, y cuáles fueron las botadas al agua. Afortunadamente, el encargado tiene una lista de las recogidas que hace, pero sin los números de las embarcaciones. Eso hace que, de momento, seamos los únicos en posesión de la lista completa.

—¿La tienes? —preguntó Mason.

—Mi ayudante controló todas las embarcaciones que salieron al lago.

—¿Quién era el hombre que pescaba con caña?

—Es uno de los datos curiosos —dijo Drake—. Fue alquilada para medio día por dos hombres que pensaban salir a pescar.

—¿Dos hombres?

—Eso dije.

—En la barca sólo había uno.

Drake respondió:

—Cuando regresó, iban dos.

—¿Sus nombres? —inquirió Mason.

—El empleado que se cuida de las embarcaciones no apunta nombres. Se trataba de un simple alquiler de canoa con motor fuera borda. Uno de esos motores de baja potencia usados para la pesca o paseo. En realidad, la canoa era tan vieja que no hubiera resistido el empuje de un motor de mediana potencia.

—Y su ayudante, ¿tampoco logró nada?

—Pues sí. Una descripción de ambos sujetos, eso es todo. El más joven contaría unos veinte años; y el otro unos cuarenta y cinco.

Mason frunció el ceño. De repente dijo:

—¿Estás seguro de que tuviste la impresión de ver cómo desaparecía la lata mientras la mirabas?

—Algo así —respondió Drake—. La miré un momento, y, cuando volví a hacerlo, ya había desaparecido. Supuse que algún golpe aflojaría la tapa, y, al desprenderse, el agua hundió el envase.

Mason sacudió la cabeza.

—Tratamos con gente más lista de lo esperado, Paul.

—¿Qué quieres decir?
Mason se explicó:
—De los dos hombres que alquilaron la barca de pesca, uno iría provisto de equipo de inmersión. Lo más seguro es que dicho equipo lo tuviera en cualquier punto de la playa, donde lo recogería después de salir al lago, y una vez en el sitio convenido, el hombre rana se sumergería.
»La víctima ya sabía dónde tenía que tirar la lata y a qué hora.
Drake comentó:
—La canoa que salió de la residencia de Bancroft era manejada por una joven. Después de tirar el recipiente colorado por la borda, trazó un par de círculos a su alrededor, y, luego, se fue.
El abogado añadió:
—Entonces fue cuando el buceador provisto de botellas de aire se acercó a recogerla por debajo. Así, cualquiera que mirase no habría visto ninguna embarcación próxima a la de Bancroft. Es más, en caso de aviso a la policía, nadie habría encontrado una pista decente que seguir.
—¡Qué torpe soy! —exclamó Drake, cuando la idea se abrió paso en su cerebro.
Mason continuó:
—Por desgracia para él, tú aumentaste la velocidad, e irrumpiste en la zona alborotando el agua. El hombre no quiso correr el peligro de verse atrapado por la hélice, y esperó a que la canoa se alejara. Pero mientras tanto, la joven esquiadora se tiró al agua y cambió las latas… Paul, ¿fue Eve Amory quien hizo el cambio?
—No. De ese trabajo se encargó una de mis empleadas, experta en esquí acuático. Naturalmente, Eve ha proclamado a los cuatro vientos que fue ella quien se encontró el envase, siguiendo nuestras instrucciones.
Los ojos de Mason se entrecerraron. Luego dijo:
—La solución está en la canoa del pescador, Paul. Su compañero esperó a que te alejaras y entonces cogió la lata roja que había sustituido a la auténtica. Imagino que debió volver a nado a la orilla, donde se le reuniría el otro. Y ya juntos, se vestirían para regresar como dos pacíficos pescadores.
—Para entonces ya habrían descubierto el engaño —aventuró Drake.

—Desde luego. Eso les pondría furiosos, pensando en que habían sido engañados. Pero esta mañana habrán leído la prensa y ahora creerán que eran dos las latas que flotaban y que ellos cogieron la vacía y Eve Amory la llena.

—Y mientras tanto, ¿qué pasaría entre ellos?

—Sin duda, se habrán acusado mutuamente del engaño.

—¿Y ahora qué?

—Desde ahora en adelante estarán con una oreja en el suelo. De ahí que lo principal para nosotros sea mantenerlos en la incertidumbre.

—¿Y qué me dices de la víctima del chantaje? —preguntó Drake —. Me gustaría saber cómo se sentirá, después de leídos los periódicos.

—Sobre todo al enterarse de que había tres mil dólares.

—Sus exprimidores establecerán contacto por teléfono, y ella dirá que sólo puso mil quinientos.

—Eso confirmará a los chantajistas que alguien juega al engaño, y que ella es forzada a decir que no puso tres mil dólares.

—¡En buen aprieto la pones! —exclamó Drake.

Mason asintió.

—Tendremos que colgarle una escolta armada, Paul. Pero ella no ha de saberlo. Instálale un micrófono en su coche, y que dos o tres hombres se conviertan en su sombra. Utiliza todo el personal que sea preciso.

—Supongo que huelga advertirte que esto es un juego condenadamente peligroso. No me extrañaría que ese par de sujetos obre sin escrúpulos.

El rostro de Mason se animó con una sonrisita.

—Hasta yo prescindo de los escrúpulos, Paul.

Capítulo 6

Poco después del mediodía, Della entró en la oficina de su jefe, y anunció:

—Problema a la vista.

—¿Qué ocurre? —inquirió Mason.

—Una Rosena Andrews muy encolerizada que echa fuego por los ojos está en la oficina exterior.

—¿Sospecha cómo halló mi pista?

—No habla. Sólo dice que ha venido a ver a usted, sobre un asunto estrictamente personal y de la mayor importancia.

Mason se sonrió.

—Bien, será mejor que hagamos frente a la cólera, Della. Hágala pasar. ¿Es del tipo capaz de sacarse un arma del bolso y empezar a disparar, o de subirse al escritorio y dar zarpazos?

—Es del tipo capaz de ambas cosas —contestó la secretaria—. Tiene mucha ley dentro, si entiendo algo de caracteres.

—No dudo que entienda, Della —aseveró Mason—. Hace mucho tiempo que está en la primera línea de fuego de la ley. Que pase.

Unos segundos después, Della Street mantenía abierta la puerta, y una airada joven de veintitrés años entraba impetuosa en la oficina, con sus azules ojos centelleantes de furor.

—¿Es usted Perry Mason?

—Ése es mi nombre.

—Le agradeceré que se mantenga al margen de mis asuntos. No sé exactamente cuáles son mis recursos para obligarlo, pero imagino que el Colegio de Abogados, o alguna autoridad, podrán ayudarme.

Mason alzó las cejas en signo de extrañeza.

—¿Me interfiero en sus asuntos? —preguntó.

—Usted sabe que sí.

—Pudiera ser. Bien, ¿por qué no toma asiento y me explica los

detalles?

—¡No quiero sentarme! —barbotó ella—. Esa maldita publicidad en los periódicos de la mañana contiene suficiente explicación. Mi padrastro visitó a usted ayer, para un asunto de emergencia, y yo imagino que es usted capaz de todo este tinglado.

—¿Qué tinglado?

—Sabe a lo que me refiero. Usted se apoderó de la lata de café, cambió la nota, puso mil quinientos dólares más, y… Bueno, ¿quiere decirme qué intenta, señor Mason?

Éste se mostró tolerante.

—No mientras siga en este estado, señorita Andrews. Si he de hablar, lo haré cuando se haya serenado.

—Quiero escuchar.

—Sólo con un oído —dijo Mason—. Está demasiado indignada para concederme plena atención.

—Tengo razón para estar indignada.

—Aún no me ha dicho por qué.

—¡Lo sabe muy bien! La nota del chantaje fue enviada a mí. Y a mí me dieron las instrucciones sobre el dinero y lugar donde tenía que depositarlo. Cuando lo hice no había nadie cerca de mí.

»Pero al retirarme apareció una canoa llena de chicas descaradas. En principio supuse que se trataba de las personas que habían de recoger el dinero. Luego comprendí que éstas no armarían tanto jaleo. Pero no había nadie más en las inmediaciones, y lo dejé estar.

—Aclaremos algún extremo, señorita. Según dice, la nota iba dirigida a usted.

—Lo sabe muy bien.

—¿Cómo?

—Probablemente a través de mi padrastro. Debió de huronear en mis cosas y hallar la nota en mi escritorio. Luego volvería a ponerla en su sitio.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Me tomé la molestia de fijarme en la posición exacta de la nota, para saber si alguien metía las narices donde no le importaba.

—¿Supone eso que no se ha perdido gran cantidad de afecto entre usted y su padrastro?

—Usted está equivocado. Amo a mi padrastro. Es un hombre

maravilloso, que se excede en protegerme.

—Así, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Mason.

—No lo sé. Usted me ha puesto en un brete. Tenía que dar mil quinientos dólares a unas personas a cambio de que no publicasen cierta información. Pero alguien ha modificado la cantidad en la nota, y añadió mil quinientos más. Eso sin contar con la aparición de una corista en bikini, cuya fotografía campea en las primeras páginas de los periódicos. La policía tiene el dinero, y bueno, francamente, ahora tendré que pagar un infierno.

—¿Le han pedido ese infierno?

—Todavía no. Pero me temo que va a suceder.

—Quizá —concedió Mason—. ¿No le importaría decirme por qué es tan vulnerable?

—¿Qué quiere decir con vulnerable?

—Presa fácil para el cebo de un chantajista.

—Me imagino que todos somos vulnerables —respondió ella—. Quien más, quien menos, guarda su poquito de ropa sucia en su armario.

—¿Cuál es *su* ropa?

—Eso no le importa a usted. Comprendo que trata de protegerme de algún modo, pero he venido a advertirle, señor Mason, que no quiero protección. Deseo resolver mi problema, sin la ayuda de nadie.

Mason trató de persuadirla.

—Cuando una persona baila en la cuerda de un chantajista, se convierte en un insecto en la tela de una araña. Paga una vez, otra y otra; y vuelve a empezar la tanda hasta quedarse blanca por falta de sangre.

—Nadie *me* va a sangrar, y aún menos me dejará blanca —desafió la joven—. Gano tiempo, eso es todo.

—¿Para qué?

—El tiempo juega a mi favor. Sabré resolver mis asuntos sin ayuda de nadie.

Mason, amablemente, preguntó:

—¿Intenta proteger a alguien en este asunto?

Rosena respondió airada:

—¡Eso no le importa! Quiero decirle que deseo verlo al margen de mis asuntos. ¡Me basto yo sola!

—Por ese camino se llega a la perdición —dijo Mason—. Se hundirá cada vez más y…

Ella le interrumpió:

—Sé lo que hago, señor Mason; gano tiempo. Estaba dispuesta a pagar mil quinientos dólares para ganar ese tiempo.

—Luego hubiera llovido otra amenaza.

—Para entonces —exclamó rabiosa—, ya se habrán roto los dientes.

—Parece usted una joven muy decidida.

—Y con recursos. No olvide eso.

Mason la estudió pensativo.

—Si me dijera lo que tiene en la cabeza, señorita Andrews, quizá podría aconsejarle, y, tal vez, por decirlo de algún modo, unir nuestros recursos.

Rosena sacudió vigorosamente la cabeza.

Mason continuó:

—¿Conoce la información a que se refiere la carta?

—La conozco.

—¿Por qué no se decide a tratar el asunto conmigo?

—De ningún modo. Es problema mío, y sólo mío.

Mason insistió:

—¿Por motivos románticos, o por prestigio social? ¿Cree usted que si ganase unos días o semanas, podría manejar la situación con ventaja?

—Quizá.

—¿Está convencida de que cambiarían las cosas?

—¿El qué?

—El paso del tiempo.

—Sí.

—Las personas que le mandaron la nota, ¿se han comunicado con usted telefónicamente?

—Parece una cosa natural.

—¿Hay alguna contraseña para identificarse?

Rosena se exaltó.

—¡Es algo que no vine a tratar! El objeto de mi visita, señor Mason, es decirle que no necesito sus servicios. No preciso de los servicios de un abogado. Quiero tratarlo personalmente, sin interferencias. Le agradeceré que se mantenga alejado de mis

asuntos.

Después se giró bruscamente, y salió de la oficina.

Mason llamó a Della Street.

—Vea usted la forma de comunicarse con Bancroft por teléfono.

Minutos después, Della decía a su jefe:

—Está en línea.

—Hola, Bancroft —saludó Mason—. Acabo de recibir la visita de su hijastra. Echa humo y fuego.

—¿Cómo pudo saber lo de usted?

—Aparentemente sabía que usted me visitó ayer por la mañana por un asunto urgente. También está segura de que usted ha leído la nota, mientras ella estuvo fuera. ¿Cambió usted la posición de la nota?

—¿Qué quería Rosena? —preguntó Bancroft.

—Vino a decirme que no necesita de un abogado, que es capaz de llevar ella sola el asunto, que tiene sus propios planes y que no acepta interferencias ajenas.

—No me importa lo que ella piensa —dijo Bancroft—. Siga con el trabajo. Es joven, impulsiva y demasiado segura de sí misma. Eso la induce a considerarse capaz de habérselas con chantajistas profesionales, cuando en realidad resultará una presa fácil para ellos.

Mason aconsejó:

—Sería bueno que hablase usted con ella, que ya sabe que vio la carta. Su hijastra intenta proteger a usted, tanto como a sí misma. Repito que sería bueno que hablara con ella.

Bancroft no estuvo conforme.

—Ha de ser ella quien venga a mí. Le corresponde romper el hielo. No ha querido confiar en mí, y la carta iba dirigida a ella.

—Rosena me ha pedido que me abstenga de intervenir —dijo Mason—, y eso traba algo mis manos.

—¿Qué ocurre con eso?

—Pues que en modo alguno puedo representarla.

—No hace falta —respondió Bancroft—. Me representa a mí. Intento que el asunto no se haga público. *Tengo* que conseguir que no se haga público. Por lo tanto, nada se opone a que sea mi abogado. Hasta ahora lo ha jugado bien. Ha conseguido poner a esa gente a la defensiva. ¿Quiere más dinero?

—Aún no.

—Cuando lo necesite, llámeme. Francamente, siento curiosidad por conocer el desarrollo de los acontecimientos. En cierto modo, se ha convertido en un juego para mí imaginarme el caso desde campo enemigo. Pero no quiero poner a Rosena en ninguna situación de peligro.

—Conforme —dijo Mason—. Lo haremos lo mejor que sepamos.

—¿Y si los chantajistas consideran que ella los engañó?

—En absoluto. Creen que uno de ellos intentó hacerse con mil quinientos dólares extras. Al menos en principio, ésta será su reacción. Rosena hizo cuanto le indicaron. Creerán que cogieron una lata vacía en vez de una llena, y, vista la publicidad, estarán nerviosos.

—De todos modos, me preocupa la seguridad de Rosena.

—Deje de preocuparse. La escolta de continuo un guardaespaldas armado.

—¿Lo sabe?

—Aún no.

—¿Lo averiguará?

—Es posible.

—Y entonces habrá problemas.

—Nos enfrentaremos a eso cuando se produzca —contestó Mason—. Mientras, no faltarán otros acontecimientos que necesiten nuestra atención.

—Conforme —dijo Bancroft—. Usted es el médico. No obstante, hay una cosa que debe saber. Rosena es muy joven y decidida, y va armada.

—¿Cómo dice?

—Que lleva una pistola. Al menos, eso creo. O ella o mi esposa, han cogido un revólver calibre 38 que yo guardaba en la mesita de noche.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hace unos momentos quise cogerlo. Decidí que era mejor tenerlo a mano… y ha desaparecido. Tiene que haber sido Rosena o Phyllis.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Mason.

—Bueno, lo tengo allí siempre.

—Trate de recordar.

—Pues… no sé, hace quizás una semana.

—¿Dónde está su esposa, ahora?

—En nuestro apartamento de la ciudad. Aún trabajando para esa fiesta de caridad.

—Sería conveniente que usted venga también —dijo Mason—. Una pequeña conferencia no estaría de más en estas circunstancias.

—Quiero que ellas den el paso —respondió Bancroft—. Les corresponde tomar la iniciativa.

—No dude en tomarla usted —recomendó Mason—, antes de que Rosena incluya el uso del revólver.

—¡Cielos, no había caído en eso!

—Piénselo ahora, pues.

Mason colgó el auricular.

Capítulo 7

Sobre las tres de la tarde, Della dijo:

—Parece ser un día de mujeres con problemas.

—¿Quién es ahora? —preguntó Mason.

—La corista. Eve Amory, y, ciertamente, está abatida. No me sorprendería que hubiese llorado un poquito.

—¡Demonios! Que pase.

—Tiene usted una cita a las…

—La cita puede esperar —cortó Mason—. No me extrañaría saber que la chica se halla en grave aprieto. Mientras la recibo, pregunte a Paul si ha dispuesto protección para ella. En caso contrario, ordene que alguien la siga cuando deje la oficina; que sea un tipo de mal genio y con buenos puños, capaz de vigilarla y guardar sus espaldas. Ahora dígame algo más de Eve, antes de hacerla pasar.

—Es muy guapa. Una de esas mujeres que se miran y por las cuales los hombres harían disparates.

—¿Qué más?

—Bueno —continuó Della—, no me gustaría parecer suegra, pero después del disparate, el hombre sentiríase aburrido.

—¿Qué quiere decir?

—Que no tiene personalidad ni ideas propias. En ella todo es puro ensayo. Mantiene la sonrisa un segundo de más, como si estuviera practicando ante el espejo. Cuando está en pie, cuando anda, o cuando se mueve, da la sensación de un producto sintético, aunque muy atractivo. Desde luego, nadie advertiría su sensibilidad femenina.

—Bien, daré un vistazo y comprobaré sus observaciones —dijo Mason.

—Dará un vistazo y se quedará con la boca abierta —replicó

Della—. Pasará un buen rato antes de que sea capaz de emitir un juicio sereno. Es muy bonita.

—Que pase, y veremos qué hay en su mente. No se olvide de llamar a Paul y decirle que le ponga sombra. ¡De hecho, no me importa saber dónde va! Pero sí que sea protegida. Quien la vigile deberá mostrarse duro, si es preciso. Ahora, hágala pasar, Della, y deje que me deslumbre.

Della Street salió de la oficina, y regresó con Eve Amory.

—Buenos días —saludó Mason sonriente—. He visto su fotografía en la prensa.

Eve se sonrió. Sus labios permanecieron distendidos más tiempo del necesario, antes de ofrecer su mano y decir:

—Ésa es la razón de mi visita.

—¿Por qué a mí?

—El hombre para quien trabajé, Paul Drake, es detective particular y se cuida de los asuntos de usted. Después del hallazgo del dinero le informó de las interesantes novedades.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Mason, lleno de curiosidad.

—Me parece que no soy ciega, señor Mason, y usted no es un desconocido. Su foto aparece también en los periódicos —se sonrió, antes de añadir—: Incluso más que la mía.

—Siga.

Eve continuó:

—Un individuo de modales suaves, pero de refinada crueldad, se ha puesto en contacto conmigo y me ha planteado un buen problema.

—¿Qué clase de problema?

—Según parece, sabe algo de mí.

—¿Tiene usted un pasado que ocultar?

Eve lo miró fijamente, y luego respondió:

—Toda aspirante a Hollywood lo suficiente bonita para aspirar a un futuro, muy bien podría tener un pasado, y hasta un presente.

—¿Y qué pasa con ese individuo? —preguntó Mason.

—Se trata de un hombre de unos cincuenta años, quizá cuarenta y cinco o cincuenta y dos, con penetrantes ojos grises e ideas inamovibles.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Mason—. ¿Quiere decir que él pretende…?

—No, no —interrumpió ella, precipitadamente—. Quiero decir todo lo contrario, señor Mason. No está en absoluto influido por encantos femeninos, lágrimas, sonrisas o prendas de nilón.

—Siga.

—Quiere dinero.

—¿Cuánto?

—Los tres mil dólares que me encontré.

—Pero usted los entregó a la policía. ¿Es que ese hombre no lee la prensa?

—Ese hombre lee la prensa, y, además, vigila.

—¿Y qué pretende?

—Los tres mil dólares.

—¿Cómo espera conseguirlos?

—Del único modo posible. Tengo que hacer una declaración a la policía en el sentido de que todo ha sido un montaje publicitario, y que un amigo me prestó los tres mil dólares. El plan consistía en que fuera al lago con un mini traje de baño, y dijese que había encontrado la nota en la lata de café. Así, se supondría que una de las familias que viven cerca de las playas era víctima de chantaje, y los periódicos me harían gratis la publicidad.

»Quiere que yo confiese a la policía todo eso. Qué sólo se trata de una campaña de publicidad montada por un agente que sabe cómo despertar el interés de los periódicos. Según él, pasado un tiempo, la policía me devolverá los tres mil dólares, que a mi vez debo entregarle.

—¿Y si no lo hace?

—¡Oh, naturalmente que puedo no hacerlo! Pero hay algo que me preocupa mucho. A veces las cosas escritas resultan feas.

Mason la estudió pensativo, y, luego, preguntó:

—¿Considera usted que su carrera artística necesita de un pasado limpio?

Eve contestó:

—Personalmente me importa un higo, pero entra alguien más: un hombre que es padre de dos hijos.

—¿El que la visitó mencionó su propio nombre?

Ella sacudió la cabeza.

—Me propuso que nos refiriéramos a él como el «señor X».

—Y, ¿cómo podrá ponerse en contacto con él?

—Ese trabajo lo realizará mi visitante.

Mason se quedó pensativo, y al fin dijo:

—¿Le preocupa eso?

—Me preocupa muchísimo.

El abogado respondió:

—Si sale ahora con esa declaración de un truco publicitario, para engañar a los periodistas incautos, se ganará la enemistad permanente de un montón de ellos.

—Lo sé.

—Eso quizá mate para siempre sus aspiraciones artísticas.

—No necesita decir las cosas que yo ya pienso, señor Mason.

—¿Y pese a ello sigue con la idea de hacer tal declaración?

—Pienso en el hombre y los niños.

—Y ese hombre, ¿es poderoso en determinados círculos?

—Mucho.

—¿Qué dice él?

—No se lo he dicho.

—¿Por qué no?

—Ignoro lo que el señor X sabe de nosotros. Nos han visto en público un par de veces, pero podría tratarse de una relación comercial o de otra cosa.

Mason tardó algún tiempo en preguntar:

—¿Cuándo se pondrá otra vez en contacto con usted?

—En alguna hora de esta noche.

—Bien, dígale que no le seduce el proyecto, y que de todos modos no daría resultado, pues su abogado está dispuesto a demostrar que toda presión tiene como fin el chantaje.

Eve se quedó pensativa.

—¿Puedo dar el nombre de mi abogado?

—Desde luego que sí. Dígale que es Perry Mason e invítelo a que venga a verme.

La joven volvió a meditar. De repente alargó su mano a Perry Mason.

—Creo que es una buena solución.

El abogado dijo:

—No me gustan los chantajistas. Son buitres humanos que hacen presa en la debilidad de la gente y su deseo de evitar la publicidad. Diga al señor X que si quiere discutir el problema que venga a

verme.

—No —contestó ella—. Estoy segura de que en cuanto le mencione su nombre y le diga que usted está dispuesto a demostrar que el dinero de la lata era producto de chantaje, tratará por todos los medios de buscar un agujero donde esconderse.

Mason la animó.

—Sepa que apreciamos su cooperación.

Eve se sonrió, y de nuevo su sonrisa fue una fracción de segundo demasiado larga.

—Ha resultado una experiencia muy buena para mí, señor Mason. Gracias por la oportunidad. ¿Salgo por la misma puerta o…?

—No, por esta otra —Mason señaló una puerta distinta.

Tan pronto la joven hubo salido, Mason llamó a Della Street, que le pasó la comunicación telefónica con Paul Drake.

—¿Tienes a alguien detrás de Eve Amory? —preguntó Mason.

—Sí, desde hace media hora. La siguió hasta tu oficina. Creí que vendría a la mía.

—Ha sido visitada por un individuo de unos cincuenta años.

—Eso fue antes de que mi hombre la siguiera; no tenemos nada anotado al respecto.

—Procura identificarlo. Se hará visible a última hora del día o por la noche.

—¿Quién es?

—El señor X. Me temo que se trata del chantajista en persona. Tiene de cuarenta y cinco a cincuenta y dos años, y ojos penetrantes.

—Podría ser el pescador de caña —dijo Drake—, coincide con su descripción.

—Conforme —respondió Mason—. Tan pronto logremos contacto con los chantajistas y sepamos quiénes son, procuraremos que no les falten problemas.

Capítulo 8

Poco después de las cuatro, Della cogió el teléfono en respuesta a una llamada de la recepcionista, y escuchó con creciente consternación retratada en su rostro.

—¿Qué es ello? —preguntó Mason, al mismo tiempo que ella cubría el auricular con la mano y se volvía hacia él.

—Tenemos un círculo completo. La señora Phyllis Bancroft está en la oficina e insiste en ver a usted en seguida, para un asunto de la mayor importancia.

—Que aguarde un momento. Mientras, póngase en contacto con Harlow Bancroft. Pruebe de hallarlo en la casa del lago. Si no está allí, inténtelo en la oficina.

Della habló por teléfono.

—Tendrá que esperar un momento, Gertie. No será mucho. Explíqueselo, por favor, y deme línea.

Della aguardó hasta tener línea, marcó el número de la casa del lago. Después de un momento preguntó:

—¿Puedo hablar con el señor Bancroft, por favor? Dígale que es importantísimo. La secretaria del señor Mason… Ah, ya. ¿Sabe dónde puedo localizarlo? Gracias, lo intentaré de momento en su oficina. Tengo el número.

Colgó y dijo a Mason:

—No está. La persona que contestó opina que debe hallarse en su oficina.

—Pruebe.

Della marcó de nuevo y repitió que deseaba comunicarse con el señor Bancroft para un asunto de la mayor importancia.

Tras una pausa dijo:

—Gracias. ¿Sabe usted dónde puedo localizarle? Muchas gracias.

Della cortó la comunicación y se volvió a Mason.

—En la casa del lago creen que está en la oficina, y en la oficina creen que está en la casa del lago.

Mason suspiró.

—Bueno, que entre la señora Bancroft.

—¿Qué va a decirle?

—Nada, no puedo decirle que su marido me ha consultado, y tampoco deseo mentir acerca de esto.

Della asintió, salió a la oficina exterior y regresó con la señora Phyllis Bancroft.

Había un aire señorial en la esposa de Bancroft. Evidentemente era más joven que su marido, si bien aparentaba una juventud que no tenía. Era una mujer que cuidaba su figura y hacía punto de orgullo el observar los detalles de su aspecto personal.

—Buenas tardes, señor Mason —dijo ella—, he oído hablar mucho de usted, y lo conozco a través de sus fotografías en los periódicos. Celebro la oportunidad de verlo en persona. Creo, según tengo entendido, que es el abogado de mi esposo.

Mason alzó sus cejas.

—¿Se lo dijo su marido?

—No.

—¿Puedo saber quién entonces?

—Mi hija.

—Vino a verme. Ella da por ciertas algunas cosas y ha actuado bajo esa suposición.

—Gracias, señor Mason. No pienso violentarlo. Sin embargo, para su tranquilidad, le diré que ni mi hija ni mi esposo saben que he venido a su despacho.

Mason respondió:

—Si yo actuara como abogado de su marido, no podría en modo alguno mantener confidencial esta visita, y si no actúo como abogado de su marido, nunca le aconsejaría que se comprometiera.

—¡Oh, cállese! —interrumpió ella—. Comprendo su posición, y trato de respetarla. Si me lo permite, me sentaré unos pocos minutos y le contaré unas cosas altamente confidenciales.

—¿Supone esto que tenga que actuar como abogado suyo?

—No, sólo quiero que sepa ciertas cosas.

—Escucho.

—¿Y su secretaria?

—Sabe escuchar y hablar muy poco.

—Comenzaré por el principio. Mi hija Rosena está prometida con Jetson Blair. La familia Blair, como usted sabe, ocupa un puesto prominente en la sociedad; podríamos decir que es aristócrata. Cierto es que en el mundo de los negocios jamás se distinguieron, pero mantienen su elevado estamento social.

»En cambio mi esposo ha demostrado ser un buen comerciante.

—Y también que es generoso —apuntó Mason.

—Y también *muy* generoso —concedió ella.

—Siga, por favor.

—Jetson Blair tiene 24 años. Tuvo un hermano tres años más joven, Carleton Rasmus Blair, que era algo loco. En realidad, se puso en un montón de líos. Ingresó en el ejército del aire, y en un servicio de observación, su aparato no regresó a la base.

»Primero lo dieron por desaparecido. Un año más tarde encontraron los restos del avión, que se había estrellado en la ladera de una montaña. Aparentemente, no hubo superviviente alguno, si bien no aparecieron los cadáveres de toda la tripulación. Algunos de ellos era evidente que habían muerto en el acto, pero de otros se supuso que resultaron gravemente heridos. Las inclemencias del tiempo y la acción de los animales salvajes hicieron imposible toda identificación.

»Carleton, hasta entonces dado como desaparecido, pasó a engrosar la lista de los muertos.

Mason asintió con la cabeza.

—Un par de años más tarde —continuó ella—, un hombre que se hacía pasar por Irwin Víctor Fordyce fue condenado por la comisión de un delito e ingresó en San Quintín. Hace unas semanas lo pusieron en libertad. Pero después se ha perpetrado un atraco en una estación de servicio, y como de costumbre en estos casos, la policía mostró a las víctimas las fotografías de los delincuentes recientemente salidos de la cárcel, y aquellos que, por el modo de operar, pudieran ser sospechosos.

»Una de las víctimas identificó a Irwin Fordyce como uno de los asaltantes.

El rostro de Mason mostró agudo interés.

—Siga —dijo.

La señora Bancroft sopesó más sus palabras.

—Según me han dicho —continuó ella—, debido a que Carleton Blair fue oficialmente declarado muerto, sus huellas digitales están definitivamente archivadas. Pero también me informaron de que Carleton no ha muerto. Parece ser que descubrió una cabaña de un trampero, donde halló provisiones, y, restablecido de sus heridas, harto de la vida del ejército, decidió cambiar de identidad. Para ello eligió el nombre de Irwin Víctor Fordyce y luego regresó a la civilización, donde no tardó en convertirse en un delincuente e ingresar en San Quintín.

»Sin duda alguna, señor Mason, el hecho de que un miembro de la familia Blair haya estado en la cárcel y que sea buscado por la policía en relación con un atraco en la estación de servicio, constituye un pobre fondo para la boda de mi hija.

—¿Le informó ella de esto?

—No, la información me fue dada por un chantajista.

—¿Qué quería?

—¿No lo supone? Dinero, naturalmente.

Los ojos de Mason se entrecerraron. Quiso decir algo, pero se contuvo.

Después de breve silencio, la señora Bancroft continuó:

—Compréndalo, para mi hija supone un trastorno terrible.

—Resumiendo, ¿pagó usted?

—Pagué.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

Los dedos de Mason tamborilearon en el pupitre.

—Cuando leí la prensa comprendí que mi hija había sido víctima del mismo chantaje, y no me sorprendería enterarme que mi marido ha sufrido la misma suerte.

—¿Y los Blair?

—Si les han hecho alguna demanda, nada han dicho. Los Blair no son pobres, pero tampoco les sobra el dinero.

—Aun así es de suponer que podrían pagar una cantidad relativamente pequeña —aventuró Mason.

—Eso imagino.

—¿Le sería imposible —preguntó Mason— darme una descripción del hombre que habló con usted? ¿Tenía ojos grises, penetrantes, quizás unos cincuenta años?

—Era joven. No más de veinticinco o veintiséis. Un joven atractivo, con el pelo recortado, ojos oscuros, hombros anchos y rasgos ordinarios.

—¿Y le pagó los mil dólares?

—Sí.

—¿Cómo?

—En billetes de diez y de veinte.

—¿Le prometió no pedir más dinero?

—Me aseguró que yo había comprado su silencio.

—Imagino que entonces le enseñaría alguna prueba. Algo que…

La señora Bancroft le interrumpió:

—Ciertamente. Tenía las fotografías que la policía tomó de Irwin Fordyce, sus huellas dactilares y sus medidas. Y también las fotografías de Carleton Blair hechas antes de ingresar en el ejército. Debo admitir que se parecían notablemente.

»Y otra de las cosas que mostró fue un tipo de huellas que afirmó eran de Carleton R. Blair, tomadas cuando ingresó en el ejército.

—¿Dijo algo de esto a su hija?

—Por supuesto que no. No quise estropear la felicidad de mi hija.

—¿Y en cuanto a su marido?

—¡De ningún modo!

—¿Por qué no?

—Bastantes problemas tiene ya.

Mason siguió:

—¿No se le ocurrió sospechar que los chantajistas abordarían a su hija y, probablemente, también a su marido?

—No.

—¿Por qué viene usted a mí ahora?

—Porque su aparición en escena lo ha trastornado todo.

—¿En qué sentido?

—Usted sabe lo que ha hecho. Y yo pienso que la consecuencia inmediata será una nueva presión sobre mi hija en demanda de más dinero.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque escuché la conversación telefónica.

—¿Y qué se dijo?

—El hombre la acusaba de haberlo traicionado, y mi hija debió de suponer que se trataba de un periodista, o tal vez fingiese que así lo creía.

»Ella contestó que nada tenía que añadir a la prensa, que el hombre del otro extremo del hilo era un periodista el cual trataba de sonsacar a las personas que residían junto al lago y así preparar un artículo sensacionalista, si lograba que alguien hiciera una declaración capaz de descubrir a la víctima del chantaje.

»Se quejó de inmoralidad por semejante táctica, pues aquello era asunto privado de la víctima. Criticó a la prensa por descender tan bajo como para no importarle la reputación de las personas con tal de practicar el sensacionalismo. También les acusó de falta de conciencia profesional y de bastardos, e hizo hincapié en que supieran cómo pensaba ella de esa basura que lleva por título prensa sensacionalista.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Luego colgó de golpe.

Mason comentó:

—Podría ser una buena jugada. Quizás ahora el chantajista se sienta desconcertado. ¿Cómo supo que su hija fue víctima de coacción? ¿Se lo dijo ella?

—No. Sin embargo, me enteré de su paseo por el lago, y que había pedido un bote de café vacío de color rojo. Luego, cuando leí los periódicos, comprendí lo sucedido.

—Pese a ello no dijo nada a su hija.

—No.

—¿Y ella tampoco ha dicho nada?

—No.

—¿Cómo se explica eso después de que escuchase la conversación?

—Preferí averiguar si los chantajistas lograron algo de ella.

—Bien. ¿Por qué ha venido a mí?

—Temo que mi hija esté en peligro. Y porque indudablemente mi esposo ha consultado con usted. Además usted juega con dinamita y quiero que sepa algo de sus enemigos.

—¿Está segura de haber tenido contacto con uno de los chantajistas?

—Yo he tenido contacto directo con un joven que me sacó mil

dólares, con la promesa de no difundir la información que poseía.

—¿Cómo iba a hacerlo?

—Según él, hay una revista sensacionalista que le hubiese pagado mil dólares por la historia. Por eso fijaba el precio de mil dólares. Dijo que necesitaba el dinero, y que ésa era la causa de hacer algo que le repugnaba. Por lo demás, prefería recibir el dinero de mí y destruir la información comprometedora que poseía. Se mostró muy convincente.

—¿Piensa contárselo a su esposo?

—No. Y si se lo digo a usted es porque me siento naturalmente obligada.

—¿No se le ha ocurrido que usted misma puede estar en peligro?

—¿Yo en peligro? ¡Bah!, los chantajistas son cobardes, señor Mason. Aquel hombre me sacó mil dólares, y tal vez su socio se ha encargado de pedir tres mil a mi hija. Estoy convencida de que la cosa no hubiera pasado de ahí de no ser porque la publicidad que se ha dado al caso ha sido apetecible. Por otra parte, claro está, ellos querrán los tres mil dólares que tiene la policía.

»Me imagino que usted debió creer que sólo había un intento de chantaje contra mi hija. El modo como lo llevó puede que sea el mejor, vistas las circunstancias, pero, como habrá supuesto ya, el plan es mucho más complejo y engorroso. Eso me decidió a explicarle cuanto ignoraba de la situación.

—¿Por qué no habla con su esposo y le cuenta toda la historia? —preguntó Mason.

—Quizá lo haga —respondió ella—, pero más adelante.

—¿Sabe dónde está su esposo ahora?

—Quizás esté en el lago, aunque ha de reunirse conmigo en la ciudad, más tarde.

—¿Y su hija?

—No sé dónde está, si bien pensaba pasar la noche con nosotros en la casa del lago. Le telefonearé con alguna excusa y le pediré que venga a la ciudad y se reúna con nosotros en el apartamento. Puesto que mi marido estará conmigo, no quiero que se quede sola.

La señora Bancroft consultó su reloj.

—Tengo muchas cosas que hacer, y he de apresurarme. Buenas tardes, señor Mason.

Se puso en pie muy segura de sí, se sonrió brevemente y se

encaminó hacia la puerta de salida.

—Gracias por atenderme —dijo al salir.

Mason y Della intercambiaron una mirada.

—Vaya —comentó Della—, Harlow Bancroft temía a unos antecedentes y huellas dactilares que no eran suyos.

—Eso parece —respondió Mason—; ahora bien, de momento sólo es un supuesto. Lo cierto es que nos hallamos ante una situación muy compleja y dos chantajes.

El abogado tamborileó con sus dedos sobre el escritorio.

El teléfono sonó escandaloso y Della cogió el auricular.

—Harlow Bancroft en la línea —dijo.

—¿Nos devuelve la llamada? —preguntó Mason.

—No lo sé. Gertie anuncia que está en la línea.

Mason cogió el aparato.

—Hola, Bancroft; hace un rato intenté comunicarme con usted.

—Eso me han dicho —respondió el magnate—. Quería hacerle una visita, pero me es imposible.

—¿Dónde está usted ahora?

—En la residencia del lago.

—¿Se quedará ahí esta noche?

—No lo sé aún. De todos modos eso carece de importancia. Bueno, le he llamado para que se olvide de este maldito asunto. Por lo que sé ahora, no es nada de cuanto supuse. Ya se lo explicaré personalmente en otro momento. De hecho, la cosa nos afecta a todos y, desde luego, es algo distinto a lo que usted se imagina.

—Tal vez —respondió Perry Mason—; ¿qué quiere que haga?

—Lo que crea más conveniente.

—¿Cómo lo supo, Bancroft?

—Al fin mi hijastra se sinceró.

—¿Le dijo usted a ella lo que me contó a mí?

—No, fue ella la que habló… Yo… Bueno, ahora no es el momento de contar nada a mi familia, Mason. Prefiero ayudarles cuanto pueda. El caso es que se proponía jugar con los chantajistas y no interesa en absoluto que lo haga.

»Si me hubieran abordado a mí, la situación sería totalmente distinta, pero… Bueno, no puedo decirle más por teléfono, salvo que no me afecta en el sentido supuesto y que prefiero pagar y ganar tiempo. Después de todo es un asunto escabroso y… y me

temo que su táctica ha sido… quizás algo brusca. Temo que de seguir, haga zozobrar la embarcación.

—Ya le advertí que habría dificultades —recordó Mason.

—Sí, sí, sólo que la violencia desencadenada puede arrastrar a otras personas y no quiero su daño. Ya le veré mañana, Mason.

—¿Por qué no esta noche? Si es un asunto de tanta importancia, le aguardaré.

—No, esta noche no puede ser. Me reclaman otras cosas. Tranquilícese, Mason. Mañana a primera hora le veré. ¿Le parece bien a las diez?

—Correcto; ¿qué sabe de su revólver, Bancroft? ¿Lo cogió su hijastra?

—Dice que no. Pareció sorprenderse mucho cuando se lo pedí. Mi hijastra se encuentra en una situación muy engorrosa. Los periodistas intentan averiguar el asunto del chantaje, y trataron de comprometer a Rosena, pero ella supo sacudírselos. Claro que no descarto la posibilidad de que fuese uno de los chantajistas. Lo repito, Mason, creo firmemente que tal y como están las cosas es preferible pagar.

»Pero le agradezco todo lo que ha hecho y, desde luego, le suplico la más absoluta reserva en cuanto a lo tratado entre ambos. No haga nada de momento, Mason. Estése quieto y deje que seamos nosotros quienes lo resolvamos. Estoy convencido de que podremos hacerlo.

Mason trató de presionar a Bancroft:

—Recuerde que sólo hay cuatro medios de tratar a un chantajista.

—Lo sé, lo sé, y uno de ellos es pagar; pero tengo la sensación de tratar con aficionados. Esto excluye la necesidad de dispararles nuestra artillería pesada. El tiempo se encargará de resolver la papeleta. Cuanto hacemos ahora es comprar tiempo.

—Sigo creyendo que debería verlo esta noche —dijo Mason.

—Es absolutamente imposible. Tengo otras cosas que hacer. Le veré mañana.

—¿A las diez?

—A las diez. Mientras, no agite más las cosas. Tómelo con calma y deje que se asiente el polvo.

—Conforme —dijo Mason—; me estaré quieto, si bien tengo

varios anzuelos a punto de prueba.

—¡No, no, no! —exclamó Bancroft—. Por esta vez no me interesa la pesca. Sólo importa la quietud y el olvido. Déjelo correr todo. Se trata de una cuestión de dinero y quiero pagar.

—Usted es el cliente —respondió Mason—. Hasta mañana, pues.

Mason colgó y luego llamó a Paul Drake.

—Paul, quiero un guardaespaldas para Rosena Andrews, y otro para Eve Amory, que me respondan de su seguridad personal. Fuera de esto, mantén las uñas quietas, al menos durante esta noche.

—Conforme —dijo Drake—. No obstante, por si deseas algo más, mantendré un retén de guardia que vigile lo que tú quieras.

—No. Bastará de momento. Que empleen la máxima discreción. No quiero que nadie sospeche nuestro trabajo de sombra. Manténme al corriente, Paul.

—Entendido —respondió jovialmente Paul—, puedo hacerlo.

Capítulo 9

Sobre las nueve y media de la noche, el teléfono privado en el apartamento de Mason empezó a llamar. El abogado, sabedor de que sólo Della y Paul podían utilizarlo, descolgó:

—¿Qué hay?

Le respondió la voz de Drake:

—Tomé alguna responsabilidad sobre mi iniciativa, Perry. No sé si hice lo adecuado.

—¿Qué sucedió?

—Puse un hombre tras Eve Amory, tal como me ordenaste. Se trata de un individuo con buenos puños y mucho arrojo. Aunque algo mayor, todavía es capaz de resolver una situación en caso de problemas.

»Estuvo doce años en la policía y tiene experiencia en cómo debe tratarse un caso de chantaje. Me pareció el hombre idóneo y…

—Bueno, bueno, ahórrate los preliminares —interrumpió Mason.

—Está bien. Sobre las siete cuarenta, un sujeto apareció delante de la casa de Eve Amory, y por su comportamiento mi hombre entró en sospecha.

»El desconocido entró en una cabina telefónica e hizo una llamada, probablemente a Eve Amory. Diez minutos después, la joven salió de la casa y el desconocido llamó su atención desde un automóvil. Ella subió al coche, y éste se puso en marcha.

»Mi hombre los siguió, temiéndose que pudiera ser un secuestro, mas, por lo visto, sólo se trataba de celebrar una conferencia. El individuo condujo el coche hasta cuatro o cinco manzanas más allá, charló con Eve durante media hora, y luego la devolvió a su apartamento.

—¿Tienes alguna idea de lo que se trataba? —preguntó Mason.

—Parece que intentó convencerla para que firmara un papel.

Eve se mostraba indecisa, unas veces daba la sensación de que firmaría, y otras de que no estaba de acuerdo. Finalmente hablaron por espacio de quince minutos, y el hombre volvió a entregarle el papel.

—¿Dónde estaba su sabueso para ver todo eso?

—Ahí radica el inconveniente. Mi hombre tuvo que conformarse con simples retazos de visión. No había donde aparcar el coche sin hacerles recelar, y tuvo que pasar por delante de ellos dos o tres veces. Una vez fingió que buscaba sitio. En realidad, no cabía ni una mala bicicleta. Pero ellos se mostraban tan absortos, que no advirtieron su presencia.

»Pero no es eso lo que quería decirte, Perry. Cuando el desconocido dejó a Eve Amory ante su apartamento, mi hombre tuvo un presentimiento y siguió al sospechoso sujeto.

—¿Dejó sin protección a la chica? —preguntó alarmado Mason.

—No, el coche está dotado de un aparato transmisor y estableció comunicación conmigo. Me dijo lo que sucedía y mandé a otro hombre para vigilar a Eve. Así, él pudo seguir al desconocido, cuya fisonomía estaba seguro de haberla visto en otra ocasión.

—Sigue —animó Mason.

—Pues bien, la aventura terminó frente a la casa de apartamentos de Ajax-Delsey. Bueno, más bien se trata de una casa donde se alquilan habitaciones y no apartamentos. Está cerca de la playa, en una zona más bien pobre. Lo interesante es que al descender el sujeto de su coche mi hombre le quitó el velo.

—¿Qué significa quitarle el velo? ¿Supones acaso que lo identificó?

—Exacto. Se trata de Stilson L. Kelsey, vulgarmente conocido con el nombre de Con-King Kelsey. Entró en la casa y mi hombre averiguó que tenía habitación allí. Entonces me llamó pidiéndome instrucciones, y le ordené que vigilase la casa para ver qué sucedía, y seguirlo si salía de nuevo.

—¿Dices que averiguó que Kelsey tenía alquilada una habitación allí?

—Eso dijo. Tiene habitación y mi hombre vigila la casa, pero si Kelsey sale no podrá mantenerlo bajo su vista.

—¿Por qué no?

—Se ha asentado una densa niebla en la playa, en contraste con

la ciudad, que está despejada. Si Kelsey coge el otro camino, está más denso que un puré.

—¿Has tenido noticias de Eve Amory?

—No. Hasta ahora solamente se sabe que fue presionada a firmar un papel, si bien parece ser que pese a sus vacilaciones no lo hizo.

—¿Estás seguro?

—Mi hombre cree que no firmó.

—Conforme —dijo Mason—. Mantén la cola de Kelsey.

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Pardiez, toda la noche, si es preciso! —exclamó Mason.

—Tendré que reemplazarlo. Acaba la jornada a medianoche.

—Entonces mándale relevo a medianoche. Quiero saber qué hace Kelsey, y quién más está metido en esto.

»No abandones tampoco a Eve Amory. En caso de que salga, o que alguien trate nuevamente de presionarla, telefonéame sin que importe la hora. Quiero entrar personalmente en escena.

—Conforme —dijo Drake—; tú firmas los talones y yo los gasto.

Capítulo 10

Fue un Harlow Bancroft muy nervioso y excitado el que acudió a la cita a la mañana siguiente. El hombre parecía estar a punto de romperse.

—¿Que ocurre, Bancroft? —preguntó Mason.

—Mi esposa.

—¿Qué le pasa?

—Señor Mason, lo que voy a decirle ha de ser considerado como de máximo secreto.

—Esté seguro de ello —afirmó Mason—. Cuanto diga queda amparado por el secreto profesional.

—Usted me explicó que hay cuatro modos de tratar con un chantajista. ¿Recuerda los sistemas?

—Sí.

—Uno consistía en matar al chantajista.

Los ojos de Mason se entrecerraron.

—¿Quiere decir que su esposa ha hecho eso?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Dónde?

—A bordo de mi yate. El *Jinesa*.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Mason—. ¿Informó a la policía?

—No. Me temo que es ahí donde hemos cometido el mayor error.

—Es mejor que me lo cuente todo, y de prisa.

Bancroft lo hizo así.

—Mi esposa vino ayer a la ciudad con el propósito de terminar unos trabajos relacionados con la tómbola benéfica, y quiso que yo me reuniese con ella en mi apartamento, puesto que acabaría tarde

y prefería no volver al lago.

»Pero sucedió… Bueno, Mason, ha de prometerme que mis revelaciones serán absolutamente confidenciales.

—¡No se entretenga! —se impacientó Mason—. Es posible que no dispongamos de mucho tiempo.

Bancroft se decidió.

—Bueno, parece ser que Jetson Blair tenía un hermano, Carleton Rasmus Blair, a quien se suponía muerto…

—Sé todo eso —irrumpió Mason.

—Conforme. Carleton Blair vivía en los apartamentos de Ajax-Delsey bajo el nombre de Irwin Víctor Fordyce. Tenía un amigo llamado Willmer Gilly, que también vivía allí. El lugar goza de una reputación bastante mala. Aparentemente los bribones lo conocen como el sitio idóneo para ocultarse, puesto que allí no formulan preguntas.

»Gilly salió de San Quintín al mismo tiempo que Fordyce, y los dos eran inseparables. Fordyce creía a Gilly un gran amigo.

»Fordyce leyó en la prensa los chismorreos de sociedad relativos a Jetson Blair y Rosena Andrews, y confió a Gilly que él era de la familia Blair, que era la oveja negra de la familia y que todos le creían muerto.

»Gilly quiso sacar provecho de la información y se dirigió a Rosena y a mi esposa, que pagó.

—Siga —animó Mason.

—Después de la publicidad sobre el dinero de la lata de café, Gilly intentó que Rosena hiciese otro pago. Pero mi hijastra fue lo suficiente lista para fingir que lo suponía un periodista ávido de información.

»Gilly cambió de táctica y se presentó a mi esposa y… ahora viene lo que no comprendo. Phyllis decidió que si Irwin Fordyce era la baza empleada por los chantajistas, debía averiguar exactamente lo que Fordyce representaba en todo esto.

»Cuando supo que se alojaba en Ajax-Delsey, fue allí y le preguntó si, además de la oveja negra de la familia, era un chantajista.

»Fordyce se quedó anonadado al comprender que Gilly había intentado semejante cosa. Juró que mataría a Gilly. Luego, más calmado, dijo a Phyllis que se encargaría de arreglar el asunto y

que, en modo alguno, entregase más dinero.

»Phyllis sabía por Gilly que la policía buscaba a Fordyce en relación con el atraco a una estación de servicio, y temió las consecuencias de un choque entre Fordyce y Gilly. Eso la indujo a sugerir a Fordyce que se ocultase en nuestro yate, donde, provisto de algún dinero, podría pasarse unas semanas sin temor a ser hallado.

»Ya sé que Phyllis no tenía derecho a hacer eso, especialmente sabiendo que Fordyce era buscado por la policía.

—¿Cómo lo supo ella? —preguntó Mason.

—Ya lo he dicho: a través de Gilly.

—La palabra de un chantajista no sirve para nada.

—Celebro oírselo, porque esto me preocupaba.

—Bien. Volvamos a Gilly. ¿Qué pasa con él?

—Phyllis se llevó a Fordyce al yate, y le dijo que aguardase allí. Luego cogió el bote y remó hasta el club náutico. En coche, se fue en busca de unos amigos en quienes podía confiar y que siempre llevan dinero, porque a menudo van a Las Vegas a jugar. Estos amigos le pagaron un talón de tres mil dólares, en billetes de cincuenta y cien.

»Luego regresó al yate, con la idea de entregar el dinero a Fordyce, pero cuando subió a bordo halló consternada que Fordyce había desaparecido, y que en su lugar estaba Gilly.

—¿Qué pasaba con Fordyce? —preguntó Mason.

—Probablemente lo mataron. Gilly era el único a bordo, y su actitud resultaba decididamente amenazadora.

—¿Qué sucedió?

—Phyllis llevaba mi revólver en su bolso y los tres mil dólares. Bueno, antes sucedieron otras cosas. Cuando subió a bordo el yate había sido desplazado, y una figura en la proa izaba el ancla. Mi esposa creyó que era Fordyce.

—¿No estaba amarrado el yate?

—No. Permanecía anclado porque en el muelle se hacían algunas reparaciones.

—Bien —dijo Mason—. Siga.

—La figura, al oír a mi esposa, trabó la cadena del ancla, sin terminar de subirla, y se dirigió al camarote principal. Desde allí puso el motor en marcha y la embarcación empezó a deslizarse.

Una densa niebla, en cuestión de segundos, envolvió el yate.

—¿Cómo es que el yate había sido desplazado de sitio? —preguntó Mason.

—Hemos de suponer que si Gilly había matado a Fordyce, quiso protegerse con la niebla. Es evidente que en sus planes entraba llevar el yate a la playa, y dejarlo de modo que Phyllis apareciese sospechosa de la desaparición de Fordyce.

—Siga.

—Gilly acusó a Phyllis de haberlo engañado, y ella quiso saber lo sucedido a Fordyce. El truhán sabía que mi esposa había ido en busca de dinero, y quiso que se lo entregara. Ante la negativa de Phyllis, él la amenazó con tirarla por la borda al amparo de la niebla.

»Fue entonces cuando Phyllis sacó el arma del bolso, y lo conminó a que pusiera las manos en alto.

»Ella pensó que Gilly, al verse amenazado con un revólver, se asustaría. Pero el hombre maldijo groseramente y avanzó varios pasos.

—¿Y entonces? —preguntó Mason al ver que Bancroft se callaba.

—Recuerde —dijo éste— que el ancla no había sido totalmente izada. Aún quedaban unos seis metros de cadena fuera. Supongo que el ancla debió de chocar con algo; un tronco sumergido, una roca o un montículo de tierra. El caso es que Phyllis perdió el equilibrio e, involuntariamente, apretó el gatillo. Gilly, alcanzado a quemarropa, se desplomó.

—¿Qué hizo su esposa?

—Le invadió el pánico, corrió y saltó por la borda.

—¿Y el arma? —preguntó Mason.

—Ella cree que tenía el arma y el bolso en la mano cuando saltó por la borda, y que debió de perderla al nadar. El bolso se le escapó de la muñeca al tirarse al agua.

—La niebla era espesa, ¿pudo ver la costa?

—Percibió sólo el amortiguado resplandor de las luces. Por fortuna, se hallaba cerca de un lugar donde el agua es poco profunda, y desde allí pudo vadear. Una vez en tierra, se encontró que estaba junto a uno de los muelles donde nos abastecemos de combustible para el yate, a unos doscientos metros del club náutico. Allí subió a su coche, y se vino a nuestro apartamento.

—¿Dejó el yate allí mismo?

—Allí mismo.

—¿Con el cuerpo dentro?

—Sí.

—¿Cómo sabe que está muerto?

—Lo supone por el modo en que cayó, y porque le disparó a quemarropa, en el pecho.

—¿Y era Gilly?

—Era Gilly.

—¿No supo qué le ocurrió, a Fordyce?

—No.

Mason comentó:

—Esto empieza a cuajar. Fordyce confiaba en Gilly. Éste tiene un amigo, chantajista muy experto, conocido como Con-King Kelsey… Bien, y, ¿el yate?

—Ése es el punto —dijo Bancroft—. En cuanto fue de día fui en su busca, y no lo hallé.

—¿No estaba allí?

Bancroft sacudió la cabeza.

—Durante los acontecimientos explicados, la marea estaba baja; luego cambió de signo y empezó a subir. Eso hizo que el yate fuese arrastrado por alguna corriente, y tal vez ahora se halla embarrancado en cualquier sitio, si no va a la deriva.

—¿Cuándo le contó su esposa lo sucedido?

—Anoche, sobre las diez.

—¿Por qué no me llamó a mí o a la policía?

—No me atrevo a llamar a la policía, y me pareció mejor esperar a esta mañana para ver a usted. Ignoraba cómo hallarlo, excepto a través de la agencia de detectives Drake, y… bueno, mi esposa estaba totalmente histérica. Si hubiese llamado a la policía con ella en semejante estado, la situación se habría empeorado. La primera consecuencia había sido que toda la prensa publicaría ya la historia de Fordyce, y… ¡Maldita sea; no fue un asesinato! Fue en defensa propia. De todos modos, acepto la responsabilidad. Ahora prefiero que sea la policía quien venga a nosotros.

—Ese planteamiento es sumamente peligroso, Bancroft. Lo habríamos planteado como defensa propia, y con todos los pronunciamientos a nuestro favor, si ella hubiese acudido a la

policía. Sin embargo, ahora será la policía quien diga que es asesinato y obligación nuestra demostrar que no.

—Bien, tenía que adoptar una decisión, y la tomé. Di un sedante a mi esposa a base de drogas que tenía en el apartamento.

—¿Pero no comprendió usted que la historia del chantaje sería publicada igualmente, adornada, además, con un asesinato?

—Sé que será inevitable y por eso vengo a usted ahora y lo pongo en sus manos. Pero ha de plantear este asunto, sabiendo que Phyllis no contará a nadie lo relacionado con el chantaje. De momento, no podemos permitirnos que sea del dominio público. Ella rehusará hacer cualquier declaración al respecto. Tenemos que ganar tiempo. Necesitamos jugarlo así.

—Lo necesitamos ahora —dijo lúgubremente Mason—. Anoche todo hubiera sido distinto. Hoy no tenemos opción. En nada nos favorecería contar a la policía nuestra historia. Tenemos las manos atadas y necesitamos saber más de los hechos. Lo primero a hacer es encontrar ese yate.

—Sigue espesa la niebla en la bahía.

—Alquilaremos un helicóptero —dijo Mason—, y sobrevolaremos la zona hasta que se aclare.

El abogado se volvió a Della.

—Telefonee a nuestro servicio de aeropuerto. Diga que necesitamos un helicóptero de cuatro plazas para ahora mismo.

Mason se puso en pie y cogió el sombrero.

—Vamos, Bancroft; en marcha.

El teléfono sonó cuando estaba a medio camino de la puerta. Della miró a su jefe, y se volvió a coger el receptor.

—Sí, Gertie. ¿De qué se trata?

Luego dijo a Mason:

—Eve Amory.

Mason frunció el ceño y retrocedió hasta su escritorio, diciendo:

—Hablaré con ella.

Cuando tuvo a Eve Amory en la línea, preguntó:

—Hola, Eve. Soy Perry Mason. ¿Cuál es su problema?

—Tendré que ponerme en contra suya, señor Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que firmaré una declaración de que todo fue un ardid publicitario, que el dinero fue puesto por un amigo mío, y, en

fin, que todo era una argucia para darme a conocer.

—No puede hacer eso, Eve. Usted sabe que no es verdad.

—Pero si firmo, puedo salirme de debajo.

—¿De debajo de qué?

—De cosas que presionan.

—No es así como se podrá sacudir esas presiones, Eve —gritó Mason.

—Me dicen que sí.

—¿Quién se lo dice?

—Bueno…, alguien.

—¿Le han dejado la declaración para que la firme?

—Sí.

Mason aconsejó:

—Eve, sería preferible que antes de firmar ese papel viniera a mi oficina.

—El plazo termina a las dos de la tarde.

—No se preocupe. Diga a quien sea que estará en mi oficina a las dos, y que firmará entonces.

—No creo que esa gente venga a su oficina.

—Insista en que es el único medio de conseguir la declaración. Diga que usted quiere, pero que no puede liberarse de mí.

—No creo que eso dé resultado. No…

—Bueno. Pruébelo —insistió Mason—. ¿Quiere hacerlo?

—Lo intentaré.

—¿Lo promete?

—Sí.

—Conforme.

Mason colgó el auricular y se volvió a Bancroft.

—Esos condenados chantajistas saben cómo extorsionar a su víctima. Claro que si un hombre es lo suficiente listo y cruel y cuenta con fuentes de información… ¡Vámonos!

Capítulo 11

El día era cálido y soleado, pero un espeso banco de nubes blancas permanecía inmóvil hacia el oeste.

El helicóptero volaba a unos doscientos metros de altura.

—No me gusta el aspecto de eso, señor Mason —dijo el piloto—. Podemos reseguir los bordes, pero dudo mucho que veamos nada.

—¿Puede bajar más? —preguntó Mason.

—Desde luego que sí. Puedo volar a ras de agua, sólo que la niebla me impediría saber dónde me pongo.

—Haga lo que buenamente pueda.

—A veces las hélices del helicóptero aclaran la niebla —explicó el piloto—. El aire que desplaza agita la niebla y no tarda en aclarar. Pero no siempre da resultado.

—Pruebe a ver qué pasa.

El helicóptero avanzó a ciento cincuenta kilómetros por hora, trasladándose hacia el banco de nubes que parecía espesarse a medida que la máquina se acercaba.

—Resultado negativo —gritó el piloto—. De nada servirá tampoco que sobrevolemos la periferia. Se trata de una niebla muy espesa que posiblemente dure todo el día.

—¿Por qué no prueba a descender lo máximo?

—Lo intentaré, pero en cuanto pierda visibilidad, retrocederé.

—Muchas veces la niebla es menos densa a baja altura —dijo Mason—. Intentémoslo.

El piloto llevó el helicóptero hasta la altura de una casa de una sola planta, y no tardaron en ser envueltos por blancos jirones de niebla. La acción rotatoria de las hélices parecía que hacía retroceder la niebla, y durante un momento creyeron que el helicóptero se abriría paso sin dificultad. Pero la niebla volvió a bajar y el piloto giró la máquina, se elevó y huyó de la blanca masa.

—No hay nada que hacer —dijo—. Lo siento, pero no me atrevo. Se trata de la niebla más espesa que jamás he visto. No hay ni un soplo de aire. Es como volar entre leche.

—¿Podemos ir por encima?

—Seguro, si bien no servirá de nada. Sólo verá una alfombra espesa.

Mason insistió y dijo:

—Regresemos. Esté preparado. En cuanto empiece a desaparecer la niebla, quiero inspeccionar la bahía —se volvió a Bancroft—. Es lo único que podemos hacer. No sé de otro medio.

—Yo tampoco —respondió Bancroft.

Después de un breve silencio, Mason dijo:

—Necesito hablar con su esposa.

—Aún está bajo los efectos del sedante. Le di una dosis muy fuerte de pastillas somníferas. Ya puede imaginarse cómo estaba…

Mason miró significativamente al piloto, y Bancroft se calló.

El abogado se dirigió al piloto:

—Quiero que recorra esta zona cada hora, durante todo el día. En cuanto se alce la niebla, avíseme. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Llámeme en cuanto empiece a despejar.

—Lo haré. Pero es posible que no suceda en todo el día, señor Mason.

—No importa. Usted manténgase en guardia. ¿No hay un helipuerto en la parte baja de la ciudad donde pueda usted aguardar?

—A escasos minutos de su oficina —respondió el piloto.

—Entonces espéreme allí. Tan pronto mejoren las condiciones atmosféricas, me llama e iremos a echar un vistazo.

Todos callaron hasta que el helicóptero aterrizó.

En el automóvil, de regreso a la oficina, Mason dijo a Bancroft:

—Según usted, el yate no estaba en el lugar donde su esposa dice que saltó por la borda.

—Desde luego.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque fui hasta allí anoche.

—¿No había también mucha niebla?

—Sí… pero pude conducir a través de ella con los faros

encendidos y el limpia-parabrisas en marcha.

—¿Describió su esposa el lugar?

—Perfectamente.

—¿Y pudo usted localizarlo?

—Caminé por el muelle del combustible a primeras horas de la mañana.

—¿Y no vio el yate?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

Mason se quedó pensativo y luego añadió:

—Debió ir a la policía en cuanto su esposa le contó lo sucedido.

—Sabe usted perfectamente por qué no lo hice —se defendió Bancroft—. Es un riesgo que no puedo permitirme.

—Según sus palabras —dijo Mason—, el revólver se disparó accidentalmente.

—Phyllis apuntaba al hombre, y al mismo tiempo le advertía que…

Mason le interrumpió:

—El arma se disparó accidentalmente.

—Bueno, ella…

—El arma se disparó accidentalmente —insistió Mason—, y el yate tocó fondo.

—El yate no; fue el ancla que arrastraba lo que enganchó algo. Eso provocó una sacudida y el yate se balanceó un poco.

—Y el arma se disparó accidentalmente —volvió a repetir Mason.

Bancroft se quedó pensativo, y luego afirmó:

—Sí. El arma se disparó accidentalmente.

—¿Cómo se llamaba el chantajista?

—Gilly.

—Y Gilly alzó los brazos y se cayó de bruces.

—Sí.

—Su esposa tiró cuanto sostenía, corrió a la baranda y saltó al mar.

—Ella piensa que se le escaparon de las manos después de saltar; al menos ésa es su creencia. Recuerda vagamente cómo se escurría el bolso del brazo antes de que ella tocara el agua.

—Estaría asustada —dijo Mason.

—Sí.

—¿Temía por su propia vida?

—¡Naturalmente!

—Un caso de histeria —aventuró Mason—. Un hombre la amenaza de muerte, y de pronto se imagina que va a ser atacada, pese a que ella misma acaba de disparar.

—Bueno…, el hombre había sido tocado ya por la bala y…

—Pero su esposa ignoraba dónde fue alcanzado. El chantajista podía estar herido en un hombro, o incluso en el pecho, sin que eso fuera capaz de contener la agresión del hombre, que podía muy bien utilizar su pistola.

—Quizá sí que sucedió como usted dice.

—No lo dude —aseveró Mason—. La reacción de su esposa es típica en estos casos. Por otra parte, conviene tener ideas claras en consonancia con los actos de su mujer.

Bancroft asintió lentamente.

Mason prosiguió:

—Tengo una importante cita en mi oficina y no me es posible faltar a ella. Usted habrá de esperar, listo para entrar en acción rápidamente. En tal caso, o se viene a mi oficina o me dice dónde puedo localizarlo por teléfono.

—¿Tan importante es hallar la embarcación? —preguntó Bancroft.

—Necesito darle un vistazo antes de que lo haga la policía.

—Lo malo es que no tenemos ni idea de dónde estará el yate —se quejó Bancroft.

—Ya lo sabremos. Ahora interesa conocer los pormenores de cada movimiento de su esposa. Ella sorprendió a Gilly cuando tiraba de la cadena del ancla; el hombre, al verla, trabó la cadena y retrocedió hasta el camarote.

Bancroft asintió.

—¿El motor estaba en marcha?

—Así es.

—¿Y pudo manipularlo desde…?

—Sí —se adelantó Bancroft.

—¿Es factible la maniobra desde el camarote de cubierta?

—Allí hay un control especial, y un hombre puede tirar del ancla

y luego activar el motor y poner en marcha la embarcación. Muchas veces navego solo, y me hice instalar ese control en la cabina.

—¿A qué hora ocurrió el disparo? —preguntó Mason.

—Entre ocho y media y nueve.

—¿Dónde estaba *usted* a esa hora?

—Esperaba a mi esposa.

—¿Sabe alguien dónde estaba usted?

—No.

Mason lo miró pensativo.

—Naturalmente —dijo—, si averiguan que el asesinato se cometió con *su* revólver y en *su* yate, la policía tal vez estime que usted quiso proteger a su esposa, y se tomó la justicia por su mano.

Bancroft se sorprendió.

—¿Insinúa, acaso, que ellos podrían acusarme de…?

—Exacto —interrumpió Mason—. A eso conduce la historia de un fuerte somnífero dado a su esposa y la resistencia a comunicar a la policía lo sucedido.

—¡Pero… yo sólo intentaba protegerla del interrogatorio durante el primer estado emocional! —se quejó Bancroft.

—Y que la prensa no publicase nada —añadió Mason.

—Admito que también influyó.

—Ha ganado algo de tiempo, como se propuso —aclaró Mason —. Sin embargo, cuando se descubra la historia, será sensacional.

Capítulo 12

Poco antes de las dos, el teléfono privado de Mason dejó oír su timbre. El propietario alzó el auricular.

—Sí, Paul; ¿de qué se trata?

—Acabo de recibir una llamada del hombre que vigila el apartamento de Eve Amory. Un sujeto que responde a la descripción de Con-King Kelsey llegó en coche y subió al apartamento.

—¿Solo?

—Solo —afirmó Drake.

—¿Tiene teléfono su hombre del coche?

—Sí. Puede establecer contacto a todas horas.

—Bien, Paul. Ahora mismo salgo para allá.

—¿Necesita compañía? —preguntó Drake.

—Creo que me atrevo solo —respondió Mason—. Un testigo podría serme inoportuno. Además, tengo prisa, pues espero una llamada para volar sobre el puerto y la dársena, tan pronto se retire la niebla. Hay un helicóptero a punto cerca de mi casa, y si Della me telefonea para decirme que la niebla se despeja, necesito que un hombre suba a encargarse del asunto a resolver en el apartamento de Eve.

Mason colgó el receptor y dijo a su secretaria.

—Esté alerta, Della. En cuanto la niebla empiece a retirarse, quiero ir a ver el yate.

—¿Se propone visitar a Kelsey? —preguntó ella.

—Voy a tener una charla con el chantajista. Pero será una charla franca y sincera.

—Tenga cuidado —aconsejó Della.

Mason le sonrió mientras salía disparado hacia la puerta. No tardó en llegar a la casa de apartamentos donde vivía Eve Amory. El hombre de Drake, al reconocer a Mason, se adelantó.

—Aún está ahí arriba —dijo—. ¿Quiere que le acompañe?

—No. Quédese aquí. ¿Tiene radioteléfono en su coche?

—Sí.

—Póngase en contacto con su oficina. Tan pronto le den un aviso para mí, suba a comunicármelo.

—¿Qué digo? —preguntó el otro.

—Sencillamente, que me reclaman de la oficina.

—¿Cuánto rato estará usted allá arriba?

—No mucho.

Mason subió en el ascensor, caminó por el pasillo y pulsó el timbre del apartamento de la joven.

Eve Amory abrió la puerta.

—Hola —saludó Mason.

Ella se quedó indecisa en el umbral, y Mason la empujó suavemente y pasó al interior, donde un hombre corpulento, de unos cincuenta años y ojos grises y penetrantes, le miraba de mal talante.

Mason se dirigió a él.

—Imagino que es usted Stilson L. Kelsey, conocido también como Con-King Kelsey. Ese documento que sostiene en la mano es precisamente el que intenta que firme Eve Amory.

»Vine a decirle a usted que no firmará, que no me gustan los chantajistas y que salga de aquí y se vaya al infierno, y deje tranquila a esta joven, o le echaré de cabeza a la cárcel.

Kelsey se alzó lentamente, echó atrás la silla y dijo:

—No me gustan los abogados. No soy un chantajista. Soy un comerciante. Puede usted llamarme oportunista, si quiere. Pero no olvide que sé conocer un montaje falso donde lo hay.

»No hay chantaje, señor Mason. Se trata de un acto publicitario. Y eso ofrece menos dudas que un billete de tres dólares. Para su información, le diré que Eve Amory acaba de admitirlo y tengo en mis manos un documento que así lo confirma.

—Le demostraré que no hay fraude —respondió Mason—. ¿Quiere saber quién puso los tres mil dólares en el bote?

—Ni lo sé, ni me importa.

—Es fácil de demostrar quién lo puso, y que no hay truco publicitario.

Kelsey miró al abogado con ojos astutos y sin pestañear,

calibrando la situación.

—Bien —dijo al fin—. Pondré mis cartas sobre el tapete, señor leguleyo. En mis andanzas por el mundo suelo conocer a mucha gente. Una de ellas es Willmer Gilly, que descubrió cierta información y empezó a poner anzuelos a ciertas personas que no nombraré de momento.

»Estoy en condiciones de controlar a Gilly. Si alguien quiere tratar conmigo, bien. Si no quieren, también.

—No quieren —dijo Mason—. ¡Salga!

—¿Paga usted el alquiler de este apartamento? —preguntó Kelsey.

—Soy un pagador de impuestos —respondió el abogado—. Y contribuyo a los gastos de mantenimiento de la cárcel de la ciudad. Voy a llamarle fanfarrón, Kelsey, y se lo voy a llamar en frío. Intenta usted presionar a esta joven para que diga que ha sido un ardid publicitario, y puedo demostrar que fui yo quien puso el dinero en aquella lata. Hay un talón firmado por mí y la declaración del banquero sobre el dinero que me fue entregado en billetes de diez y de veinte dólares, y algunos números de los billetes están en una lista facilitada por el Banco, para probar de dónde salió el dinero.

»Eve Amory no va a firmar este documento, porque es falso, y si persiste usted, lo consideraremos un intento de extorsión para obtener dinero con amenazas. Eso sin contar que trata de falsear unos hechos ante la autoridad.

Mason se adelantó, cogió el papel de Kelsey y lo partió en cuatro pedazos, que arrojó al suelo.

—¿Tiene algo que decir, Kelsey? —preguntó.

Éste le miró con frío coraje.

—Ahora no. Pero tendré algo que decirle más adelante.

—No deje de hacerlo —invitó Mason.

—Esté seguro de ello —respondió Kelsey—. Cuando lo haga, no le gustará.

Alguien llamó a la puerta.

Mason la abrió de golpe. El detective de Drake estaba en el umbral.

—Telefonearon de su oficina. Le necesitan —dijo.

Mason sacudió la cabeza hacia la puerta y dijo a Kelsey:

—¡Fuera!
—Este apartamento no es suyo —dijo el aludido.
—¡Fuera he dicho!
—No puede usted sacarme.
—¿Se apuesta algo a que sí puedo?
—Tal vez con el refuerzo se atreva —admitió Kelsey—. ¿Quién diablos es ese sujeto?
—Detective privado —dijo Mason—. Lo ha tenido pegado a sus talones. Tenemos ya suficiente evidencia para denunciarlo por extorsión.
Los ojos de Kelsey parpadearon. Por un momento pareció un animal atrapado.
—Muéstrele sus credenciales —invitó Mason al detective.
Éste sacó la cartera y lo hizo.
—Bien —dijo Kelsey—. Me iré, aunque no han conseguido nada contra mí. Tal vez lo tengan contra Gilly, pero no contra mí.
Mason preguntó:
—¿Quiere apostar?
—No, no quiero apostar —contestó airado Kelsey—. Tenía intención de…
—Siga —retó Mason.
Kelsey se giró, y salió del apartamento.
Mason se volvió a Eve Amory.
—Se irá usted a la oficina de Paul Drake. Se quedará allí unas horas hasta que hayamos resuelto todo esto.
—Me amenazó con…
—Ya lo sé —interrumpió Mason—. Se gana la vida con amenazas. No se preocupe. No cumplirá ninguna de sus amenazas. Vamos, se quedará en la oficina de Drake. Recoja sus cosas. Tengo prisa.
—Estaré pronto.
Mason dijo:
—No puedo esperar.
Se volvió al detective de Drake:
—Llévela en su coche a la oficina de Drake, y que se quede allí un par de horas. Si Kelsey espera abajo, ¿podrá con él?
—Me basta con una mano.
—Bien. En tal caso, trátelo como se merece.

El abogado salió presuroso al corredor, bajó la escalera, saltó a su coche y se encaminó al helipuerto.

Bancroft y Della Street lo aguardaban.

Se acomodaron en el interior del helicóptero, y el piloto puso en marcha el motor, y, de golpe, ascendieron. Ganaron altura rápidamente, y cruzaron por encima de la ciudad y la campiña.

El banco de niebla apareció ante ellos, a medida que se acercaban a la bahía, pero se diluía ya. El piloto aminoró la marcha, hasta que el aparato se quedó inmóvil.

—Bien —gritó Bancroft—. Ahí está el club náutico. Y allí el sitio donde generalmente fondea el *Jinesa*.

—Señáleme el muelle donde toman el combustible —pidió Mason.

—Vuele un poco más a la derecha —indicó Bancroft al piloto.

El helicóptero se desplazó sobre el agua.

—Ahí abajo —indicó Bancroft.

—No hay rastro del yate —comentó Mason—. ¿Hacía viento anoche?

—Ni pizca. Calma chicha. A eso se debe la niebla tan pertinaz. Si ahora empieza a aclarar, la causa está en la suave brisa de tierra.

Mason dijo al piloto:

—Anoche hubo marea. Maniobre sobre la entrada de la bahía.

El piloto recorrió lentamente la bahía.

—¡Mire! ¡Mire allá! —exclamó Bancroft, de repente—. ¡Aquello parece el yate!

—¿Dónde?

—A cosa de un par de kilómetros de nosotros.

Mason hizo seña al piloto, que giró el helicóptero hacia el yate, junto a la playa de lodo y arena en la entrada de la bahía.

—¿Está seguro de que es su yate? —preguntó Mason.

—Sí.

—La marea se aleja.

—Eso parece.

—El ancla debe estar clavada en el fondo.

—Seguro.

—¿Tiene idea de la profundidad del agua aquí?

—Según mis conocimientos sobre la bahía, y a juzgar por el ángulo de la cadena del ancla, diría que hay unos tres o cuatro

metros de profundidad, y unos ocho o nueve metros de cadena fuera.

—Observe que el bote sigue al costado del yate.

—Ya lo he visto —dijo Bancroft.

Mason comentó:

—Resulta evidente que han robado el yate. Será mejor que nos acompañe un representante del sheriff cuando subamos a bordo.

El piloto informó:

—La oficina del sheriff está cerca, señor Mason. Puedo aterrizar allí, si usted quiere. Llevo también una cámara tomavistas para hacer fotografías desde el aire.

—Estupendo —respondió Mason—. Vayamos a la oficina del sheriff, pero antes haga las fotos y no hable de ellas al representante de la ley.

Minutos después el helicóptero tomaba tierra en un helipuerto próximo a la oficina.

Mason explicó brevemente al ayudante del sheriff.

—Tenemos motivos para creer que anoche robaron el yate del señor Bancroft. Lo hemos buscado y al fin lo hallamos. Va a la deriva, arrastrando el ancla. Quien lo robó debe estar a bordo, pues hay un bote a su costado. ¿Quiere acompañarnos a darle un vistazo?

—Iré —respondió el ayudante del sheriff.

—¿Tienen canoa? —preguntó Mason.

—Tenemos.

—En marcha, pues —dijo Mason.

El representante de la ley los llevó al muelle donde embarcaron en una canoa que se dirigió hacia la entrada de la bahía.

—Siga adelante —dijo Mason—. Ya le diremos cuando nos acercamos a la embarcación.

—Está cerca de la playa —informó Bancroft.

—¿Tiene echada el ancla?

—Sí.

Avanzaron a gran velocidad hasta alcanzar aguas poco profundas, en que aminoraron la marcha.

—¿Es suyo el yate? —preguntó el ayudante a Bancroft.

—Sí.

La canoa dio un par de vueltas alrededor del yate.

—¡Ah del *Jinesa*! —gritó el ayudante—. ¿Hay alguien a bordo?

No hubo respuesta.

El representante de la ley dijo:

—Subiré a bordo y daré un vistazo.

—¿Le acompañamos? —preguntó Mason.

El otro sacudió la cabeza.

—Es mejor que aguarden aquí. ¿Dicen ustedes que robaron el yate?

Bancroft no contestó.

El ayudante maniobró junto al *Jinesa*, sacó un par de amortiguadores de goma; ató juntas las dos embarcaciones; luego, saltó ágilmente a bordo.

Bancroft dijo en voz baja a Mason:

—Ya he tomado una decisión.

—¿Qué quiere decir?

—Si Gilly está muerto, diré que fui yo.

—¡Usted cierra la boca! —reprendió Mason—. Ahora sólo toca esperar a que el fiscal del distrito reúna evidencia suficiente para sustentar ante el tribunal una acusación formal de asesinato.

»Sin embargo, usted puede responsabilizarse si quiere; en cuanto a que dio un fuerte sedante a su esposa para calmarla, y que ahora no está en condiciones para prestar declaración.

»Pero recuerde esto: no hallarán el revólver porque su esposa lo dejó caer al saltar por la borda.

—¿No pueden buscarlo donde ella saltó, mediante el empleo de un buzo? El agua es poco profunda y el fondo liso.

—No es preciso que ella cuente su historia —dijo Mason—. Ha ido muy lejos y ahora debe pararse en seco. No es así como me gusta llevar un caso, porque estamos en un callejón sin salida y de difícil maniobra. Ya diré cuándo será conveniente que su esposa cuente su historia. Lo que no debe olvidar es que su mujer subió a bordo con un hombre llamado Irwin Fordyce. La policía sólo hallará en el yate el cadáver de Gilly, y de momento se abstendrán de acusar a nadie, hasta encontrar a Fordyce.

—Y cuándo detengan a Fordyce, ¿qué sucederá?

—Cuando lo consigan quizás esté todo tan embrollado como el mismo infierno. Su esposa debe limitarse a decir que por motivos especiales no puede contar lo sucedido. Tendrá que callar ciertas

fases de lo ocurrido anoche. Tendrá oportunidad de narrar la historia completa cuando llegue el momento. Pero insisto: por ahora ha de aferrarse a que motivos especiales no le permiten hablar.

—Eso ocasionará dificultades tremendas —objetó Bancroft.

—¿Puede sugerir usted cómo soslayar esas dificultades? —preguntó Mason—. Eso debió pensarlo anoche, y así se habría decidido a llamarme. Entonces yo hubiera contado a la policía los hechos, presentándolos como una acción de autodefensa, sin que supiera si su disparo había alcanzado o no a Gilly.

—Pero ella está segura de que lo tocó —respondió Bancroft—. Gilly se cayó de bruces y se quedó inmóvil. Evidentemente, su muerte fue instantánea.

El ayudante del sheriff regresó a la canoa, e informó:

—La situación se ha complicado. Hay un hombre muerto a bordo. Hace rato que lo está. Mi creencia es que le han atravesado el corazón de un balazo.

Mason comentó:

—Desagradable complicación.

El otro le miró antes de hablar.

—Empieza a extrañarme que el dueño de un yate informe de la desaparición de éste, y lo haga acompañado de uno de los más renombrados criminalistas del país.

Mason se rió.

—Admito que se trata de una larga historia, amigo mío.

—¿Quiere empezar a contarla ahora?

—No.

—Averiguaremos los hechos —dijo el ayudante—. Lo haremos por métodos blandos o duros, según nos veamos obligados.

—¿Cuánto hace que ha muerto ese hombre? —preguntó Mason.

—Bastante. Bien, prefiero no alterar la posición de las cosas. Daré cuenta al sheriff, pero antes llevaré el yate a un muelle, donde sea posible recabar ayuda técnica para establecer los hechos. Les advierto que cualquier cosa que digan puede ser utilizada contra ustedes.

—¿Piensa trasladar la embarcación? —preguntó Mason.

—Tenemos que hacerlo. Sólo así lograremos que acudan los peritos en huellas dactilares, fotógrafos y expertos que examinen el cuerpo en la misma posición que lo encontramos.

Mason pensó en hacer alguna objeción, pero cambió de intención y dijo:

—Usted es el que manda.

—¿Quiere hacer alguna declaración? —preguntó el agente.

Él sacudió la cabeza.

—¿Y usted? —se dirigió a Bancroft.

Pero fue Mason quien respondió:

—Esperaremos hasta que se haya reunido suficiente evidencia. Lo descubierto es como un golpe bajo para nosotros.

—Yo diría que ustedes están muy bien preparados para encajar el golpe.

Capítulo 13

Sobre las seis, el sheriff puso en libertad a Bancroft y a Mason. Della Street lo había sido pocos minutos después de que las embarcaciones quedaran amarradas.

De regreso en el coche de Bancroft, el millonario expuso sus temores:

—¿Habrán interrogado ya a mi esposa?

—¿Para qué otra cosa nos tuvieron retenidos tanto tiempo? ¡Claro que han interrogado a su esposa, a su hijastra y al personal de servicio que hayan encontrado! —respondió Mason.

—Antes de salir de casa previne a mi esposa de que no dijese absolutamente nada, que se negase a hacer declaración alguna a menos que yo estuviera presente.

—Y cuando se halle usted presente, ¿qué dirá?

—Nada, hasta que usted le dé instrucciones.

—Debió llamarme anoche. En vez de eso decidió obrar por su cuenta. Ahora sólo me queda afrontar la situación y sacar el mayor provecho. Y el caso es que no estoy muy satisfecho de las noticias que poseo.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que no me ha contado toda la verdad.

El millonario guardó silencio unos minutos; luego dijo:

—Tendrá que actuar a ciegas. De todos modos, toca al fiscal probar los hechos ante mi defensor. En modo alguno hallarán causa contra mi esposa, y menos aún contra mí. Quiero que usted defienda la imposibilidad nuestra de hacer unas declaraciones de lo sucedido anoche. Es la policía quien debe solucionar el caso.

—A veces —respondió Mason— la policía es condenadamente diestra.

—Lo sé; pero no creo que puedan probar nada. Y, naturalmente,

en cuanto logren identificar las huellas de Gilly, sabrán que es un ex presidiario y, presumiblemente, un chantajista.

—Eso les llevará a relacionar su muerte con la nota hallada en el interior del bote de café.

—En tal caso —repuso Bancroft—, tendrán a un chantajista muerto y a una mujer sospechosa de ser la víctima del chantajista. Eso no demostrará que mi esposa tuviera jamás contacto con Gilly, y tampoco que lo tuviera yo.

—Esperémoslo así —dijo Mason.

Bancroft continuó:

—Cuando una persona es inocente cuenta la historia con escrupulosa sinceridad a la policía, que a veces lo creen y a veces no. En cambio, si es culpable, guarda impenetrable silencio, y espera a que la policía logre la evidencia que necesita para la acusación.

—Y bien —dijo Bancroft—. No hay razón que se oponga a que una persona inocente se aproveche de los privilegios que favorecen a los culpables. En fin, he decidido adoptar para este caso el silencio, y que la policía avance paso a paso, pues no dudo que tardarán mucho tiempo en llegar a la meta.

Mason se quejó.

—No me deja alternativa. Si me hubiera llamado anoche cuando su esposa regresó al apartamento, ahora tendríamos en marcha la historia de autodefensa con posibilidad de ser convincente. Por desgracia, ya no es posible, a menos de que nos escudemos en que los labios de su esposa están sellados porque intenta proteger a otras personas. Es la única táctica a seguir.

—Adelante, pues —animó Bancroft.

El abogado le miró fijamente.

—Muy bien. La adoptaré con una condición.

—¿Cuál?

—Que me cuente lo que *realmente* sucedió anoche.

—Ya se lo he contado.

—No; no lo ha hecho. Usted se saltó algo. Oculta algo y quiero la verdad.

—Si supiera la verdad, quizá se negase a defendernos.

—Todo el mundo tiene derecho a ser defendido ante un tribunal —respondió Mason—, sin importar las circunstancias. Quiero saber

los hechos ciertos.

Bancroft suspiró.

—Bien. Imagino que ya lo sospecha de todos modos. Mi esposa llegó a casa, empapada. Había saltado por la borda con la ropa puesta. Me contó la historia.

»Había decidido que Irwin Fordyce se refugiara en nuestro yate. Le pareció que nadie lo buscaría allí, donde lo tendría fuera de circulación hasta después de la boda, e, incluso, hasta que todo se olvidase.

»Fordyce sabía manejar el yate. Ella lo recogió en su apartamento y lo condujo en coche hasta la embarcación, lo dejó a bordo, y regresó a tierra en busca de dinero para él.

»Había muchas provisiones de conservas en la embarcación. Es una costumbre nuestra tener la despensa llena. Con las reservas almacenadas se puede hacer un viaje a Europa y volver.

—Dígame lo que sucedió —acució Mason.

—Después que mi esposa consiguió el dinero y regresó al yate, no halló rastro de Fordyce. Fue Gilly quien le salió al encuentro, evidentemente con propósito de matarla. Cuando le apuntó, pensaba que alzaría las manos y se sometería fácilmente a los dictados de ella.

»En vez de eso, Gilly se le acercó, y en aquel instante el yate sufrió una sacudida. Mi esposa apretó involuntariamente el gatillo. Gilly cayó muerto a sus pies. Ella saltó por la borda, y nadó hasta el muelle, donde recogió su coche.

»Ahora sé cuál fue mi error. Ella estaba casi al borde del histerismo. Yo guardaba un poderoso narcótico para combatir la dolencia de vesícula biliar que desde hace un tiempo vengo sufriendo. Le di una dosis suficiente para sumergirla en profundo sueño. Antes le dije que contaríamos lo ocurrido a la policía al día siguiente, cuando estuviera más calmada.

—¿Y qué hizo usted luego?

Bancroft se encogió de hombros.

—Le diré la verdad. Fui al muelle.

—¿Y subió al yate?

—El yate no estaba en la posición en que mi esposa lo había dejado.

—¿Cuál era su intención?

—Sacar el cuerpo de Gilly, lastrarlo con el ancla y echarlo por la borda. Pero al no hallar la embarcación, decidí no decir nada. Supuse que nadie relacionaría a mi esposa con Gilly.

—¿Y usted no logró descubrir el yate? —preguntó Mason.

—Había sido arrastrado por la marea, que empezaba a subir. Ésta consiguió desencallarlo y la corriente lo arrastró bahía adentro. Al mismo tiempo, una densa niebla lo cubrió todo y mis esfuerzos por localizar el yate resultaron inútiles. Después de pasarme un par de horas recorriendo el muelle y la playa, me volví a casa totalmente deshecho.

—Bien —dijo Mason—. Celebro que al fin me haya dicho la verdad. Sin embargo, debo decirle que sólo su torpe actuación es culpable de la actual situación. Su esposa, de otro modo, habría tenido la oportunidad de escudarse en la autodefensa.

—¿Y por qué no ha de poder escudarse en la autodefensa? Ella ignora mi propósito.

—¡Al infierno con eso! —exclamó Mason—. Ni intente hacérmelo creer.

—Está bien —confesó Bancroft—. Le dije cuanto me proponía, pero también le aconsejé que mantuviese cerrada la boca, sin importar lo que sucediera.

—Esperemos que haya seguido el consejo. Ya tendrá oportunidad de contar la verdad. Pero de momento, tenemos que jugar la carta del chantaje, y dejar que parezca que su esposa se sacrifica para proteger a alguien.

»Ahora, váyase a su casa. Allí se enterará que mientras nos entretuvieron, la policía consiguió una autorización judicial para entrar en su apartamento, y que han registrado toda la casa en busca de… ¿qué pasa?

—¡Cielos! —exclamó Bancroft—. ¡Las ropas de mi esposa, empapadas en agua salada! Las puse en su armario, pues no me sentí con ánimos para desembarazarme de ellas.

—¿Qué habrá dicho su esposa?

—Nada. Le hice prometer, antes de irme, que si sucedía algo y llegaba la policía, no diría absolutamente nada.

—Eso es difícil —comentó Mason.

—No se preocupe. Estoy seguro de su silencio.

—¿Y su hijastra?

—No sabe nada de esto.

—Bien. Yo me iré a mi oficina y usted a su casa. Ya me dirá qué ha sucedido.

Capítulo 14

Della Street aguardaba en la oficina cuando llegó Mason.

—¿Es que no se va nunca a casa? —preguntó él—. ¿Tiene idea de la hora que es?

—Lo sé —contestó ella.

—¿Ha comido algo?

—No.

—Bien; veamos cómo resolvemos esta situación.

Della anunció:

—Tiene visita en la oficina exterior.

—¿Quién?

—Alguien a quien imagino le gustará ver, por eso hice que aguardase. Jetson Blair.

—¿El prometido de Rosena Andrews?

Ella asintió.

—¿Qué clase de tipo es, Della?

—Fornido, pulcro, reservado, con aspecto de joven muy agradable. El sello de buena crianza rezuma por todo su ser y… bueno, es todo un príncipe.

—Compruebo que supo hacer impacto.

—Así es —admitió la secretaria—. Espero que a usted le suceda lo mismo.

—Bien; en tal caso, recibámoslo. ¿A qué vino?

—Dijo que era un asunto personal y no he querido presionarlo.

—Hágalo pasar y sabremos qué desea. Luego comeremos algo.

Della desapareció por la puerta que daba a la oficina exterior. Cuando regresó, venía acompañada de Jetson Blair, alto, pelo ondulado oscuro, rasgos de camafeo, ojos penetrantes y porte de atleta.

—Le presento al señor Perry Mason, señor Blair —dijo ella.

Blair y Mason se estrecharon las manos.

—¿Qué desea usted? —preguntó Mason—. Es algo tarde y…

—Lo es —interrumpió Blair—. Hace rato que aguardo. Siento tener que presentarme de este modo tan inconvencional, pero con todo, mi recado tampoco es convencional.

Mason asintió.

—Siéntese —invitó—, y veamos si podemos esclarecer las cosas.

Blair dijo:

—Por indicios recogidos aquí y allá aprendí que dos y dos son cuatro.

—Siga.

—Aquella nota de chantaje iba dirigida a Rosena —siguió Blair —. Fue el primer intento para sacar dinero de una situación que podía resultar muy embarazosa.

—¿A qué situación se refiere?

—Creo que mi hermano Carleton vive aún. Pudiera ser que se haya mezclado en acciones… molestas para la familia, por decirlo de algún modo.

—¿Y si así fuera?

—Cuando leí el artículo acerca del chantaje y la lata de café recogida en el lago, y precisamente no lejos de la residencia de los Bancroft, sumé dos y dos.

—Dígame qué desea aclarar.

—Sencillamente, estoy enamorado de Rosena y creo que ella de mí. Si por desgracia tenemos una oveja negra en la familia, prefiero hacer frente a sus consecuencias, pues el chantaje no resuelve nada. No quiero que nadie pague un centavo para evitar a mi familia dolores de cabeza.

»Si el posible escándalo asusta a los esposos Bancroft, y prefieren eludirlo, entonces será mejor que posterguemos la boda, o, incluso, que rompamos el compromiso.

»Ahora bien, si ellos están dispuestos a afrontarlo, yo haré otro tanto.

—¿Y su familia? —preguntó Mason.

—No dudo que mi familia piensa de la misma manera. No sirve de nada ceder ante los chantajistas. Eso no resuelve nada.

—¿Han hecho alguna clase de petición a usted?

—En realidad, no lo sé —respondió, pensativo, Jetson Blair—.

Me preguntaron por teléfono qué diría si supiese que mi hermano estaba vivo. La llamada era bastante misteriosa y no me mostré muy explícito.

—¿No intentaron fijar un precio a cambio de no divulgar la noticia?

—En absoluto. Fue una conversación telefónica muy rara. El otro colgó de repente.

—Pero le dio en qué pensar.

—Sí.

—¿Ha hablado usted con Rosena acerca de esto?

—No. Antes quise hablar con usted y decirle que pienso afrontar la situación sin hacer caso de posibles implicaciones.

—¿Por qué vino a mí?

—Rosena me dijo que usted trabajaba para la familia.

—¿Por qué ha eludido plantear esta cuestión a Rosena?

—Intenté verla anoche, y no pude.

—¿No pudo?

—No.

—¿Dónde intentó localizarla?

—En el apartamento de la ciudad y en la casa del lago.

—¿Y no estaba en ninguno de los dos sitios?

—No.

—¿Ha vuelto a llamarla?

Blair informó:

—La he llamado hoy. Ella teme que haya sucedido algo grave. Prefirió no darme más explicaciones de momento.

—Dígame —preguntó Mason—. ¿Dónde estaba usted anoche cuando intentó comunicarse con ella?

—Primero lo hice por teléfono, y luego fui en coche a la residencia del lago y al apartamento.

—¿Fue también al club náutico?

Blair vaciló un segundo, pero reaccionó mirándole a los ojos.

—Sí.

—¿Qué averiguó?

Nueva vacilación del joven.

—¡Conteste! —apremió Mason.

—Hallé el coche de la señora Bancroft aparcado junto al club, pero no pude encontrar a ella ni tampoco su yate. Eso me hizo

suponer que se habría embarcado y que Rosena estaría con su madre. Hice algunas preguntas y supe que la señora Bancroft había estado allí acompañada de un joven. Di un paseo por la bahía, y cuando regresé, el coche de la señora Bancroft ya no estaba. Para entonces, la niebla era tan densa que resultaba imposible ver nada.

—¿Estaba usted acompañado?

—No. Fui solo.

—¿A qué hora regresó a su casa?

—Muy tarde.

—¿Quiere decir eso que siguió intentando localizar a Rosena?

—Sí.

Mason suspiró.

—Bien —dijo—. Es probable que la policía le interrogue. No intente ocultar nada de lo que sabe, pero no les diga lo que usted ha conjeturado. Explíqueles únicamente los hechos.

—¿La policía? —preguntó Blair—. ¿Qué tienen que ver en ningún aspecto con ella? ¿Me interrogarán acerca del chantaje?

—Le preguntarán por sus actividades de anoche, lo que sabe y dónde fue. Le preguntarán qué le han dicho los miembros de la familia Bancroft.

—¿Y qué he de decir a la policía?

—La verdad, excepto que usted ha averiguado que dos y dos son cuatro. Deles las cifras y que ellos hagan su propia suma.

—¿Investiga la policía el asunto del chantaje?

Mason respondió:

—La policía investiga otro delito.

—¡Otro delito! ¿Quiere decir que hay algo más que un odioso chantaje?

Mason fijó sus ojos en los de Blair.

—Quiero decir asesinato.

Durante un momento, el joven se quedó silencioso. Luego palideció.

—¿Asesinato? —preguntó.

—Asesinato —confirmó Mason.

—¿Pero quién…? ¿A quién…?

—Alguien se llevó el yate anoche y navegó por la bahía. Aparentemente la embarcación fue a la deriva un rato y quedó varada en un extremo de la bahía, en unos bancos de arena. Cuando

el sheriff subió a bordo esta mañana, halló un cadáver.

—¡Un cadáver! —exclamó Blair—. ¡Cielos! ¿No sería ninguno de los Bancroft?

—No —dijo Mason—. Se trata de un joven, y, muy posiblemente, con antecedentes penales.

—¿Se refiere a… Carleton?

—Tranquilícese. Se trata de otro joven.

—¿Cómo fue a parar el cuerpo a bordo?

—Eso puede adivinarlo cualquiera. Usted me ha dado la información que ha querido, y yo a usted sólo la que me *atrevo* a darle.

Mason se levantó y tendió su mano.

—Buenas noches, señor Blair, y gracias por venir.

Éste vaciló un largo momento, luego tendió la suya.

La piel estaba fría al tacto.

—Buenas noches, señor Mason —dijo, y se encaminó a la puerta, que Della mantenía abierta, y cruzó el umbral como si se encaminara a una celda de ejecución.

Capítulo 15

Los titulares de los periódicos matutinos decían:

CADÁVER HALLADO EN UN YATE DE RECREO.
PUEDE ESTAR RELACIONADO CON UN INTENTO DE CHANTAJE

La historia jugaba dramáticamente con la familia. Su silencio era atribuido a un intento de encubrir el motivo de la extorsión. Los Bancroft se habían limitado a decir que el señor Perry Mason, notable criminalista, daría las explicaciones posibles.

Della Street colocó el periódico sobre el escritorio de Mason cuando éste entró.

—Bien —dijo ella—, la prensa no se muestra *demasiado mala*. Hasta ahora la policía no considera encartados a ningún miembro de la familia Bancroft, pues se supone su silencio relacionado con el chantaje.

—Eso es bueno.

—El señor Bancroft hace quince minutos que se halla en la oficina exterior, esperando.

—Que entre. Veamos qué hay de nuevo por este lado.

Evidentemente, Bancroft había pasado la noche en blanco, aparecía sumamente pálido y mostraba grandes ojeras.

—¿Tan malo fue el trago? —preguntó Mason.

—Fue malo. Afortunadamente mi esposa respondió muy bien. Se limitó a decir que sólo contestaría en presencia de su marido y de su abogado.

—¿Y usted?

—Adopté la misma táctica.

—¿Cómo justificó su silencio?

—Aduje motivos que no podíamos tratar de momento; que a su debido tiempo haríamos una declaración, pues nos negábamos a consentir que todo fuera publicado en la prensa.

Mason asintió.

—Bien, ahora tenemos que trabajar.

—¿Qué haremos?

—¿Reconoció su esposa el lugar donde el yate encalló?

—Sí. Sucedió junto al muelle donde nos abastecemos de combustible. El muelle está cerrado durante la noche y, aparentemente, Gilly había planeado dejar la embarcación allí, pero el ancla se trabó antes de que llegara.

—¿Qué profundidad hay donde su esposa saltó por la borda?

—Por encima de su cabeza… eso cree ella. Después de algunas brazadas, alcanzó un punto donde pudo caminar hasta la playa.

Mason preguntó:

—No se halló alma alguna en el yate, ni se encontró el bolso de su esposa. ¿Sigue convencida de que perdió ambas cosas al saltar?

—Está convencida de que el arma dio en cubierta y resbaló al agua, pues oyó un chasquido.

—Bien —dijo Mason—. Necesitamos localizar la pistola.

—¡Necesitamos!

—Así es.

—¿Está usted loco? —exclamó Bancroft—. Es la única pieza de evidencia que no podemos permitir que consiga la policía. El arma está registrada a mi nombre, y si queda demostrado que el arma homicida…

—Cálmese —aconsejó Mason—. No hablé de recuperar el arma, sino de *localizarla*.

—Localizarla y…

—Localizarla y dejarla donde está —cortó el abogado.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Consígame una carta náutica de la bahía, señáleme con alfileres la situación del yate. Paul Drake enviará a un buceador a explorar el fondo.

—¿Y si encuentra el revólver y el bolso de mi esposa?

—Guardará silencio hasta que yo lo diga.

—¿No es obligado informar a la policía?

—Drake ignorará el papel jugado por ambas cosas —dijo Mason

—. Yo me encargaré de eso. Él se limitará a enviar a un buceador que explore parte de la bahía que nos interesa.

—*Sabemos* que está allí —dijo Bancroft—. No es preciso confirmarlo.

Mason le miró fijamente.

—Usted lo sabe porque su esposa dijo que están allí. Pero yo quiero comprobar la declaración de ella.

—¿Duda usted de su palabra?

Mason endureció el tono de su voz.

—Cuando llevo un caso de asesinato, dudo de todo y de todos… incluso de usted.

—Pero —protestó Bancroft—, ¿para qué necesita saber que están allí?

—Si su esposa cuenta alguna vez su historia en el estrado de los testigos, exigiré al sheriff que mande a un buzo en busca de las pruebas para demostrar que es cierto cuanto ella dice.

—Eso puede hacerlo en cualquier momento sin comprobarlo de antemano.

—No, no puedo —se negó Mason—. Si yo hago esa petición, y luego no aparece lo buscado, habré dado a su esposa un billete de ida sin vuelta a la cámara de gas.

—Le digo que la evidencia está allí. Tiene que estar. Ella saltó por la borda, y tenía la tira del bolso sobre la muñeca. Sabe exactamente dónde saltó y…

Mason le interrumpió:

—Ella no subirá al estrado de los testigos a menos que sea inevitable. Y si esto sucede, quiero poder demostrar que su declaración es cierta.

—Pero cuando hallen el revólver… ¿No comprende, Mason, que el Departamento de Balística probará que el disparo se hizo con él? Eso demostrará que Phyllis lo mató.

—O usted —dijo Mason.

Bancroft se quedó silencioso unos segundos.

—¿Cuánto tiempo transcurrirá antes de que Drake comience la exploración?

—Tiene que hacerse al amparo de la oscuridad. Ahora tráigame esa carta náutica con alfileres que indiquen el lugar de la embarcación cuando su esposa saltó por la borda.

Bancroft pareció repentinamente aliviado.
—¿No la querrá antes de la noche?
—La quiero hoy mismo. Drake hará la investigación esta noche.
—Conforme —dijo Bancroft—. Tendrá usted la carta.

Capítulo 16

Poco después del mediodía, el golpe clave de Drake sonó en la puerta de la oficina privada de Mason.

Della Street lo hizo pasar.

—Bien —dijo Drake—. Han conseguido abotonar el caso. El único problema estriba en que no están seguros de lo que han pescado en la red.

—Ya —respondió Mason.

—Las huellas dactilares de Willmer Gilly lo delataron. Es un delincuente vulgar; un ladrón de coches y un descuidero. No tiene antecedentes como chantajista, pero encaja fácilmente entre ellos.

»Registraron el apartamento de Gilly: una sola habitación con todos los útiles de cocina, fregadero, fogón eléctrico, platos, etc. ¿Imagina lo que hallaron?

—Una máquina de escribir *Monarch* portátil.

—Exacto —dijo Drake—. Hicieron una prueba con ella y averiguaron que era la utilizada por la persona que escribió el anónimo. Así han ligado a los Bancroft con la nota y a Gilly con los Bancroft.

»Pero han averiguado algo más.

—¿Qué han averiguado?

—Que la señora Bancroft estuvo en el club náutico con Gilly durante la primera parte de la noche.

—¡Eh, un momento! —exclamó Mason—. No era Gilly, sino otra persona.

Drake sacudió la cabeza.

—Un empleado ha reconocido una fotografía de Gilly y lo van a llevar al depósito de cadáveres para identificarlo.

Mason frunció el ceño.

—¿No te gusta eso? —preguntó Drake.

—No me gusta. Por desgracia, esa condenada cosa sucede cuando la policía fuerza una identificación. La señora Bancroft pudo estar en el muelle con un joven, pero no era Gilly. Te diré lo que has de hacer, Paul. Existe un hombre llamado Irwin Fordyce que estuvo en San Quintín. Consigue unas fotos de los registros de policía, y ponte en contacto con ese empleado. Enséñale las fotos de Fordyce, y pregúntale si por casualidad no es el hombre que acompañaba a la señora Bancroft.

—Ya han hecho una identificación positiva —objetó Drake.

Mason frunció el ceño de nuevo.

—¿Y en cuanto a la hora de su muerte, Paul?

—La fijaron hacia las nueve.

—Un momento, un momento —dijo Mason—. No pueden fijar una hora definitiva después de un espacio de dieciocho horas.

—Sí pueden —afirmó Drake—. Han verificado los movimientos de Gilly antes de su muerte. Comió judías en conserva, calentadas en su propia cocina. El tipo era un amo de casa muy descuidado que no limpió los platos después de comer. Dejó parte de las judías en la lata, que puso en la nevera, no limpió la sartén, y salió a toda prisa, posiblemente en respuesta a una llamada telefónica. El forense pudo comprobar el proceso de la digestión y señalar la hora de su muerte. A eso se une la temperatura del cuerpo, rigor mortis y posmortem.

—¿Ni rastro del arma homicida?

—Ni rastro. Pero seguro que intentarán cargarlo a los Bancroft. Los registros muestran que Bancroft poseía un revólver calibre 38, y éste parece haber desaparecido.

Mason dijo:

—A menos que puedan hallar el revólver, nunca podrán colgar este asesinato a los Bancroft. No a menos que puedan demostrar una asociación con Gilly en la noche del crimen. Ahora bien, este empleado del club está equivocado. Ponte manos a la obra en seguida, Paul, y consigue las fotos de Fordyce. Luego trabaja al empleado del club. Tengo que romper esa identificación; de otro modo estamos listos.

—Entonces, ya estás listo —dijo Paul—. No creo que puedas romperla.

Mason contestó:

—Ahora otra cosa. Quiero un buceador de confianza

indiscutible, alguien que sea presidente de una asociación de buceadores aficionados o algo parecido. En fin, alguien capaz de hacer el trabajo que necesito con la máxima garantía de eficiencia.

—¿A qué hora?

—En cuanto oscurezca.

Drake frunció el ceño, pensativo.

—Tengo un empleado que es aficionado a esa clase de deporte acuático. Él y su esposa acostumbran irse los domingos…

—¡Contrátalos! —cortó Mason.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Drake lo miró desconfiado.

—¿No pensarás en utilizarlos para sembrar evidencia falsa?

Mason asintió:

—Consíguelos. No los emplearé en nada reñido con la ética profesional, si es eso lo que te preocupa.

—Bien —repuso Drake—. Trataré de localizarlos. ¿Para qué hora los quieres?

—Dentro de una hora.

—Haré los posibles para conseguirlo —concluyó el detective.

Mason esperó a que Drake saliera de la oficina, para decir a Della Street:

—Vaya al banco y cobre otro talón de tres mil dólares. Quiero el dinero en billetes de cincuenta y cien, y que retengan la numeración.

—Eso levantará sospechas contra usted —respondió la secretaria —. Sobre todo después del otro talón de tres mil dólares.

—Lo sé —replicó Mason—. No obstante, cuando se pelea por la propia existencia, hay que usar las armas que se tienen a mano. Procure hacer las cosas de modo que pasen lo más inadvertidas posible, y, eso sí, nada de charlas con los empleados o policías. Limítese a cobrar los billetes.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

—Ya estoy en camino.

Treinta minutos después, Della regresaba con los tres mil dólares en billetes de cincuenta y cien dólares.

Una hora más tarde, la secretaria del abogado Mason anunció:

—El señor y la señora Chambers están en la oficina. Son los buceadores que trabajan para Paul.

—Que pasen.

Della hizo entrar a la joven pareja.

—Buenos días, señor Mason —saludó el hombre—. Soy Dunstan Chambers. Lorraine es mi esposa. Según se me ha dicho, desea los servicios de un especialista en inmersiones.

Mason los calibró, y halló que transpiraban vitalidad y salud.

—Tengo la impresión de que están bien dotados para ese arriesgado deporte —comentó Mason.

Chambers se sonrió al decir:

—Así es.

—Habrá que hacer un trabajo bastante delicado, para el que es imprescindible la mayor discreción.

—¿Cuándo?

—En cuanto sea posible introducirse en el agua sin ser vistos.

—¿Dónde?

—En el muelle Newport.

—Tengo entendido que se ha cometido un asesinato allí —comentó Chambers.

—Es cierto.

—¿Está relacionado el trabajo con ese crimen?

—Lo está.

—¿Habrá responsabilidad para nosotros?

—Ninguna.

—Conforme.

—Necesitaremos un sitio adecuado para cambiarnos —habló la esposa—. No es fácil hacerlo en una simple barca.

—¿No practican ese deporte los fines de semana?

—Sí.

—¿Cómo se cambian entonces?

—Un amigo posee una embarcación provista de cabina, y…

—¿No la alquilaría? —cortó Mason.

—Supongo que sí —respondió ella.

—Si ustedes usaran esa embarcación, ¿podrían zambullirse sin que nadie sospechase que lo hacían?

—Pueden vernos en el momento de zambullirnos, pero no sabrían dónde exploramos —contestó el hombre, sin vacilar.

—Y si la niebla continúa como ahora, dudo que nos vieran deslizarnos al agua —dijo ella.

Mason señaló con la cabeza el teléfono.

—Empiecen. Vean cómo lo arreglan. ¿Dónde tienen los equipos?

—En el portaequipajes de nuestro coche —contestó él.

—¿Y el coche?

—Abajo.

Mason se sonrió.

—Bien. Apresurémonos antes de que la niebla se alce.

Capítulo 17

La densa niebla colgaba sobre la tranquila superficie del agua. Chambers, al volante de la canoa, dijo:

—Está muy espesa, señor Mason.

—Mejor que mejor —repuso éste.

—Bueno, ¿qué quiere que hagamos?

—Diríjase al muelle donde suministran el combustible. Atracaremos allí, y ustedes se sumergirán acto seguido. Tendrán que peinar todo el fondo, empezando a unos veinte metros del muelle, en su parte sur, para correrse paralelo a éste hacia la otra punta, y dar varias pasadas por las zonas que permitan a una persona ponerse en pie.

»Si hallan algo fuera de lo corriente en el fondo, quiero que lo dejen donde está, y vengan a decírmelo.

—Conforme —dijo Chambers—. Si usted conduce la embarcación hasta el muelle, me reuniré con mi esposa para cambiarme.

Mason cogió el volante y Chambers bajó a la cabina. Poco después, la canoa llegaba al muelle.

—¿Va a repostar? —preguntó el encargado.

Mason respondió:

—Sólo pienso quedarme un rato.

—Está prohibido. Aquí sólo fondean las embarcaciones que vienen a repostar.

—Está bien. Alárgueme la manguera y termine de llenar el depósito. Además de pagarle el suministro, le daré veinte dólares si deja la manguera puesta y finge que repostamos.

—¿Cuál es la razón? —preguntó el empleado.

—Queremos inspeccionar el fondo —dijo Mason—. Pero ha de hacerse con la más estricta reserva.

—Conforme —accedió el otro—. No creo que vengan muchas embarcaciones con esta niebla.

Mason insistió.

—No olvide que exijo máxima discreción.

—A la orden —respondió el otro.

Minutos más tarde Dunstan y Lorraine Chambers aparecieron en cubierta con las botellas de aire a sus espaldas. Se ajustaron las mascarillas y se deslizaron por el costado de la embarcación. Al cabo de diez minutos, Dunstan regresó, y, quitándose la mascarilla, dijo a Mason:

—Hay un bolso de señora allá abajo.

—¿Nada más que no sea corriente? —preguntó Mason.

—Un bolso de señora es cuanto hallamos.

—¿Lo abrieron?

—Temimos que algo pudiera salir flotando al abrirlo.

—Traiga el bolso —ordenó Mason—. Su esposa que se quede allí para marcar el lugar exacto. Quiero mirar el interior y después volverlo a su sitio.

Chambers vaciló un momento.

—Está bien. Usted manda.

Volvió a sumergirse, pero no tardó en aparecer con el bolso.

Mason se inclinó hacia la borda.

—Veamos ese bolso —dijo—. Haremos inventario de su contenido.

Lo abrió.

—¡Vaya fajo de billetes! —exclamó Chambers.

—Exacto.

—¡Caramba! Y una licencia de conducir. Está a nombre de…

Mason interpuso su mano entre la cartera y los ojos del joven.

—No se preocupe —dijo—. Es necesario que usted sólo vea lo que yo le enseñe. Por ejemplo, ahora quito el fajo de billetes y lo sustituyo por otro.

Mason sacó los billetes del bolso, hizo otro tanto con los que llevaba en su bolsillo, y los introdujo en el bolso, que cerró de golpe.

—Ahora vuelva a colocar el bolso donde estaba, e insista en buscar algo que no sea normal. Extendiéndose en un radio de cien metros alrededor del punto donde hallaron esto. ¿Qué clase de

fondo hay, fango o arena?

—Arena. Bueno, hay algo de cieno encima, pero la mayor parte es arena.

—Bien —dijo Mason—. Cuando hayan inspeccionado la zona dicha, regresen.

—¿Dejamos el bolso allí?

—Sí.

—¿Con todo ese dinero?

—Con todo ese dinero. Asegúrese de sacar todo el aire del bolso, no sea que flote.

—Hay suficientes cosas aquí dentro; pintalabios, llaves y polvos compactos. Eso impedirá que flote —informó Chambers.

—Aun así, sáquele el aire —insistió Mason.

—¿Y luego qué?

—Después de haberse asegurado que no hay nada fuera de lo corriente en el fondo, regresen.

Quince minutos más tarde, apareció el matrimonio.

—¿Todo bien? —preguntó Mason.

—Todo bien.

—¿Nada fuera de lo habitual?

—Exacto. Nada fuera de lo habitual.

—Estupendo —exclamó Mason—. Bajen a la cabina y vístanse.

Mason subió al muelle, pagó el combustible servido y entregó además veinte dólares extras.

—Muchas gracias —dijo—. ¿Sabe permanecer callado?

—Sé estar callado —aseguró el empleado—. Sé callar en siete idiomas distintos, incluso en escandinavo.

—El inglés será todo el que necesita de momento —contestó Mason, con una sonrisa en los labios.

Capítulo 18

Sobre las cuatro y media, Bancroft volvía estar en la oficina de Mason.

—Aquí tiene la carta que muestra la posición exacta de la embarcación cuando saltó mi esposa. ¿Ve usted este muelle? —lo señaló—. Aquí es donde suministramos el combustible. Ella calcula que habría de nueve a doce metros de profundidad cuando se trabó el ancla. La embarcación se inclinó ligeramente a un lado y luego empezó a ir a la deriva. La marea entraba entonces. Saltó por la borda…

—¿Por qué lado? —preguntó Mason.

—Por el lado de babor.

—¿Era el que daba al muelle?

—Sí.

—Bien. Ahora escuche y entérese de lo que digo. No quiero que su esposa conteste a *ninguna* pregunta. Que se limite a decir que su abogado será el que hable.

—Precisamente me proponía plantearle esa cuestión —admitió Bancroft—. Como alguno de los periodistas ha señalado, recorremos el camino menos propicio para ganarnos la comprensión o simpatía pública. El silencio induce a suponer que ella es culpable.

—Lo sé —respondió Mason—. Los periódicos justifican sus pagas con las historias que consiguen y publican. Ellos necesitan información y recurren a todos los ardides inimaginables.

—Pero sus argumentos son lógicos, Mason.

—¡Claro que son lógicos! Dominan su oficio y saben cómo provocar una conferencia de prensa.

—¿Por qué no dejamos que mi esposa los reciba?

—Porque se dan circunstancias muy especiales que pueden representar demasiado para ella si no somos precavidos. ¿Se

imagina lo que supondría que el encargado del atracadero atestiguara que estuvo en el muelle con Willmer Gilly aquella tarde, y que juntos subieron al yate?

—¿Qué? —exclamó Bancroft.

—Pues ha sucedido —informó Mason.

—¡Ese hombre está loco! Era Irwin Fordyce el acompañante de mi esposa.

—¿Y dónde está Irwin Fordyce?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—Pero sí sabemos que el encargado del atracadero ha identificado a Gilly como…

Bancroft lo interrumpió enfurecido.

—*¡No es posible!* ¡Pues sí que es corto de vista Drew Kirby!

—No sé a quién se refiere —respondió Mason—. ¿Es acaso el que se cuida de los yates amarrados?

—Ese es Drew Kirby. ¡Maldito viejo! ¡Está loco!

—Puede que lo esté, pero eso no cambia la situación. Preste atención, Bancroft: usted y su esposa tendrán que hacer exactamente lo que yo diga. No quiero que su esposa cuente los hechos a nadie hasta que yo se lo indique. Llegada la hora, lo dirá bajo las más dramáticas circunstancias posibles. *Entonces mandaremos* buceadores a buscar el bolso y el arma.

—Imagine que… imagine que las olas o las corrientes desplazan o arrastran el bolso y el revólver —apuntó preocupado Bancroft.

—No creo que suceda —dijo Mason—. Están en un sitio muy protegido. Allí los efectos de la marea son relativamente suaves.

—Se arriesga usted muchísimo.

—*Nos* arriesgamos muchísimo —rectificó gravemente Mason—. Tendremos que jugar los naipes de modo ventajoso si queremos salir bien de este asunto.

Bancroft accedió.

—Usted sabe lo que lleva entre manos. Confío en su buen juicio. No hay nada más que yo pueda hacer.

Capítulo 19

El juez Cole S. Hobart llamó al orden a la sala.

—Este tribunal se ha reunido para juzgar a Phyllis Bancroft —dijo—. La acusación oficial está encomendada al fiscal del distrito, Robley Hastings, asistido del abogado Turner Gardfield. La defensa de la acusada corre a cargo del abogado señor Perry Mason. Caballeros, ¿están dispuestos?

—La acusación está a punto —dijo Hastings.

—La defensa está a punto —dijo Mason.

—Bien, procedan —ordenó el juez Hobart—. Antes quiero hacer una advertencia. Este juicio ha despertado gran interés en la prensa local. Advierto al público asistente que exijo silencio en la sala. Durante el proceso de la vista, se permitirá abandonar la sala a quienes lo deseen, siempre que lo hagan de modo ordenado.

»Señor abogado del distrito, proceda.

Turner Gardfield se encargó de los preliminares. Llamó a un inspector y mostró un plano del puerto, fotografías aéreas de la bahía y del club náutico, y otro mapa de las carreteras del Estado con las distancias entre diversos puntos.

—Examine —dijo Gardfield a Mason.

Éste se dirigió al inspector de policía.

—Ha presentado usted todos estos mapas, pero observo que ha fallado en uno.

—¿En cuál, señor?

—Falta una carta geodésica de la costa del puerto.

—No lo creí necesario debido a que los mapas que presento son exactos y las fotografías aéreas muestran la línea de la costa y las inmediaciones del puerto. Por otra parte, en una carta se verifican cifras correspondientes a la profundidad del agua, y temí que eso indujera a confusión.

—¿Por qué?

—Hay cifras que nada tienen que ver con la depresión de la línea costera, y por eso entendí que resultaría confusa.

—Pero, ¿trae usted alguna carta geodésica encima?

—No.

—Entonces yo le enseñaré la mía —ofreció Mason—, y le preguntaré si está familiarizado con ella.

—Ciertamente que sí.

—¿Es ésta una carta oficial, hecha por el Gobierno?

—Sí.

—¿Se usa en la navegación y es exacta?

—Creo que muy exacta.

—Ruego a su señoría sea aceptada esta carta como prueba número uno de la defensa —dijo al juez.

—No tenemos la más mínima objeción —respondió Turner Gardfield—. Cualquier cosa relacionada con la información estadística que la defensa quiera aportar, será aceptada.

El próximo testigo fue el sheriff del condado de Los Ángeles. Gardfield se dirigió a éste.

—Sheriff, le enseño una fotografía, incluida en las pruebas de la acusación del Estado, mostrando un cuerpo que ha sido identificado como el de un hombre hallado muerto en el yate *Jinesa*, y le pregunto si reconoce la fotografía.

—Sí.

—¿Ha visto usted alguna vez a la persona de la fotografía?

—Varias veces.

—¿Viva o muerta?

—De las dos maneras.

—¿La vio viva?

—Varias veces.

—¿Y la vio muerta?

—Sí, fui a la *morgue* para tratar de identificar el muerto.

—¿Hizo algún otro intento para identificarlo?

—Lo hice.

—¿Cuál?

—Tomé sus huellas dactilares.

—¿Está dispuesto a identificarlo?

—Lo estoy.

—¿Quién es?

—Willmer Gilly.

—La defensa puede interrogar al testigo —ofreció Gardfield.

—¿Cuáles son las fuentes de comparación para las huellas dactilares, sheriff? —preguntó Mason.

—El archivo del FBI.

—¿Supone eso que Gilly tenía antecedentes penales?

—¡Me opongo a la pregunta del abogado defensor por improcedente! —intervino el fiscal del distrito, Robley Hastings.

—Denegada la protesta —respondió el juez Hobart—. Se pregunta al sheriff en cuanto a las huellas dactilares, y estimo que la defensa tiene derecho a saber de la autenticidad de las huellas y de cuanto se relacione con ellas. Este tribunal no se opone a que el abogado defensor se extienda cuanto guste en su deber y derecho de examinar las pruebas. ¡Conteste a la pregunta, sheriff!

—Tenía antecedentes.

—¿Por qué?

—Robo de un automóvil y falsificación.

—¿Algo más?

—No.

—¿Sabe usted si fue detenido alguna vez por delitos o faltas que luego no pudieran probársele?

—De nuevo interpongo una objeción —habló el fiscal.

—¡Denegada! —saltó el juez—. El sheriff ha manifestado que vio al finado varias veces cuando estaba vivo, y la defensa, ciertamente, tiene derecho a interrogar en cuanto a ese respecto.

—Me permito recordar a este Tribunal —adujo el fiscal—, que una persona puede ser acusada de felonía y puesta en libertad al demostrarse su honorabilidad.

—La defensa no intenta acusar a un hombre muerto —respondió el juez—. Sólo se propone examinar al testigo. No obstante, puesto que la defensa dispone de otros medios que darán satisfacción a su propósito, admito la objeción del fiscal.

—Para ahorrar tiempo —dijo Mason—, cambiaré el interrogatorio, de modo que sea más clara mi intención.

»¿Recuerda, sheriff, si en alguna de las ocasiones en que vio a la víctima, Willmer Gilly, estaba sometido a arresto?

—Sí.

—¿Fue en la oficina de usted?

—Sí.

—¿Realizó usted alguno de esos arrestos?

—Una vez.

—¿Cuál fue el cargo?

—¡Protesto! —se alzó el fiscal—. El interrogatorio de la defensa resulta improcedente.

—¡Admitida la protesta! —gritó el juez Hobart.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

Robley Hastings, el fiscal, dijo con tono dramático:

—Solicito la presencia de Drew Kirby en el banquillo.

Kirby resultó ser un hombre de movimientos lentos, de unos cincuenta años y aire despistado, penetrantes ojos azules, muy delgado y de piel aceitunada permanentemente pegada a los huesos.

—¿Dónde está usted empleado? —preguntó Hastings.

—En el club náutico.

—¿Dónde está eso?

—En la parte baja de la bahía.

—¡Concrete!

—Me refiero a la bahía de Newport-Balboa.

—¿Cuánto tiempo hace que está empleado allí?

—Cuatro años.

—¿Fijo?

—Así es.

—¿Cuáles son sus deberes?

—Los propios de un vigilante que a la vez se cuida de que las cosas vayan bien, recoger aviso de los socios, y en alguna que otra ocasión, remolcar a los yates.

—¿Era ése su trabajo el diez de este mes?

—Sí.

—¿En la noche del diez?

—Sí, señor.

—Voy a mostrarle una fotografía de Willmer Gilly, prueba de cargo en esta acusación, y le preguntaré si lo ha visto antes.

—Sí, señor.

—¿Vivo o muerto?

—De las dos maneras.

—¿Cuándo lo vio por primera vez?

—Alrededor de las siete de la tarde del día diez.
—¿Dónde estaba?
—En el club náutico.
—¿Con quién estaba él, o quién estaba con él?
—La señora Bancroft.
—¿Con la señora Bancroft quiere decir Phyllis Bancroft, la mujer a la izquierda de Perry Mason?
—Sí, señor.
—¿Y dónde estaba ella?
—En el embarcadero.
—¿Y qué hacía?
—La vi subir al bote del yate de Bancroft, el *Jinesa*.
—¿La vio conversar con Gilly?
—Desde luego que sí.
—¿Y qué sucedió?
—Ella remó hacia el yate.
—¿Remó ella, o remó él?
—Fue ella quien remó hasta el yate.
—¿Y qué sucedió?
—Ignoro qué pudo suceder, señor. Yo tenía trabajo, y entonces fue cuando se echó la niebla. No se veía nada en absoluto; bueno, me refiero a que no se veía nada en la bahía.
—¿Tampoco veía el *Jinesa*?
—No, señor.
—¿Y qué hizo usted?
—Seguí atareado con mis ocupaciones.
—¿Cuándo se alzó la niebla?
—No se alzó. Continuó echada.
—Supongo que se alzaría en algún momento —replicó el fiscal, con manifiesto disgusto.
—Oh, seguro; al día siguiente por la tarde.
—¿Y cuándo vio de nuevo al *Jinesa*?
—No lo vi. Se había marchado.
—¿No volvió a verlo?
—Seguro que sí. Serían las cuatro y media de la tarde siguiente, cuando lo trajeron.
—¿Quién lo trajo?
—Un ayudante del sheriff.

—¿Cómo lo traían?

—Lo remolcaron con otra embarcación.

—¿Qué otra embarcación?

—Una canoa de guardacostas.

—¿Y qué pasó entonces?

—Bueno; despejaron el embarcadero, ataron el yate, vinieron muchos fotógrafos y subieron a bordo muchos policías.

—¿Y vio a Willmer Gilly?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En el depósito de cadáveres.

—¿Fue usted llevado allí para que pudiera identificar el cadáver?

—Sí, señor.

—¿Y era el mismo hombre que había visto la noche del diez con la señora Bancroft?

—Sí, señor.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor.

—¿Hay la más ligera sombra de duda en su mente?

—No, señor.

—Puede usted interrogarlo —dijo Hastings a Perry Mason.

Éste se alzó de su pupitre, se acercó al estrado del testigo, lo miró con aire amable y dijo amistoso:

—¿Ha identificado en esta fotografía a Willmer Gilly?

—Sí.

—¿Cuándo vio usted por vez primera una fotografía de Gilly?

—Vi al mismo Gilly.

—Lo sé, pero, ¿cuándo fue la primera vez que vio una *fotografía* de Gilly?

—Bueno, eso fue cuando vinieron buscando… Veamos, eso fue… Sí, sería a eso de las nueve, creo que en la noche del once.

—¿Cuánto hacía que había sido traído el yate del embarcadero?

—Ah, no sé, cuatro o cinco horas, diría yo.

—¿Quién le mostró la fotografía?

—El sheriff.

—¿Le preguntó si lo había visto antes?

—Algo parecido.

—¿Realmente, no le preguntó el sheriff si aquélla era la fotografía de un hombre que había estado con la señora Bancroft la noche antes, y si usted vio cómo ella lo acompañaba hasta la embarcación?

—Puede que sí.

—¿Recuerda usted las palabras exactas del sheriff?

—Bueno, no. Me enseñó la foto, y dijo que probablemente yo habría visto el hombre.

—¿Estuvo de acuerdo con él?

—Le dije que era posible que sí.

—¿Lo invitó a estudiar cuidadosamente la fotografía?

—Sí.

—¿Lo hizo usted?

—Sí.

—¿Ocurrió eso antes de que usted fuera al depósito de cadáveres y viera el cuerpo?

—Sí.

—¿Cuándo fue usted al depósito de cadáveres?

—En la noche del doce.

—¿Cuántas veces vio la fotografía de Gilly antes de ir al depósito?

—Oh, varias.

—¿Cuántas?

—Bastantes.

—¿Tenía usted una foto en su poder?

—Sí.

—¿Dónde la obtuvo?

—El sheriff me la dio.

—¿Le dijo que la estudiara con detenimiento?

—Sí, señor.

—¿Le dijo que quería que usted identificase al hombre de la fotografía?

—Oh, no creo que lo dijera así. Me preguntó si aquél era el hombre que había estado en el embarcadero con la señora Bancroft la noche antes, y yo contesté que se parecía.

—¿Y él le dejó la fotografía para que la estudiara?

—No, exactamente. Eso fue a la mañana siguiente.

—¿La mañana del doce?

—Sí.

—¿Y estudió usted el retrato durante todo el día?

—Sí.

—¿Y después de haber estudiado la fotografía, fue usted al depósito de cadáveres?

—Así es.

Mason miró pensativo al hombre.

—¿Llevaba puestos los lentes cuando miró la fotografía?

—Desde luego.

—¿Dónde los tiene ahora?

El testigo se llevó automáticamente la mano al bolsillo del pecho, y apartó la mano diciendo:

—Me los olvidé en mi habitación.

—Pero el día once y doce, cuando usted miró la fotografía llevaba puestos los lentes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ve mejor con ellos puestos?

—¡Naturalmente!

—¿Hubiera podido identificar la fotografía sin sus lentes?

—No lo sé. No lo creo.

—Pero acaba de identificar aquí la fotografía sin gafas.

—Sabía de quién era.

—¿Cómo supo de quién era?

—Bueno, tenía que ser la del muerto.

—¿Qué quiere decir tenía que ser?

—Bueno, lo era, ¿no?

—Le estoy preguntando si sabe usted de quién era la fotografía.

—Sí. Apuesto que sí, ¿me equivoco?

—¿Y puede verla sin sus gafas?

—Sí.

Mason se acercó a la mesa del juez, cogió la fotografía y se sacó otra de un bolsillo, las comparó un momento, y, luego, caminó hacia el testigo.

—Bien —dijo—, mire esta fotografía. ¿Está seguro de que es el hombre que estuvo con mi defendida en la noche del diez?

—Ya le dije que estoy seguro.

—¿Es éste el hombre?

—Sí.

—¿No tiene dudas al respecto?

—No.

—Un momento, un momento —gritó Hastings, poniéndose en pie de un salto—. El abogado defensor tiene dos fotografías, una se la ha sacado del bolsillo mientras no le veíamos.

—Conforme —respondió Mason—. Mostraré al testigo ambas fotografías. ¿Son las dos fotografías de la misma persona?

—Sí.

—Déjeme ver las fotografías —pidió Hastings.

—No faltaría más —Mason se las entregó al fiscal del distrito.

—¡Un momento! —gritó Hastings—. Esto no es jugar limpio con el testigo. Son dos fotografías distintas.

—Él acaba de jurar que son fotografías de la misma persona —respondió Mason.

—El testigo debió ser advertido…

—¿Advertido de qué? —preguntó Mason.

—Que esta segunda fotografía no es la de Willmer Gilly.

Mason se volvió al testigo.

—¿Ve usted alguna diferencia entre estas dos fotos, señor Kirby?

El testigo bizqueó algo, cogió las fotografías, echó la cabeza atrás y dijo:

—Me parecen iguales. No veo muy bien sin llevar mis gafas.

—¿Lleva usted sus gafas siempre?

—Sí.

—¿Por qué no las lleva hoy?

—Bueno…

—¿Por qué?

—Bueno, me las olvidé en mi habitación.

—¿No le sugirió nadie que sería mejor olvidarse de ellas?

—Pues, se me dijo que si venía con mis gafas, al hacer una identificación, las cosas se volverían difíciles para mí.

—¿Por qué?

—Sólo me dijeron que las cosas serían difíciles.

—¿Quién se lo dijo?

—El fiscal del distrito.

—¿Y le dijo que se dejara las gafas en su habitación?

—Dijo que sería una buena idea.

—¿Se lo propuso porque no llevaba usted gafas en la noche del

diez?

—Hombre, no se puede ir con lentes cerca del agua cuando hay niebla. Es preferible no llevarlas. Se ve mejor sin gafas que con ellas puestas. La niebla empaña los cristales y se pasa uno todo el día limpiándolos.

—¿Así, que no llevaba usted gafas en la noche del diez?

—Ya le dije que había niebla.

—Entonces, cuando usted vio al hombre a quien más tarde identificó como Willmer Gilly no llevaba puestos sus lentes.

—Ya le he dicho que no llevaba. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

—Sólo intento confrontar su testimonio —respondió Mason—. ¿Las llevaba puestas cuando vio por primera vez a Gilly?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Y cuando vio a la señora Bancroft?

—No, pero la reconocí muy bien.

—Cierto, usted la reconoció —dijo—. Pero eso se debe a que la conoce desde hace años. Sin embargo, no lleva puestos los lentes ahora, y acaba de atestiguar que las fotografías eran del mismo individuo.

»Ahora, si el Tribunal lo permite, quisiera que marcaran la segunda fotografía. Pienso presentarla más adelante para identificación, como prueba número dos de la defensa.

—Aceptado —dijo el juez Hobart.

—Manifiesto mi oposición a este tipo de examen —saltó Hastings—. Con él sólo trata de aturdir al testigo.

Mason sonrió al juez.

—No fui yo quien le pidió que se olvidara los lentes, señoría. El testigo identificó una fotografía, que había sido propuesta por la acusación, como de Willmer Gilly, la persona que estuvo en el club náutico en la noche del diez con mi defendida. Yo me he limitado a mostrarle dos fotografías y preguntar si eran de la misma persona. Él dijo que sí.

—El resultado es positivo —habló el juez Hobart—. La segunda fotografía queda aceptada como prueba número dos de la defensa.

—Puedo ver muy bien sin mis lentes —dijo Kirby—. Por eso no

los llevo cuando estoy cerca del agua, especialmente de noche.

—Lo comprendo —aseveró Mason—. La humedad en los cristales es un fastidio.

—Eso mismo.

—Y puesto que era una noche con niebla la del diez, usted no los llevaba.

—Bueno, no había mucha niebla a primera hora de la noche, pero sí humedad. Luego, cuando aumentó la niebla, hubiera sido inútil llevar puestos los lentes. No se ve nada.

—Gracias —dijo Mason—. No tengo más preguntas.

Hastings vaciló un momento; luego dijo:

—Desisto.

—Llame a su próximo testigo —ordenó el juez.

—Que el sheriff Jewett, del condado de Orange, suba al estrado —pidió Hastings.

El sheriff testificó haber recibido un informe de su ayudante sobre un yate abandonado en la bahía, con un cadáver. Y que él subió a bordo hacia las cuatro de la tarde. Que tan pronto vio el cadáver, valiéndose de un hombre al servicio de guardacostas, remolcaron el yate y lo anclaron junto al club «Blue Sky Yatch», para que pudieran estudiarse las huellas dactilares de Willmer Gilly, tendido sobre su estómago, cara a la proa del yate. Su cadáver se hallaba en la cabina principal, con un agujero de bala en el corazón. Que ordenó el traslado del cadáver al depósito judicial, donde un cirujano forense recuperó la bala, que, entregada a él, fue identificada, y luego presentada como prueba de la acusación oficial.

—¿Identificó usted el cuerpo? —preguntó Hastings.

—Sí, señor. Se trataba de Willmer Gilly.

—¿Averiguó usted dónde vivía el finado antes de su muerte?

—Sí, señor.

—¿Dónde vivía?

—En los apartamentos de Ajax-Delsey. Bueno, más que apartamentos, son en realidad habitaciones donde se puede cocinar.

—¿Visitó usted la habitación del muerto?

—Sí.

—¿Qué halló usted?

—Una cama de hierro, con un colchón delgado lleno de bultos;

cuatro mantas del ejército y dos almohadas; dos sillas de respaldo recto, y otra con el asiento demasiado lleno; un lavabo, un fregadero y una pequeña ducha; unos cuantos platos y un fogón eléctrico.

—¿Había sábanas en la cama?

—No había sábanas.

—¿Y fundas en las almohadas?

—No tenían funda. Sobre una de las almohadas había una toalla muy sucia.

—¿Había armario?

—No, señor. Pero sí un pequeño hueco en la pared donde había colocado un tubo de lado a lado, con seis colgadores. Sólo tres perchas aparecieron con unos pantalones, una gabardina y una americana sport.

—¿Algo más?

—Sí, señor. Tenía un equipo de inmersión completo, con sus correspondientes botellas. Por la etiqueta del traje se supo que había sido alquilado a Valley View Skying Diving Outfitters, por tiempo de una semana.

—¿Qué más, sheriff?

—Sobre una desvencijada mesa de cocina había una botella con salsa, un plato con restos de alubias en conserva, cuchillo, tenedor y cuchara, y una taza de café. En una nevera pequeña hallamos un envase de cartón de litro medio lleno de leche, una lata de alubias con tocino medio vacía, unos doscientos gramos de mantequilla y otro tanto de hamburguesas crudas.

»Sobre la nevera encontramos un estante con dos latas de judías, otra de *chili* con carne, una botella pequeña de salsa Tabasco, un paquete de azúcar medio vacío, dos botellas con agua, dos tazas de café, dos platos pequeños y cuatro grandes, y un jarrito con una asa rota.

»En el cajón de una mesa había algunos cuchillos, tenedores y cucharas. Una cacerola de aluminio bastante abollada que, aparentemente, había sido usada para calentar alubias, se hallaba sobre el fogón. Y, finalmente, medio pan en rebanadas sobre la mesa.

—¿Había mantel?

—No.

—¿Algo más?

—He mencionado todo lo que puedo recordar —dijo el sheriff—, pero tomé un juego completo de fotografías del apartamento tal como lo encontramos.

—¿No se había tocado nada cuando fueron hechas las fotografías?

—No, señor.

—¿Fueron hechas por usted, o bajo su vigilancia?

—En mi presencia, señor.

—Ruego que esas fotografías sean admitidas como evidencia de cargo —dijo Hastings.

—No hay objeción —habló Mason.

—Conforme —respondió Hastings, que se volvió al sheriff—. En cuanto a la bala que usted ha identificado, ¿de qué calibre es?

—Del 38.

—¿Puede usted saber por la marca de las estrías qué arma la disparó?

—Sí, fue disparada por un revólver «Smith y Wesson».

—Sheriff, ¿preguntó usted a la acusada sobre un revólver «Smith y Wesson» del calibre 38?

—Sí.

—¿Recibió usted respuesta?

—Dijo que tenía instrucciones de no hablar con nadie, y que a su tiempo contaría su historia, y, hasta entonces, nada diría.

—¿Preguntó usted a su marido, Harlow Bancroft, sobre el arma?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Lo mismo que su esposa.

—¿Buscó usted en el registro de armas de fuego para saber si había comprado un arma?

—Sí.

—¿Y que halló?

—Que el 15 de junio del año pasado había comprado un revólver del calibre 38, «Smith y Wesson», número 133347.

—¿Le pidió usted que mostrara el revólver?

—Sí.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Que no tenía disponible el arma.

—¿No le invitó a explicarse?

—Sí.

—¿Dio alguna explicación?

—No, señor.

—Bien, aparte de los accesorios relatados y que halló en el apartamento del difunto Willmer Gilly, ¿encontró algo más debajo de la cama?

—Sí, señor.

—¿Qué fue?

—Una máquina de escribir portátil, *Monarch Ten*.

—¿Tuvo usted ocasión de estudiar esta máquina?

—Sí, señor. Escribí el alfabeto, en mayúsculas y minúsculas, sobre una hoja de papel.

—Ahora, sheriff, le muestro una nota en que se exigen tres mil dólares, que habían de colocarse en una lata de café, según instrucciones posteriores dadas por teléfono, y le pregunto si la reconoce.

—Sí, la reconozco, señor.

—¿Cuándo vio usted esta nota por primera vez?

—Me fue entregada por un empleado de una playa pública de lago Merticito. Dijo que le había sido entregada por…

—No importa lo que dijo —interrumpió apresuradamente Hastings—. Pero sí le preguntaré si comparó la letra de la máquina que escribió la nota con la muestra que usted tomó de la *Monarch Ten* hallada en la habitación del difunto Willmer Gilly.

—Sí, señor; lo hice.

—¿Con qué resultado?

—Estudiada la impresión de las letras, no hubo dudas en cuanto a que la nota de chantaje había sido escrita en la habitación de Willmer Gilly.

—Volvamos al proyectil causante de la muerte —propuso Hastings—. ¿Comparó aquella bala con alguna otra?

—Sí, señor.

—¿Con qué otra bala?

—Harlow Bancroft es propietario de un refugio de alta montaña, a unos cuarenta y cinco kilómetros de San Bernardino. Pues bien, estuve allí y busqué. El refugio está situado en una propiedad que comprende algo más de dos acres. En la parte de atrás del edificio

hallé un blanco grueso de Celotex, con un respaldo de madera. El blanco había sido colocado cerca de un embarcadero.

—¿Qué más averiguó usted?

—Quité el Celotex y hallé varios proyectiles empotrados en la madera. La mayoría de estas balas eran de calibre 22, pero tres eran del 38. Excavé cuidadosamente alrededor del blanco y hallé muchas más del 22, y también media docena del 38.

—¿Posee usted en su oficina lo que llamamos microscopio de comparación?

—Sí, señor.

—¿Este microscopio se usa para comparar balas?

—Sí, señor.

—¿Comparó usted la bala presentada como prueba con cualquiera de las balas que recuperó de la propiedad de los Bancroft?

—Sí, señor; las comparé todas.

—¿Con qué resultado?

—Hallé dos balas de un tamaño adecuado para la comparación.

—¿Resultado?

—Que ambas habían sido disparadas con la misma arma que disparó la bala causante de la muerte.

—¿Sacó fotografías que demostraban que este proyectil se sobreponía sobre los recuperados?

—Sí, señor. Aquí están las fotografías que demuestran cómo las estrías encajan perfectamente. La bala homicida es la de arriba y las recuperadas las de abajo.

—¿Cada una de estas tres fotografías representa una bala recuperada distinta?

—Así es. La bala superior de cada fotografía es la bala hallada en el cuerpo de Gilly, o, más bien, su parte superior. La inferior es en cada caso la porción más baja de una de las tres balas recuperadas.

—Solicito que las tres fotografías sean incluidas como prueba testifical —dijo Hastings.

—No hay objeción —respondió Mason.

Hastings se volvió a éste con una sonrisa de triunfo.

—¿Quiere hacer alguna pregunta?

Mason respondió con aire displicente:

—Tengo algunas preguntas que hacer.

Luego se situó frente al estrado del sheriff.

—Según usted, la nota del chantaje fue escrita en una portátil *Monarch Ten* que halló en la habitación del finado.

—Sí, señor.

—¿Toda la nota fue escrita en esta máquina?

—No puedo jurar que cada letra de cada palabra pertenezca a la misma, pues soy representante de la ley y no un experto en documentos. Sin embargo, hallé un par de tipos defectuosos en la máquina, que se repiten en las letras de la nota.

—¿A qué hora subió a bordo del *Jinesa*?

—A las tres cincuenta y cinco de la tarde.

—¿El guardacostas estaba allí cuando llegó usted?

—Sí, señor.

—¿Avisaron a usted por teléfono con anterioridad?

—Sí, señor.

—¿Y se encaminó seguidamente al lugar donde el yate fue hallado?

—Sí, señor.

—¿Estaba el yate a la deriva cuando fue descubierto?

El sheriff sacudió la barbilla.

—Francamente, no lo sé. Aunque creo que sí; pues se balanceaba cuando llegué. La marea había empezado a ceder.

—¿Estaba anclada la embarcación?

—Había un ancla fuera.

—¿Con cuánta cadena?

—No mucha. Sólo unos cuantos metros.

—¿Qué quiere decir con unos cuantos metros? ¿Ocho? ¿Diez? ¿Veinte?

—Entre quince y veinte.

—¿Y trasladó usted el yate?

—Ordené que lo remolcasen para poder llevar el equipo de investigación a bordo. Teníamos que hacerlo.

—¿Marcó usted el lugar exacto donde estaba el yate cuando lo encontró?

—Bueno, el lugar exacto, no. Claro que, aproximadamente, lo sé.

—Pero con veinte metros de cadena y el ancla fuera, usted no podía remolcar el yate.

—Recogimos el ancla y la subimos a cubierta.

—¿Y entonces lo remolcaron?

—Sí.

—¿Y no sabe el lugar exacto donde se hallaba el yate?

—Aproximadamente, sí.

—¡Pero con exactitud!

—Admito que no podría colocarlo *exactamente* en el mismo lugar.

—¿Cómo estaba la marea en aquel momento?

—No lo sé de seguro. No obstante, la imagino alta, si bien en proceso decreciente.

—¿Volvió allí con marea baja para investigar el fondo del lugar donde hallaron el yate?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque hacía tiempo que no había subido nadie a bordo, y era evidente que la embarcación había sido desplazada por la marea alta, hasta que el ancla se afianzó en el fondo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por varios descubrimientos que hicimos. El bote seguía sujeto al yate, y el ancla había estado colgando de unos quince o veinte metros de cadena.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Por evidencia circunstancial.

—¿Cómo sabe usted que el yate no había sido llevado y anclado allí?

—No había motivo para hacerlo.

—¿Y si alguien hubiera tenido un motivo para hacerlo?

—Realizamos una cuidada investigación de la playa, y no hallamos indicios de embarcaciones que hubiesen tocado la arena. Eso nos hizo pensar que el yate fue a la deriva con el ancla a rastras.

—¿Es sólo una conclusión?

—Debida a evidencia circunstancial.

—Así, usted no sabe *exactamente* dónde halló la embarcación.

—Ciertamente, sí. La hallamos a unos trescientos cincuenta metros de…

—¿Lo midió? —interrumpió Mason.

—No.
—¿Cuando dice unos trescientos cincuenta metros, hace sólo un cálculo?
—Sí.
—¿Podría volver y señalar la situación exacta del lugar?
—Ya he contestado esa pregunta.
—¿Sabe el rato que la embarcación estuvo allí hasta que usted la encontró?
—Probablemente fue arrastrada por la marea alta durante la noche anterior.
—¿Cuál es la base en la que se asienta esa suposición, sheriff?
—Sabemos casi exactamente cuándo Gilly encontró la muerte, cuándo fue visto en el embarcadero y cuándo fue llevado a bordo del yate. También sabemos que comió alubias en conserva en su apartamento. Y la muerte ocurrió dentro de las dos horas siguientes a su última comida. Por lo demás, es evidente que el yate navegó a la deriva con la marea, pues no sopló viento alguno.
Mason dijo:
—Comprobemos esas mareas, sheriff. Le muestro una tabla de mareas. Observe cómo indica que la marea alta del día diez, en realidad, ocurrió a primera hora de la mañana del once, es decir, a las 1.15.
—Eso es cierto.
—La siguiente subida, de acuerdo con la tabla, fue a las 2.32 de la tarde del once.
—Así es, señor.
—¿Y encontró el yate con marea baja?
—La marea baja muy rápidamente, pero aún no era del todo marea baja.
—Y usted ordenó enganchar la embarcación y la remolcaron rápidamente al embarcadero.
—Una vez en el yate, ordené que lo remolcasen donde pudiéramos hacer el trabajo de investigación.
—Eso es todo —dijo Mason.
Hastings intervino.
—Con la venia del Tribunal, voy a llamar a otro testigo, Stilson L. Kelsey. Este hombre es parcialmente hostil. No puedo responder de él, pero quiero su testimonio porque es vital.

—Bien —aceptó el juez Hobart—. Que el señor Kelsey suba al estrado.

Kelsey se presentó con un aspecto algo distinto del hombre que Mason había conocido en el apartamento de Eve Amory. Llevaba cortado el pelo, su traje y zapatos eran nuevos, y mostraba completa seguridad en sí mismo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el fiscal.

—Stilson L. Kelsey.

—¿Cuál es su ocupación?

—Me niego a responder.

—¿Por qué?

—La respuesta me incriminaría.

—¿Conoce usted… o conoció al difunto Willmer Gilly, en vida?

—Sí.

—¿Tenía negocios con él?

—Sí.

—¿Planearon juntos una operación que había de culminar en la noche del diez?

—Sí, señor.

—El diez de este mes, ¿cuál era su ocupación, señor Kelsey? La pregunta se refiere sólo al diez de este mes.

—Bueno, no tenía ocupación *fija*.

—¿Cómo se gana la vida?

Kelsey suspiró hondo y dijo:

—Recibía donativos de diversas personas.

—¡Vamos, hable de una vez! —se impacientó Hastings—. ¿Cuál es la naturaleza de su ocupación? ¿Por qué recibía donativos?

Kelsey se irguió, y, cruzado de piernas, dijo:

—Chantaje.

—¿Llegó usted a un acuerdo con Willmer Gilly sabiendo que el chantaje era contra algún miembro de la familia Bancroft?

—¡Protesto! El interrogatorio del señor fiscal es improcedente —clamó Mason.

—Me propongo demostrar que el interrogatorio es conveniente y que hay motivos que lo justifican —respondió Hastings—. El testigo es la clave del caso. Su testimonio va a ser importantísimo y de gran significación. Estoy dispuesto a renunciar al chantaje con tal de esclarecer un asesinato.

—No ha lugar la protesta —dijo el juez Hobart—. El Tribunal quiere llegar al fondo de este asunto. Siga.

—Conteste a la pregunta —invitó Hastings.

Kelsey lo hizo.

—Gilly me contó una historia.

—¿Qué historia?

—¡Un testimonio de oídas! —exclamó en tono sarcástico Mason.

—Me propongo demostrar que forma parte del *res gestae* —aclaró Hastings.

El juez Hobart frunció el ceño.

—¿Tiene esa historia que ver con sus relaciones comerciales con Gilly, señor Kelsey?

—Sí, señoría.

—Autorizo el testimonio —declaró el juez Hobart.

Kelsey continuó:

—Gilly se había hecho muy amigo de un hombre que vivía en la misma casa de huéspedes que él.

—¿Cuál es la casa?

—Apartamentos Ajax-Delsey.

—Bien; siga.

—Gilly me aseguró que se había hecho muy amigo de un hombre llamado Irwin Víctor Fordyce, el cual tenía un *pasado*, que le había confiado. Por lo visto, fue la primera vez que confiaba un secreto a un extraño. Lo hacía por amistad, y porque confiaba en la discreción de Gilly.

—¿Fue esa la razón o causa de que usted empezase a trabajar sobre aquella historia?

—Sí.

—¿Y dio pie a su asociación con Gilly?

—Sí.

—¿Cuál era la historia?

—¡Protesto! —clamó Mason—. Un testigo de oídas no es viable ante un Tribunal.

—Denegada la protesta. Quiero oír la historia —respondió el juez.

—Bien —dijo Kelsey—. Parece que Fordyce era nombre supuesto, y que el auténtico estaba relacionado con una familia de mucha alcurnia social. Por otra parte, de conocerse la identidad de

Fordyce y sus antecedentes criminales, la boda de Rosena Andrews y Jetson Blair no se realizaría.

—¿Qué sucedió?

—Sin que Fordyce se enterase, Gilly y yo decidimos usar la información a nuestro beneficio y convertirla en dinero.

—¿Qué hicieron ustedes después de esa decisión?

—Sencillo. Me informé sobre las familias y supe que a la de Bancroft le sobraba el dinero, y que los Blair eran fuertes en posición social. Me pareció fácil sacar dinero a la familia Bancroft.

—¿Cuánto?

—Mil quinientos dólares en un mordisco y mil en otro.

—¿Es cuanto intentaba conseguir?

—Ciertamente, no. Esta primera parte estaba encaminada a probar la información que teníamos. Además, mil quinientos dólares y otro de los grandes valían la pena como operación de tanteo, sin alarmar a Rosena Andrews. Si pagaba, sería indicio claro de buena disposición a convertirse en filón explotable. Si ella pagaba mil quinientos dólares y su madre otros mil, esperaríamos una semana a tirar otro anzuelo para una presa mayor, y así hubiéramos continuado hasta conocer el límite. Ése era nuestro concertado propósito.

—¿Y qué sucedió?

—Escribimos una nota y la pusimos en el asiento delantero del coche de Rosena. No quisimos mandarla por correo. Gilly tenía una máquina de escribir y era buen mecanógrafo. Yo no podía con todo. Así que Gilly escribió la nota. No obstante, me la enseñó, y estuve de acuerdo.

—¿Y qué decía la nota?

—Que Rosena tenía que pagar mil quinientos dólares de acuerdo con las instrucciones que le daríamos por teléfono, a menos que deseara que la información se hiciese pública, sumiendo en la desgracia a toda la familia.

—¿Y eso era parte de una simple prueba? —preguntó Hastings.

—Exacto. Gilly abordó a la acusada y le endosó la misma historia, que ella decoró con mil. Claro que ignoraba que su hija fuera objeto de otra demanda.

—Siga. ¿Qué sucedió?

—Vigilamos hasta que estuvimos seguros de que Rosena había

recibido su nota. Cuando subió a su automóvil, vio la nota en el asiento delantero, la cogió, la leyó un par de veces, y luego puso en marcha el vehículo.

—¿Qué más?

—Bueno —dijo Kelsey, rencoroso—, sin mi conocimiento, y después de haberme enseñado la nota, Gilly tachó los mil quinientos dólares y elevó la cantidad a tres mil.

—¿Sin decírselo a usted?

—Sin decírmelo.

—¿Por qué lo hizo?

—Quería otros mil quinientos para él solo. Según lo acordado, alquilamos una barca para aproximarnos a la casa de los Bancroft. Gilly era submarinista. Habíamos planeado representar el papel de aficionados a la pesca. Gilly llevaría su equipo a bordo. Y se zambulliría para estar en un lugar determinado, y a una hora concertada con Rosena Andrews para echar el dinero en una lata al agua. En ese preciso momento, mi socio nadaría por debajo de la canoa de ella, y cogería el bote tan pronto cayese. Luego había de nadar hasta la playa donde no pudiera ser visto y yo lo recogería allí para simular que seguíamos de pesca. Gilly se cambiaría de traje, y aunque se hubieran chivado a la policía, no podrían pillarnos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hastings.

—Creo que ya todo el mundo sabe qué sucedió —dijo Kelsey—. Le dijimos que pusiera el dinero en un bote rojo, y la mala suerte hizo que hubiera dos. Uno, el vacío, alguien debió tirarlo después de haberlo usado para llevar cebo de pesca, y el otro contenía el dinero. Y sucedió que una esquiadora acuática lo cogió y lo entregó a la policía. Gilly se apoderó del que había sido usado para la pesca.

—¿Descubrió el asunto de él?

—Después de leer en la prensa lo sucedido, hablamos de su engaño.

—¿Qué quiere decir «engaño»?

—Que intentase obtener tres mil en vez de mil quinientos, y quedarse con la mitad.

—¿Y qué dijo él?

—Juró que no había realizado el cambio en la carta y que el engañado era él. Entonces me acusó de haberlo hecho yo para

conseguir mil quinientos extras.

—Bien, ¿qué ocurrió?

—Bueno, después de enterarnos de que nos habíamos equivocado al coger la vacía, Gilly llamó a Rosena y la acusó de no haber seguido las instrucciones. Ella sospechó que sería un periodista entrometido y colgó. Entonces, mi amigo se fue a ver a la madre, que lo invitó a salirle al encuentro en el embarcadero del club náutico, para ir juntos al yate, donde le pagaría. Finalizada la operación le devolvería a tierra, de modo que ambos estuvieran seguros de no haber sido vistos por nadie, ya que sospechaba ser vigilada por detectives privados, y quería reserva absoluta.

—¿A qué hora tenía que encontrarse con ella?

—A las siete.

—¿Sabe usted si se efectuó el encuentro?

—Estoy diciendo lo que les oí por teléfono, y lo que me contó Gilly. Lo único que sé de cierto es que Gilly partió hacia el club y que fue la última vez que lo vi.

—Puede interrogarlo —dijo Hastings a Mason.

—¿Cómo se encaminó hacia el club náutico? —preguntó Mason.

—No lo sé. La última vez que estuve con él fue mientras comía en su habitación, sobre las seis y media. Siempre se compraba alubias y carne de cerdo en conserva. Nuestra última charla se desarrolló entre grandes bocados de comida. Según me dijo, tenía que irse antes de las siete, y que antes de medianoche tendríamos los tres mil dólares.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Me fui a resolver negocios míos. Después regresé al Ajax-Delsey, donde también tenía habitación y me cansé de esperar a Gilly. Pasada la medianoche, sospeché que había recogido los tres mil grandes y había puesto pies en polvorosa para no repartir conmigo.

—¿Sabía usted que Gilly era amigo de Irwin Fordyce?

—Cierto.

—¿Y que la amistad indujo a Fordyce a confiar en él?

—Sí.

—¿Y que había usado deliberadamente aquella información para hacer chantaje?

—¡Sí, sí! —gritó Kelsey—. No soy un ángel. No intento parecer

un ángel. Gilly era tan malvado como yo.

—¿Tenía usted intención de engañar a Gilly? ¿Planeó forzar a Eve Amory a firmar un papel diciendo que los tres mil dólares hallados en el bote de café eran de ella, y que la idea fue un truco publicitario, pero entonces la forzaría a entregarlos a usted, bajo amenaza de chantaje?

—Cierto. Usted me cogió en eso. Gilly intentaba engañarme y yo trataba de hallar una compensación. No éramos socios según el auténtico sentido de la palabra. Gilly carecía de experiencia, y por eso me pidió ayuda. Luego se imaginó que podía engañarme dejándome con un palmo de narices. Yo decidí cubrirme con una especie de seguro.

—¿Ha ido al fiscal del distrito con toda esta información para ganar inmunidad en cuanto al chantaje?

—¿Qué hubiera hecho usted? —preguntó Kelsey.

—¡Soy yo quien pregunta! ¡Conteste!

—Sí.

—¿Y el fiscal del distrito le dio dinero para un corte de pelo, y traje nuevo y zapatos, a fin de causar buena impresión ante este Tribunal?

—El fiscal no.

—¿El sheriff?

—Sí.

—¿Ha recibido usted promesa de inmunidad por parte del fiscal?

—Siempre que diga la verdad en el estrado de los testigos.

—¿Y cuál fue su definición de la verdad?

—Bueno, tenía que ser una historia absolutamente sin agujeros.

—En otras palabras —dijo Mason—, si usted contaba una historia que resistiera mi examen, se supondría que era la verdad. ¿Es así?

—Bueno, algo parecido.

—Si yo fuera capaz de demostrar que usted miente, ¿entonces no tendría inmunidad alguna?

—Bueno, eso debe de ser su final. Naturalmente no lo expresó así. Se suponía que yo diría la verdad. Si era la verdad, nadie encontraría agujeros en mi historia. Luego se imponía una historia consistente, para salir bien librado.

—Resumiendo —dijo Mason—, si su historia es lo bastante

buena para condenar a la procesada, usted no será acusado.

—Bueno, ahora es usted quien lo interpreta a su modo —exclamó Kelsey—. No fue así exactamente como el fiscal me lo pintó, y tampoco voy a consentir que usted moje el papel. Acordamos que si yo contaba mi historia sin agujeros, de modo que la verdad aguantase ante el Tribunal, como lo había hecho ante el fiscal, no tenía que preocuparme para nada absolutamente de una acusación de chantaje.

»Y ahora seré franco con usted, señor Mason. No soy un ángel. He estado metido en líos y por eso me negué a contestar cuál era mi ocupación. No quiero comprometerme. La promesa de inmunidad sólo cubre el último chantaje. Estoy dispuesto a contestar a todas las preguntas en cuanto a esto y diré la verdad aunque me salpique de lodo.

»Ahora bien: no se olvide que yo trataba con un hombre que no era mi socio. Me propuso que lo ayudara y empezó a engañarme desde el principio.

—En la noche del diez, cuando Gilly fue muerto, ¿dónde estuvo usted?

Kelsey se sonrió.

—Tengo una coartada dulce. Echaba el anzuelo a Eve Amory en el mismo momento en que se cometía el asesinato. Después regresé a mi habitación y esperé allí toda la noche. Estuve levantado hasta pasada la medianoche, a la espera de Gilly. Cuando comprendí que no vendría, dejé de preocuparme. Después de todo, Eve Amory haría las cosas a mi modo.

»Todo el mundo la acusaría de haber hecho algo gordo para conseguir publicidad, pero eso no rascaba mi piel. Tendrían que devolverle los tres mil dólares, y yo me alzaría con toda la pasta.

—¿Y qué sucedió con Irwin Víctor Fordyce? —preguntó Mason.

—¡Regístreme! No sé nada de eso. Sólo que estaba rabioso, y que se lo tomó muy mal cuando supo que Gilly lo había traicionado al hacer chantaje a su familia. El hombre temía que más pronto o más tarde la policía entraría en el juego y averiguaría de qué se trataba. Pero él quemaba tanto como una pistola de tres dólares, y decidió que la discreción era la mejor solución que podía adoptar.

—¿Qué quiere decir con que quemaba tanto como una pistola de tres dólares?

—¡Pues eso! Se había metido en un asunto feo y la policía lo buscaba. En cuanto vio la nota del chantaje en la prensa, supo que la manteca estaba en el fuego y decidió quitarse de en medio.

—¿Habló alguna vez con él?

—¡En mi vida! —exclamó Kelsey—. Lo conocí porque teníamos habitación en el mismo edificio, pero sólo era amigo de Gilly, no mío. Él no me conocía.

—Pero sí Gilly.

—Claro, Gilly sí. Yo tengo reputación de… Bueno, eso no importa. El caso es que Gilly quiso poner anzuelo a los Bancroft, y pensó que yo podría aconsejarlo.

—Y usted lo hizo.

—No lo niego.

—¿Y estuvo en la habitación de Gilly en la noche del crimen?

—¡Ajá! Poco antes de las siete. Entre las seis y media y las siete.

—¿Y qué hacía Gilly?

—¡Ya lo dije! Comía muy de prisa porque tenía que irse. Según él, todo estaba concretado para conseguir tres de los grandes que reemplazarían el dinero resbalado de nuestros dedos. Estaba seguro de regresar antes de medianoche.

»Su cena consistía en alubias en conserva y pan, como era su costumbre.

—¿Café no? —preguntó Mason.

—Bebió leche. No tomaba café de noche, aunque sí por la mañana. Se lo repito, señor Mason, el hombre no era mi socio. Era sólo un… Bueno, vino a mí en busca de ayuda, eso es todo.

—¿A qué hora regresó usted de su excursión nocturna?

—No lo sé. Probablemente… entre las nueve y nueve y media.

—¿Y ya no salió de su habitación?

—De mi habitación fui a la de Gilly por lo menos media docena de veces, para ver si había regresado.

—¿Entró en ella?

—No tenía llave, y la puerta estaba cerrada. Me contenté con ver si había luz en el interior. Después de medianoche golpeé la puerta por si había llegado y en vez de venir a mi habitación se había acostado en la suya. Volví a intentarlo hacia la una de la madrugada, si bien para entonces había llegado a la conclusión de que era objeto de un segundo engaño. Gilly habría recogido los tres

grandes y decidió poner polvo de por medio. Me consolé diciéndome que me estaba bien empleado por confiar en un bribón de a cuatro como Gilly.

—¿Y cómo planeó su propio *seguro*?

—Ya lo dije. Eve Amory diría que fue un ardid publicitario. Después de eso tendría derecho al dinero. Los Bancroft nunca abrirían los labios para contradecirla. Eso los hubiera obligado a explicar a la policía lo del chantaje. Así, la jugada era perfecta, con todos los triunfos en mis manos. Gilly podía engañarme y llevarse los tres mil, pero yo no me quedaría sin cobrar otros tantos. Estaríamos en paz. Luego vendría la segunda parte, con el campo libre para explotar solo aquel chantaje, apenas pinchado. Tenía el propósito de rematar la operación con diez de los grandes, si los Bancroft pagaban. La última jugada sería presionar a Gilly para que soltase la mitad de lo suyo.

—¿No se quedaba usted su mitad? —dijo Mason.

—Del modo que yo lo hacía, era un trato por separado con Eve Amory. Ese negocio no le afectaba.

—¿Y cómo pensaba sacarle la mitad de los tres mil dólares dados por la procesada?

—Bueno —contestó Kelsey despacio—, hay sistemas. En mi negocio se cuenta con medios para asegurar que la gente que engaña pague.

—¿Cuál es su negocio?

Kelsey se rió.

—Ahora volvemos donde empezamos. Le dije que no hablaría de mi negocio. Nadie me ofrecerá inmunidad por otra cosa que no sea el chantaje.

—¿Y consiguió usted esa inmunidad?

—Eso creo.

—Será siempre que su historia carezca de agujeros, ¿verdad?

Kelsey exclamó:

—Usted intenta hacer un agujero, señor. Estoy diciéndole la verdad y se empeña en hallar algún fallo. No soy tan tonto como para hacer un trato con el fiscal y luego decir algo que ponga a mi cuello un lazo. Si mi historia tiene fundamento, consigo la inmunidad. Si no lo tiene, no la consigo. Pueden decir muchas cosas de Kelsey, pero no que es tan bobo que no vea de qué lado está la

mantequilla en el pan.

—Luego usted tiene que demostrar la culpabilidad de la procesada en este caso.

—Mi interés radica en estar seguro de que digo la verdad —respondió Kelsey—. No me importa el efecto que haga. Si la señora Bancroft es condenada por un crimen, lo deberá a su mala suerte. Yo, por el trato que hice, digo la verdad y no me importa quien reciba.

—¿Sabía usted que Gilly iba al club náutico en busca de la señora Bancroft?

—Sabía lo que él me dijo.

—¿Y al no presentarse, se abstuvo de hacer indagaciones en el club?

—Me quedé en mi habitación y esperé su regreso. Ya tendría tiempo de cazarlo.

—¿Si le hubiera dado la mitad de los tres mil, habría hecho usted lo mismo con la cantidad recibida de Eve Amory?

—Señoría —saltó el fiscal—. Creo que esta pregunta es improcedente, y está fuera del examen legítimo. He dado a la defensa toda clase de facilidades, porque comprendo que el testigo de turno exige un examen detenido.

»Si hay algún agujero en su historia, estoy tan ansioso de averiguarlo como la misma defensa. Pero, ciertamente, preguntarle sobre lo que pensaba hacer en el caso de éxito de su asunto con Eve Amory, está fuera de los límites razonables.

—Su opinión me parece discutible —dijo el juez Hobart—. Con un testigo así, la defensa debe contar con toda clase de facilidades. Denegada la objeción.

—Bueno —dijo Kelsey—. Lo pondré de esta manera. Si Gilly hubiera jugado limpio conmigo, creo que hubiera repartido con él los tres mil. Sí, creo que lo hubiera hecho. Tengo que sostener mi reputación… pero recelaba mucho de Gilly después de su primer intento de engaño. La verdad es que no había ánimo amistoso en mí hacia el chico. Puesto que él se mostraba como un sinvergüenza, yo igualaría el trato y luego, en ningún aspecto, ya no querría saber nada más de él.

»Tenemos nuestro propio código de ética moral, como sucede en cualquier otro negocio, y la gente con quien trabajo tiene que hacer

honor a su buena reputación. Pero no quiero discutir ahora de mis negocios, señor Mason. Hablo sólo de esta operación, y eso es todo.

—Gracias —respondió sonriéndose—. Creo que no tengo más preguntas.

El fiscal Hastings dijo:

—Como próximo testigo llamaré al doctor Morley Badger, médico de la acusación y cirujano forense que hizo la autopsia.

El doctor Badger subió al estrado.

—Condicionaremos las conclusiones profesionales del doctor Badger, sujetas a derecho de comprobación.

—De acuerdo. Gracias —respondió el fiscal.

Éste se volvió al testigo.

—Doctor Badger, ¿fue usted llamado el once de este mes para realizar una autopsia?

—Sí.

—¿En quién realizó la autopsia?

—En Willmer Gilly, según el Gabinete de Identificación.

—¿Qué halló usted como causa determinativa de la muerte?

—Una bala, calibre 38. Había penetrado por el pecho y después de atravesar el corazón quedó alojada en la espina dorsal.

—¿Qué puede usted decir en cuanto a la muerte?

—Debió de ser instantánea.

—¿Pudo realizar algún movimiento después del disparo?

—No se concibe movimiento alguno después del disparo. La bala, no sólo atravesó el corazón, sino que se albergó en la espina dorsal. El único movimiento tenía que ser el de la caída de gravitación. El hombre debió desplomarse al ser alcanzado por el disparo.

—¿A qué hora realizó usted la autopsia?

—Sobre las nueve y media de la noche del once.

—¿Cuánto hacía que el hombre había muerto?

—Unas veinticuatro horas.

—¿No puede fijarlo con exactitud?

—Según el examen de la autopsia, debió morir entre las ocho y las once de la noche del día anterior. Ahora bien, las pruebas aportadas por la investigación policial ayudan a ser más exactos.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Que la muerte se produjo de una y media a dos horas después

de ingerir comida en conserva.

—Puede preguntar —invitó el fiscal a Mason.

—No hay preguntas —respondió éste.

—¿Qué? —exclamó el fiscal, sorprendido—. ¿No examina?

—No examino.

—Si el Tribunal lo desea, podemos dar por concluida la vista —anunció Hastings—. Sólo necesitábamos demostrar que se ha cometido un asesinato y que hay una causa razonable para relacionar a la procesada con el crimen. Creo que hemos establecido abundantemente ambas cosas.

—Así parece —contestó el juez Hobart—, a menos que la procesada o la defensa tengan algo que decir.

—La defensa solicita un aplazamiento hasta mañana por la mañana —pidió Mason.

—¿Pretenden adelantar la defensa? —preguntó el juez—. No es corriente en la vista preliminar. Advierto al abogado defensor que una vez establecida la evidencia de culpabilidad todo intento de discusión o procedimiento dilatorio está prohibido por las normas de este Tribunal. Ahora sólo importa demostrar que hay una causa razonable para establecer una acusación de delito. En cuanto a la veracidad de los testigos, es asunto a demostrar en el correspondiente juicio de pruebas.

—Gracias, señoría —respondió Mason—. No obstante, la defensa tiene derecho a una continuación razonable, y yo solicito un aplazamiento hasta mañana por la mañana, en que sabremos si podremos aportar diferentes testimonios de prueba.

»También me propongo hacer una declaración ante este Tribunal. Es evidente que la procesada no ha facilitado la labor de esclarecimiento a las investigaciones oficiales, y de ello me considero responsable, puesto que mi defendida obró así por consejo mío. Por otra parte, inmediatamente después del aplazamiento, habrá una conferencia de prensa, a fin de que la señora Bancroft explique a la prensa lo sucedido en la noche del asesinato.

—¡Señoría! —gritó Hastings, poniéndose en pie—. ¡Eso es inadmisible! La defensa pretende hacer una parodia de esta investigación judicial. La procesada permanece callada y no hace declaración alguna por consejo de la defensa, para después decidir

que hará público su testimonio a través de la prensa.

El juez Hobart razonó pensativo.

—La ley no se opone a que la procesada haga su declaración a la prensa en el momento en que la defensa lo decida. La ley tampoco obliga a la procesada a hacer declaraciones a los investigadores oficiales.

»Vistas las circunstancias concurrentes, el Tribunal aplaza el fin de esta vista, y se reunirá de nuevo mañana a las diez. Mientras, la procesada quedará bajo la custodia del sheriff. No obstante, si la procesada desea hacer una declaración a la prensa, no hay razón que impida al sheriff disponer el auditorio en este edificio.

El juez Hobart se alzó y abandonó el estrado.

El fiscal se acercó furibundo a la mesa de la defensa.

—¡Señor Mason! —gritó—. ¡No puede hacer una cosa así!

—¿Por qué no puedo? Ya oyó al juez. Es legal.

—Bien, si va a dar una conferencia de prensa, yo estaré presente, y *haré* algunas preguntas —dijo Hastings—. Usted pretende que su defendida cuente su versión sin que sea interrogada por la acusación.

—¿Forma parte de la redacción de algún periódico? —preguntó Mason.

—Acierta; mejor dicho, acertará; tendré credenciales de un periódico en cinco minutos.

—Consígalas —invitó fríamente Mason—, y se le permitirá asistir a la conferencia.

—Y formularé preguntas que la procesada no podrá responder… o no querrá.

—Si es usted miembro de la prensa, será bien recibido.

La sala bullía de excitación. Los fotógrafos de prensa, apiñados alrededor de la mesa de Mason, tomaban fotografías del airado fiscal y de la sonrisa del abogado defensor.

Hastings se volvió a los reporteros.

—¡Jamás oí nada parecido en mi vida! ¡Es fantástico! ¡Es ridículo! ¡Es suicida! Sólo pretenden ganarse la simpatía pública. Si la procesada quería contar su versión de los hechos, pudo hacerlo a los investigadores oficiales.

—Todos sabemos cómo llevan esas cosas los investigadores oficiales —respondió Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo: ni siquiera se han tomado la molestia de averiguar qué hay en el fondo marino de la bahía donde hallaron el yate.

—¿Qué espera encontrar en el fondo de la bahía?

—Las pruebas que demostrarán la inocencia de la inculpada. Entre ellas, el arma homicida.

»La más rutinaria técnica investigadora exigiría una exploración submarina para buscar al menos el arma homicida. Todo induce a suponer que el asesino, quienquiera que fuese, tiraría el arma por la borda.

»Pero, ¿qué han hecho? Usted y el sheriff investigaron el caso, y ni siquiera marcaron el lugar donde se quedó anclado el yate. Con ello han perdido para siempre la posibilidad de obtener pruebas definitivas para aclarar el caso. De ahí que la procesada ejerza su derecho de elegir el momento adecuado para hablar.

»Siempre hemos dicho que la procesada hablaría en tiempo y lugar oportunos.

—¡Está bien! ¡Espere unos minutos! —respondió el furibundo Hastings—. Voy a telefonear para que me envíen las credenciales. Pero, si está convencido de que hay pruebas en el fondo de la bahía, ¿por qué no lleva usted un buceador allí?

—Ignoramos el lugar —contestó Mason—. La embarcación fue remolcada por orden del sheriff.

Hastings no contestó; estaba demasiado enojado para pronunciar palabra. Su boca tembló con nervioso espasmo. Su rostro estaba mortalmente blanco. Sus manos, apretadas.

De repente, se giró y fue hacia donde estaban colocados los teléfonos.

Mason rogó al sheriff:

—Le agradeceré tome las medidas necesarias a fin de que dentro de cinco minutos podamos celebrar una conferencia de prensa en la biblioteca.

—Aclaremos antes una cosa —respondió el sheriff—. Usted me acusa de incompetencia.

—No acuso a *usted* de incompetente. He dicho que sus métodos de investigación son improcedentes.

—El significado es el mismo.

—Conforme —concedió Mason—. Si usted lo interpreta así, entonces le acuso de incompetente.

—¡Eh, un momento! —gritó un periodista—. ¿Intenta usted aguarnos la historia más fantástica del año? ¿De qué infiernos habla usted?

—Me voy a mi oficina —respondió el sheriff sin añadir más palabras.

Y otro periodista:

—Váyase a su oficina, sheriff, pero antes piense en sus amigos. Recuerde que nos quitamos las chaquetas a la hora de trabajar para su elección. Todos queremos mantenerlo en el rincón, pero como hay infierno, que tampoco deseamos perdernos una historia de tal magnitud.

»¿Se da cuenta de lo que significa una mujer rica acusada de asesinato, con adornos de chantaje? Los servicios de telégrafos comerán. Los periódicos metropolitanos reclamarán noticias. Usted no puede impedir que la procesada hable si lo desea. ¿Se imagina la conmoción que va a producir la noticia de que Perry Mason deja hablar a su cliente?

El sheriff, tras leve indecisión, dijo:

—Está bien. Sólo diez minutos para esa declaración a la prensa en la biblioteca.

—Tengan presente que sólo aceptaremos a los periodistas acreditados —advirtió Mason—. De otro modo, mi cliente no hablará.

—El sheriff y sus ayudantes estarán allí —clamó el representante de la ley.

—Naturalmente —Mason se sonrió—. La presencia de usted es deseada.

—Muy bien. Diez minutos en la biblioteca —recordó el sheriff.

Capítulo 20

Perry Mason se dirigió a la señora Bancroft:

—Por favor, siéntese aquí, cara a los representantes de la prensa, y cuente su historia.

Bancroft tiró de la manga al abogado.

—Mason —dijo en un susurro—. ¿Le parece apropiado? A mí me parece un suicidio.

—Creo que es sabido —respondió Mason—. Puede ser un suicidio, pero el riesgo está calculado.

Luego se volvió a ella.

—Señora Bancroft, empezaremos con unas preguntas preliminares. ¿Fue objeto de chantaje por parte de Gilly?

—Sí. Le había entregado mil dólares.

—¿Cuándo?

—Creo que fue el día ocho.

—Para evitar que descubra la naturaleza del chantaje, responda a mi pregunta. ¿Fue algo que usted había hecho?

—No.

—¿Fue por alguna información que él intentase vender, y que usted entendió afectaría a la felicidad de otras personas?

—Sí.

—Después de haber pagado ese dinero a Gilly, ¿cuándo volvió a verlo?

—A bordo de mi yate, el *Jinesa*, el día diez.

—¿Había estado a bordo antes con alguien más?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Irwin Víctor Fordyce.

—¿Lo llevó usted misma al yate?

—Sí.

—¿Y era el joven que Drew Kirby vio con usted aquella noche?

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó Hastings—. Estoy aquí representando a la prensa, pero no permitiré que usted ponga en labios de la señora Bancroft esas declaraciones. No podría hacerlo ante el Tribunal, y no voy a consentirlo aquí.

»Ahora comprendo por qué ha montado este tinglado. Sólo pretende poner sus palabras en boca de la acusada.

Mason respondió:

—Aquí sólo es usted un representante de la prensa, y no un fiscal. Llevo la entrevista a mi modo. ¡Siéntese y cállese!

—Como representante de la prensa no tengo obligación de sentarme ni de callar —dijo Hastings.

—Bien —amenazó Mason—. Yo llevo la batuta. Voy a decir las condiciones bajo las cuales hablará la señora Bancroft. Vamos, caballeros, ¿quieren que ella siga hablando a mi modo, o prefieren que se venga abajo la entrevista porque el fiscal, que está disfrazado de periodista, crea que las preguntas no son pertinentes?

Un coro de voces gritó:

—¡No! ¡No! A su modo. Queremos la historia. Nos gustaría a nosotros preguntarle después.

—Luego podrán preguntar cuanto quieran —dijo Mason—, pero va a contar la historia en condiciones que le sean favorables. Y no va a ser interrumpida por el fiscal, ni yo tampoco.

—Que siga ella —dijeron los periodistas.

—Aún protesto —insistió Hastings—. Yo…

—¡Cállese, Hastings! —gritó uno de los reporteros—. ¡Cállese ahora!

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Me atrevo a hablarle así porque soy un periodista de verdad. Represento a un periódico fuera de la ciudad, pero del condado. No consentiremos que mate una buena historia con tecnicismos de Tribunal.

Hastings empezó a decir algo, pero luego se calló.

—Bien, señora Bancroft, siga; díganos cómo sucedió —invitó Mason—. ¿Qué se proponía usted en cuanto a Fordyce? ¿Por qué lo llevó al club?

—Quería que se fuera en el yate lejos de aquí.

—¿Por qué?

—Para que Gilly no lo encontrara.

—¿Y por qué no quería que Gilly lo encontrara?

—Gilly… bueno, pensé que Gilly no era de fiar. Pensé que Gilly intentaría hallarlo y conseguir información de él y usarla contra mí y contra la gente a quien amo.

—¿Qué sucedió?

—Quise conseguir algún dinero para él. No llevaba mucho en mi bolso, por lo que recurrí a varios amigos que tenían dinero disponible. No diré sus nombres, pero reuní tres mil dólares. Tampoco hablaré de eso, por cuanto es muy comprensible que a ellos no les interese.

—¿Por qué no quieren?

—Siempre guardan varios miles de dólares en la caja fuerte de sus casas, y si se supieran sus nombres, podrían ser objeto de atracos.

—Conforme —admitió Mason—. Usted, una vez tuvo el dinero, remó de nuevo hasta el yate. ¿Qué sucedió cuando subió a bordo?

—El motor estaba en marcha. Até el bote, subí al yate y fui a la cabina. Entonces vi una figura en la proa, tirando de la cadena del ancla. Creí que era Fordyce. Encendí una luz y el hombre la vio. Acto seguido hizo un medio nudo en la cadena del ancla, se giró y vino a la cabina.

»Antes de entrar en la cabina puso en marcha el yate, que avanzó lentamente, arrastrando una cantidad indeterminada de cadena y el ancla.

—Siga.

—Entonces comprendí que no era Fordyce, sino Gilly. Le pregunté dónde estaba Fordyce, qué había hecho con él, y no contestó.

—¿Qué tiempo hacía?

—Había una espesa niebla.

—¿Y la embarcación avanzaba entre la niebla?

—Sí.

—¿Sin rumbo aparente?

—Hacia algún sitio previamente fijado por aquel hombre.

—¿Qué sucedió?

—Me asusté. Empecé a retroceder y él caminó lentamente hacia mí. Le pregunté otra vez dónde estaba Fordyce, pero continuó su

avance con las manos extendidas hacia mí como si intentara ahogarme.

—Mera suposición —intervino Hastings—. Usted no sabe si intentaba ahogarla.

—¡Cállese! —gritó el periodista de fuera de la ciudad—. ¡Ya le preguntaremos después!

La señora Bancroft siguió:

—Por su aspecto entendí que ésa era su intención. Avanzaba con las manos extendidas y amenazadora expresión.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Me sentí paralizada de temor. Luego recordé que llevaba un arma en mi bolso.

—¿Qué arma?

—La de mi esposo.

—¿Dónde la consiguió?

—Estaba en la mesita de noche. El arma estaba siempre allí.

—¿Qué hizo usted con ella?

—La saqué y, apuntando, le conminé a detenerse.

—¿Tenía el arma puesto el seguro?

—Era un revólver de seis tiros y le quité el seguro. Sabía hacerlo.

—¿Cómo aprendió a hacerlo?

—Mi marido quiso que aprendiese a disparar para defenderme en caso de necesidad. Siempre que vamos al refugio de montaña me hace disparar unos cuantos tiros al blanco.

—¿Con esta arma?

—Con esta misma.

—Bien —dijo Mason—. Siga con su relato.

—El hombre vaciló un momento, pero reanudó su avance. Yo seguía paralizada de terror.

»En aquel momento el ancla debió de tocar fondo y la embarcación sufrió un brusco parón, es decir, se balanceó fuertemente, perdí el equilibrio y apreté el gatillo.

—¿Qué pasó?

—Debí herirlo.

—¿Dónde?

—En el pecho.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque era allí donde apuntaba el arma cuando se disparó y él cayó hacia delante.

—¿Qué hizo usted?

—Eché a correr mientras se caía, y salté por la borda.

—¿Por qué saltó por la borda?

—Porque estaba asustada.

—¿Qué le asustaba?

—Willmer Gilly.

—Pero si usted acababa de dispararle y estaba muerto, ¿por qué le temía?

—No…, no lo sé. Creo que…, creo que yo en aquel momento no estaba segura de haberlo matado. Sólo deseaba salir del yate.

—¿Qué sucedió con el arma?

—No estoy segura. Intentaba volverla al bolso cuando salté. Creo que oí como daba sobre cubierta y caía al agua.

—¿Dónde estaba el bolso?

—En mi brazo. O sea, tenía la tira alrededor de la muñeca.

—¿Está segura de que se llevó el arma al correr?

—Yo creo recordar cómo golpeaba en cubierta y luego en el agua.

—¿Y su bolso?

—Sé que perdí el bolso al saltar, porque estaba en mi muñeca y se deslizó de ella.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Caí de cabeza y empecé a nadar. Luego pensé en recuperar mis cosas, pero vi luz en la playa, y me dirigí hacia ella.

—¿Cuánto nadó usted?

—Sólo unas brazadas, pues supuse que habría poca profundidad, y al ponerme de pie, me llegó a la cintura. Entonces vi la luz.

—¿Qué más hizo?

—Caminé hasta la playa.

—¿Sabía dónde estaba cuando llegó a ella?

—Sabía dónde estaba antes de llegar.

—¿Por qué?

—Reconocí el muelle que había cerca del yate.

—¿Cuál era?

—Uno destinado a repostar combustible. Está a unos doscientos cincuenta metros del embarcadero del club.

—¿Es el primero al norte del club?

—Sí.

—¿A qué distancia calcula usted que estaba entonces del yate?

—Si mal no recuerdo, entraba en aquel momento la marea. Al engancharse el ancla impidió que el yate se estrellara contra el muelle. Yo no estaría a más de doce o quince metros del muelle cuando salté al agua, y a unos diez metros cuando lo reconocí. Por entonces, ya vadeaba.

—¿Qué hizo usted?

—Salí del agua y me dirigí al aparcamiento del club. Guardo las llaves del coche bajo el felpudo porque a veces me olvido el bolso o pierdo las llaves. Por eso me fue fácil poner en marcha el automóvil.

—¿Qué más?

—Me fui a casa, me cambié de ropa y conté a mi marido lo sucedido.

—¿Qué hizo él?

—Me dijo que estaba completamente histérica, y sería cosa mala ponerme en contacto con la policía entonces. Antes debíamos saber lo sucedido. Mi marido decidió ir al yate y ver si había matado de verdad a Gilly, y si así era, lo diríamos a la policía. Luego me suministró doble dosis de un somnífero para calmarme.

—¿Y qué sucedió?

—Me sentí nerviosa hasta que las píldoras empezaron a surtir efecto. Después, lo primero que vi fue la luz del día y que mi marido estaba en pie ante mí, y dijo: «Phyllis, toma esta agua y otra pastilla».

—¿Qué hizo usted?

—Me desperté lo suficiente para tomar otra pastilla.

Mason se volvió a los periodistas.

—Ahí tienen, caballeros. Esa es la historia. Ahora, si quieren un breve período interrogatorio, mi cliente intentará responder a sus preguntas.

Uno de los periodistas empezó el diálogo:

—¿A qué hora se le disparó el arma?

La señora Bancroft lo miró sin sobresalto.

—Estoy de acuerdo con el forense en cuanto a la hora de la muerte. Alrededor de las nueve.

—¿Tiene inconveniente en decirme si vio a Gilly en otra hora de aquel día? —preguntó Hastings.

—No lo vi. Procuré evitarlo. Fue una sorpresa hallarlo a bordo del yate.

—Una historia muy verosímil —opinó el fiscal.

—Deje que preguntemos nosotros —propuso el periodista de provincias—. Quiero los detalles de la historia —se volvió a la señora Bancroft—. ¿Puede decirnos el motivo que le indujo a querer que Fordyce viviera a bordo de su yate, señora Bancroft?

Ella asintió.

—Fordyce era… Bueno, estaba en una situación… No, me temo que voy a descubrir algo que no quiero.

—¿Tenía el chantaje algo que ver con Fordyce?

—Prefiero no contestar a esa pregunta.

—¿Pagó usted mil dólares a Gilly?

—Sí.

—Y su hija Rosena, ¿pagó tres mil?

—Mi hija no me confió exactamente lo que había sucedido, pero yo sabía que era víctima de chantaje.

—¿Por la misma causa?

—Sí.

—Entonces este asunto afectaba a su felicidad.

—Prefiero no contestar.

Otro periodista dijo:

—¿Sabe dónde fue su marido después de que usted se acostara?

—No.

—Él le dijo que se iba al yate.

—Sí.

—¿Le preguntó después si había estado a bordo del yate?

—Sí. Me dijo que no pudo hallarlo. No estaba en el muelle. La niebla era muy espesa, y yo le había dicho que la marea habría acercado la embarcación. Según mis cálculos, tenía que estar a un par de metros del muelle cuando la marea descendiese hasta la altura del ancla.

—¿Y no pudo verlo?

—No.

—Luego admitió que estuvo en la bahía mientras usted permanecía inconsciente.

—Sí.

—¿Sabe si buscó el yate?

—Sí.

—¿A qué hora se fue su marido? —preguntó a su vez Hastings.

—No lo sé, pero serían las diez cuando llegué a casa y me quité las ropas mojadas, y, después de contarle la historia, creo que serían las diez y media, y las once menos cuarto al acostarme.

—¿Estuvo su esposo con usted hasta el momento que se acostó?

—Sí.

—Entonces —dijo Hastings a los periodistas—, puesto que la hora de la muerte fue fijada alrededor de las nueve, hubiera sido imposible para su marido disparar el tiro, cosa que Perry Mason intenta grabar en la mente de ustedes.

Los periodistas se miraron unos a otros.

Uno dijo:

—Tengo más preguntas, pero pueden aguardar. Ahora lo importante es el teléfono para dar las noticias al periódico.

—Tienes razón —aseveró otro—. En marcha.

—Quiero hacerle unas preguntas —dijo el fiscal.

Todos salieron de la biblioteca, dejando solo a Hastings.

—¿No piensa enviar su crónica? —preguntó Mason.

—No, todavía no. Necesito más información.

Mason se sonrió.

—Vistas las circunstancias, señor Hastings, creo que su devoción a la fiscalía del distrito de este condado está más arraigada que su devoción al periódico que temporalmente le ha dado credencial para asistir a esta conferencia.

»Quiero informarle que su período de interrogación ha finalizado y que la señora Bancroft no va a contestar más preguntas.

Hastings miró a Bancroft, y preguntó:

—¿Fue usted al muelle?

—No cometa más torpezas, Hastings —respondió Mason—. Ésta es una conferencia de prensa convocada para oír la versión de la señora Bancroft. Su marido no hará comentarios.

Hastings se enfureció.

—¡Lo de siempre! Usted querrá hacernos creer que el marido fue al muelle, que hay dos armas, y que fue él quien mató a Gilly. Así demostrará la inocencia de la señora Bancroft, para luego, en el

proceso del marido, decirnos que fue ella la que disparó. En cuanto a mí concierne, le aseguro que la historia oída condena sin remisión a la señora Bancroft.

»Y si ella alega más tarde que fue en defensa propia, tendrá que explicarnos por qué no lo dijo a la policía en su momento.

Mason sonrió antes de aclarar:

—No quería relacionar la muerte de Gilly con el chantaje, a fin de evitar que la policía la interrogase por las causas de éste, y por qué llevó a Fordyce al yate.

Hastings replicó:

—Muy bien; esperemos a que narre esa historia en el estrado de los testigos, donde tendré oportunidad de examinarla y hacer trizas su versión. Por otra parte, en modo alguno podrá usted, ante el Tribunal, dictarle las palabras que ha de decir. Tendrá que narrar los hechos con sujeción a las reglas de la evidencia, como hacen los testigos o acusados.

»Ahora sólo me resta decir que todo esto ha sido un ensayo y un intento por su parte de predisponer a la prensa a favor de ella.

»Le reto a que suba mañana al estrado de los testigos, y nos cuente de nuevo la misma historia.

—Usted prepare su caso, que yo prepararé el mío —dijo Mason —. La conferencia de prensa ha terminado.

Capítulo 21

El sheriff Jewett se quejó:

—En vista de la declaración de su cliente, señor Mason, no comprendo por qué me acusó de técnica de investigación incompetente por no marcar la situación del yate donde lo encontramos. Es evidente que la embarcación fue a la deriva con la marea hacia el centro de la bahía, donde quedó sujeta por el ancla.

—La cuestión radica —explicó Mason— en que usted ignora qué cosas cayeron por la borda del yate. En una palabra, usted no sabe qué pruebas del delito pudieron echarse por la borda.

—¿Qué le hace pensar que ocurrió eso?

—No pienso. Estoy seguro. Sin duda alguna, hay elementos de gran importancia que se hicieron desaparecer por ese método. Además, la simple técnica policial, para merecer este nombre, habría exigido fijar con exactitud la posición del yate y reconocer el fondo marino mediante el empleo de buceadores.

—No entiendo qué se propone —se quejó el sheriff.

—Lo averiguará antes de que se resuelva el caso —dijo Mason.

El sheriff, enojado, replicó:

—Bien, le diré lo mismo que usted al fiscal del distrito: cuídese de lo suyo, que yo lo haré de lo mío.

—Gracias —dijo Mason, sonriendo—. Permítame recordarle que la conferencia de prensa ha terminado. Hasta mañana, señora Bancroft, y, mientras, no conteste más preguntas. Diga sólo que hablará en el momento adecuado y en el lugar oportuno. Desde ahora en adelante, no diga nada a nadie.

Mason salió de la biblioteca.

Della Street preguntó:

—¿Por qué no demostró al sheriff que se habían usado dos máquinas de escribir en la nota?

Mason se sonrió.

—No ayuda a nuestro caso confundir al sheriff, pero sí mantener confundidos a los chantajistas.

—¿Cómo? Uno de ellos está muerto.

—¿Está usted segura de que sólo eran dos?

Della pensó unos segundos.

—No —admitió al fin.

—Exacto —respondió Mason, y, después de una pausa, añadió —: Vámonos a comer.

Capítulo 22

Eran las cuatro cuando Mason localizó a Paul Drake por teléfono.

—¿Has estado en la bahía, Paul?

—Estoy en ella.

—¿Cómo está el tiempo?

—Otra vez con niebla.

—¡Maldita sea! —se quejó Mason—. Esperaba que se alzase.

—Bueno, quizá sí. Parece que se aclara algo.

—¿Te has instalado en algún muelle?

—Me he puesto un mono blanco con el nombre de una compañía de petróleo en la espalda. Aparento ser un mozo de espera a las embarcaciones que han de repostar.

—Muy bien. Mantén los ojos abiertos.

—¿Qué miro?

—Posibles buceadores. Tengo la corazonada de que antes de finalizar la tarde verás al fiscal del distrito y al sheriff en unión de varios buceadores. He preocupado al sheriff. Ahora debe de pensar que debió explorar el fondo inmediato al yate, en donde lo encontró. Por otra parte, el fiscal del distrito querrá rebatir el testimonio de la señora Bancroft haciendo que examinen el lugar donde ella dice que saltó por la borda. Él está convencido de que el asesinato ocurrió en el lugar donde fue hallada la embarcación.

—Conforme, jefe. Estoy preparado.

—Cuando lleguen los buceadores, quiero saberlo —exigió Mason —. ¿Tienes teléfono público ahí?

—En el mismo muelle —informó Drake—. Estoy sentado en el interior de una pequeña cabina, desde donde veo toda la bahía.

—Bien. Pues no dejes de mirar.

—¿Cuánto rato?

—Que alguien te lleve comida —ordenó Mason—. Pon un relevo, si tienes precisión de ello, pero me gustaría que fueras tú quien realizase ese trabajo.

—Hace mucho frío con esta niebla —se quejó Drake—. Vine provisto de ropa normal.

—Bueno, corre y salta sin cesar —aconsejó Mason—. Si te frotas las manos en los muslos, facilitarás la circulación sanguínea. Además, si subes y bajas los brazos, podrás fingir que eres una gaviota que intenta volar.

—¿Por qué no haces la prueba en el lago? —preguntó Drake—. Es más cómodo para ti permanecer sentado en una oficina caldeada y decir lo que uno tiene que hacer para mantener el calor.

Mason se rió.

—Sigue en tu puesto, Paul. Sabes muy bien cómo guardar el calor.

Capítulo 23

Poco después de las cinco, Drake llamó a Mason.

—Hola, Perry. Ya se mueven por aquí.

—¿Estás en el muelle?

—Sí.

—¿Cómo sigue el tiempo?

—Está claro.

—¿Frío?

—Menos que antes con la niebla.

—¿Qué ocurre?

—Están aquí el fiscal, el sheriff, un par de ayudantes y un buceador.

—¿Qué hacen?

—Ahora aguardan de pie al buceador… ¡que por lo visto sale en este momento con algo en la mano!

—¿Puedes ver qué es?

—No, el hombre ha hecho señas al sheriff y al fiscal. No viene al muelle.

—Mantén fija la mirada en las cosas. No te separes del teléfono y dime lo que sucede.

—Conversan agrupados —informó Drake—. Ahora se hunde el buceador… nada debajo del agua… advierto su posición por las burbujas de aire.

—¿No tienes idea de lo que ha encontrado?

—No.

—¿No podrías dar un vistazo?

—No.

—¿Te parece que es un bolso?

—Probablemente. Al menos busca en donde se hallaba el bolso de la señora Bancroft. ¡Un momento, Perry! ¡Ahora regresa con otra

cosa! ¡Están jubilosos! El fiscal golpea al buceador en la espalda.

Mason respondió:

—Quítate el mono y vete a comer, Paul. Has terminado.

Capítulo 24

El juez Hobart dijo:

—Se da comienzo a la vista del caso Phyllis Bancroft. Es la hora fijada para reanudar la sesión y oír a la procesada. ¿Están a punto, caballeros?

—Un momento —solicitó Hastings—, si su señoría accede. Ayer dije que había concluido la acción fiscal, pero con la venia del Tribunal quisiera formular unas preguntas sobre ciertos aspectos dudosos y rebatir algunas críticas contra el cumplimiento de la ley en este condado, según cierta conferencia de prensa.

—A este Tribunal no le interesan las críticas ni las conferencias de prensa —saltó el juez Hobart—. Si desea aportar nueva evidencia, el Tribunal lo considerará como un intento de replantear el caso. ¿Hay alguna objeción por parte de la defensa?

—Ninguna —dijo Mason.

Hastings casi gritó:

—Que comparezca el sheriff Jewett.

Éste no tardó en subir al estrado de los testigos.

El fiscal dijo:

—Ya ha jurado una vez, sheriff. No es preciso que repita el juramento. Siéntese.

»Ahora, sheriff, concentre su atención en la conferencia de prensa acaecida ayer tarde. ¿Oyó usted cómo la procesada declaraba en dicha conferencia?

—Sí.

—¿Guardan sus palabras alguna relación con los sucesos de la noche del diez?

—Sí.

—¿Recuerda usted si hizo mención a los disparos?

—Dijo que tenía un revólver en el bolso, que lo sacó, y mató a

Willmer Gilly. Que luego saltó por la borda del yate, llevando el bolso, que supone se le cayó. También dijo recordar que el revólver fue a caer al agua, después de rebotar en la cubierta.

—Dígame, terminada la conferencia de prensa, ¿fue usted al lugar donde según ella hizo el disparo?

—Sí.

—¿Iba alguien con usted?

—Un buceador.

—¿Y qué hizo el buceador bajo su dirección?

—Exploró el fondo de la bahía.

—¿Halló algo?

—Este bolso de señora.

Hastings alzó un bolso de señora.

—Este bolso contiene tarjeta de identidad y licencia de conducir que, aunque bastante mojadas, están a nombre de Phyllis Bancroft. ¿Recuerda haberlo visto antes, sheriff?

—Sí, es el mismo que entregó el buceador.

—Ruego sea admitido como prueba —solicitó Hastings.

El juez Hobart frunció el ceño y miró a Mason.

—¿Hay objeciones?

—Ninguna, señoría.

—Bien. ¿Descubrió algo más el buceador? —preguntó Hastings.

—Sí.

—¿Qué?

—Un arma.

—¿Puede reseñarla?

—Sí, señor. Es una «Smith y Wesson» calibre 38, de seis disparos, número 133347. Tenía seis cápsulas en su tambor, una disparada ya. El registro de armas demuestra que fue comprada por Harlow Bancroft, marido de la procesada.

—¿Realizó usted ensayos balísticos con el arma?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue el resultado?

—Los ensayos demostraron que este revólver disparó la bala que mató a Gilly.

Hastings preguntó:

—En la conferencia de prensa hubo algunas críticas acusando a su oficina de no haber marcado el lugar exacto donde fue

descubierta la embarcación en la tarde del once, y por no haber explorado el fondo de la bahía. ¿Ha realizado luego algún intento de localizar el lugar exacto?

—Sí, señor.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Hallé el lugar exacto.

—¿Cómo?

—Consulté al piloto del helicóptero que descubrió el yate, y que sacó fotografías de la embarcación con marcas de tierra en la línea costera. Eso permitió localizar su situación exacta.

—¿Mandó a algún buceador a aquel lugar?

—Sí, señor.

—¿Qué descubrió el buceador?

—Absolutamente nada.

Hastings se volvió triunfante a Mason:

—Ahora puede usted interrogarlo —dijo.

Mason lo hizo.

—Sheriff, según sus palabras, entiendo que el buceador halló el bolso y el revólver en la situación exacta que la señora Bancroft había supuesto. Es decir, usted instruyó al buceador con las explicaciones dadas por mi defendida.

—Sí, señor.

—Por lo tanto, usted corrobora que es cierto cuanto dijo.

El sheriff se cruzó de piernas, volvió a descruzarlas, y luego comentó:

—Depende de lo que usted entienda por corroboración. Es como si un cazador nos dice que estuvo de pie junto a un roble y que luego disparó a un venado a mil metros de distancia, y si alguien lo duda, puede llevarlo junto al roble.

Los espectadores se regocijaron.

El juez Hobart dijo:

—No hay motivo para reírse, ni tampoco para sentirse gracioso, sheriff.

—Pido perdón al Tribunal. No era mi propósito burlarme de nadie. Se me ha preguntado si el hallazgo no corroboraba la versión de la procesada, y yo contesté lo mejor que supe. Nada corrobora su explicación de los hechos, señor. Al menos no en cuanto a lo que sucedió en el yate. El hallazgo sirve también para demostrar que el

asesinato fue voluntario y premeditado.

—Se ha referido a una fotografía tomada por el piloto del helicóptero.

—Sí, señor.

—¿Muestra la situación de la embarcación cuando fue descubierta?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted ahora enseñarnos la fotografía, por favor?

El sheriff extendió su mano y el fiscal le entregó una instantánea de ocho por diez.

—Ésta es la fotografía —dijo el sheriff—. Mejor dicho, es una ampliación que muestra el yate. Las cruces marcan porciones inconfundibles de tierra en la costa.

—Bien. Ahora dígame, ¿ha comparado esta fotografía y la situación del yate con la carta marítima de la bahía, que yo introduje como prueba?

—No lo he hecho, pero puedo hacerlo.

—Hágalo, por favor, y díganos la profundidad del agua en aquel lugar.

El sheriff se volvió al secretario, que buscó entre los papeles y sacó la carta que Mason había presentado como prueba el día anterior.

Después de varias comprobaciones, el sheriff dijo:

—Parece ser que la profundidad del agua en aquel punto con marea baja es de tres metros.

—¿Sabe usted cuánta cadena de ancla pendía de la embarcación cuando la encontró?

—Sí, señor. Lo sé. Había aproximadamente unos quince metros.

—Sin embargo, cuando usted halló la embarcación, y también cuando hicieron esta fotografía, el yate se balanceaba alrededor del ancla en la marea alta. No obstante, unas horas antes el yate debió de balancearse en marea más baja, y con unos quince metros de cadena fuera es lógico que se movería en círculos completos.

—Creo que el buceador concedió margen para ese supuesto.

—Usted cree que lo hizo.

—Le ordené que revisara minuciosamente los alrededores.

Mason se volvió al juez.

—Ya es hora de advertir a este Tribunal que las declaraciones

hechas por este testigo en cuanto a lo que hizo, lo que vio y lo que encontró, no supone testimonio directo, y sí eco de cuanto ha oído. En tal caso, su evidencia carece de fuerza probatoria.

—Si el Tribunal lo desea —intervino Hastings—, podemos comprobar los hechos. El buceador espera ser llamado. Desde luego, no era mi intención hacerlo comparecer.

—Entonces será mejor que lo llame —dijo Mason—. Si se me concede la oportunidad de interrogarlo, retiraré mi oposición a la evidencia del sheriff. De otro modo, me veré en la necesidad de mantener mi punto de vista, ya expuesto.

—Muy bien —contestó Hastings—. Puede retirarse, sheriff. Llamaré a Fremont L. Dibble al estrado.

Dibble prestó juramento, y dijo ser buceador, requerido por el sheriff y el fiscal para investigar el fondo de la bahía en ciertos lugares.

—Usted investigó en primer término el fondo inmediato al muelle donde repostan de combustible las embarcaciones, situado al norte del club náutico. ¿Qué halló en el fondo?

—Un bolso de señora y un revólver.

—Éste es el bolso de señora que ha sido presentado como evidencia —lo alzó—. Ahora pregunto, ¿es el bolso hallado?

—Sí, señor.

—Esto es un revólver —lo enseñó—. ¿Es el revólver que encontró usted?

—Sí, señor.

—Cerciórese —dijo Hastings al testigo.

—¿Se conserva el bolso en el mismo estado que lo encontró? —preguntó Mason.

El testigo lo examinó cuidadosamente.

—Sí, señor.

—¿El contenido es el mismo?

—Sí, señor.

—¿Había dinero en el bolso cuando lo encontró?

—Sí, señor. El bolso contenía un portamonedas con tres billetes de veinte dólares, dos billetes de diez dólares, uno de cinco dólares, tres de un dólar, y unas monedas.

—¿Estaba todo eso en el bolso cuando lo halló?

—Sí, señor.

—¿No había más dinero?

—No había más dinero. No, señor.

—¿Está el revólver en el mismo estado como lo encontró?

—Sí, señor.

—¿Cuál era la posición del revólver en cuanto al bolso?

—El arma se hallaba a… unos seis o siete metros de distancia.

Mason dijo:

—Ahora el fiscal del distrito no le instruye, pero usted es un buceador profesional que sabrá reconocer el punto que estoy señalando en la carta marina. En este punto hay un círculo hecho a lápiz que encierra la palabra «yate». ¿Correcto?

—Sí, señor.

—¿Buscó allí?

—Sí, señor.

—¿Y no encontró nada?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Bueno —respondió el testigo—. Había una lata vieja de las usadas para el cebo de los anzuelos, que tal vez tirarían por la borda. Pero estaba a unos treinta o cuarenta metros del lugar donde fue encontrado el yate.

—Sin embargo, puesto que el yate estuvo balanceándose alrededor del ancla con la marea baja, es de suponer que sus círculos serían más amplios con marea baja.

El testigo se quedó pensativo y, luego, dijo:

—Supongo que sí.

—¿Cómo supo que era una lata de cebo de anzuelos? —preguntó Mason.

El otro, sonriendo, dijo:

—A semejante profundidad, la iluminación es muy buena. Pude leer el rótulo del envase. Éste había contenido judías en conserva y estaba vacío, y yo supuse que debió de servir para transportar cebos.

—¿Qué clase de rótulo?

—De tipo corriente. Un simple papel adherido alrededor de la lata.

—¿La describe como una lata *vieja*?

—Bueno —dijo el testigo sonriente—. No vi a nadie pescando y

juzgué que estaría allí desde tiempo.

—¿Con el rótulo aún pegado?

El testigo frunció el ceño.

—Bueno, bien pensado, puesto que conservaba el rótulo, sería mejor describirla como una lata usada para cebo en vez de una lata vieja de cebos. Después de todo, no importa cuán vieja sea.

El testigo se volvió a mirar al fiscal con una sonrisa en los labios.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

Luego se dirigió al juez.

—Ahora, si su señoría accede, vista la última evidencia, me gustaría formular una o dos preguntas al testigo de cargo, Stilson Y. Kelsey.

—Tiene usted derecho a examinar de nuevo a cualquier testigo, dada la introducción de esta evidencia después de que el fiscal hubiese cerrado el caso —dijo el juez Hobart—. Señor Kelsey, ocupe el estrado.

Kelsey, más fanfarrón esta vez, se sentó.

Mason preguntó:

—Señor Kelsey, ¿asistió a la conferencia de ayer, donde la procesada contó su historia?

—No, señor.

—Pero sí se enteró de cuanto se dijo.

—Sí, señor.

—Y, precipitadamente, hizo un viaje a la playa con un equipo de inmersión. Ya en el lugar que la procesada había descrito, buceó hasta encontrar un bolso que contenía unos tres mil dólares en billetes de cincuenta y cien dólares, de los que se apropió. Luego, a fin de *plantar* la evidencia que acusaría a la procesada, tiró el arma homicida cerca del lugar donde estaba el bolso.

—¡Qué! —exclamó Kelsey—. ¡Vaya, yo…!

—¡Oh, señoría! —interrumpió Hastings—. ¡Esto es impropio! ¡Esto es completamente incorrecto! El testigo no está siendo juzgado.

—Se le juzgará —respondió Mason—. Me propongo demostrar que antes de que la procesada contara su historia, otro buceador exploró por mi cuenta el fondo de la bahía en aquel punto. El bolso estaba allí con tres mil dólares. Mi buceador sacó los tres mil dólares y los sustituyó por otros que yo había retirado del banco, y

de los cuales conservo los números. Entonces no había ningún revólver cerca del bolso.

»Ahora bien, alguien fue apresuradamente al lugar, cogió los tres mil dólares del bolso y puso el arma homicida donde fuera hallada.

»Esta persona tenía que ser el asesino… precisamente el socio de Gilly, que se le unió en el yate poco después de que la procesada se marchase, dejando un bote atado al yate. El hombre permaneció en la embarcación mientras la marea subía, y el bote y el yate iban a la deriva hacia otra parte de la bahía. Estuvo sentado con Gilly, que comió alubias en conserva cogidas de la despensa del yate, y cuyo envase tiró después por la borda. Luego discutieron, al acusar a Gilly de engaño en cuanto a la recompensa. Ése fue el origen del disparo que lo mataría, precisamente con el revólver que la señora Bancroft dejó caer en la cubierta del yate cuando saltó por la borda.

»Posteriormente, el asesino abandonó el yate, luego de buscar el dinero, que no halló.

»El asesino remó hasta la orilla y…

—¡Eh, un momento! —gritó Kelsey—. Usted no puede acusarme de eso, puesto que tenía un detective detrás de mí. Éste me siguió todo el camino desde mi entrevista con Eve Amory a los apartamentos de Ajax-Delsey.

Mason se sonrió.

—Así, ¿sabía que era seguido?

—¡Naturalmente!

—¿Y qué hubiera evitado, sabiendo que era seguido, y que el detective estaba delante de los apartamentos de Ajax-Delsey, que se deslizase por la parte de atrás y cogiera un coche aparcado allí, y se fuera al embarcadero?

—Usted no puede probar eso —rugió Kelsey.

—Sí, puedo. Los billetes que coloqué en el bolso de la señora Bancroft me fueron entregados en un banco mucho después de la muerte de Gilly. El banco tiene los números de los billetes, y, a menos que esté equivocado, usted tiene esos tres mil dólares, bien en un bolsillo o escondidos en alguna parte de su habitación o en su automóvil. Desde luego, pienso solicitar inmediatamente permiso de registro.

Durante un momento largo, angustioso, Kelsey miró a Mason, calibró la situación, y, repentinamente, antes de que nadie pudiera

detenerlo, saltó del estrado de los testigos y cruzó la puerta hacia las dependencias del juez.

Pasada la primera sorpresa atontadora, el sheriff inició la persecución.

Mason se volvió sonriente a Bancroft.

En un pasillo distante, se oyó la voz del representante de la ley que gritaba:

—¡Alto o disparo!

Se captaron dos tiros en rápida sucesión.

Minutos más tarde regresó el sheriff con Kelsey esposado.

—Si su señoría lo permite —dijo Mason—, creo que si el sheriff registra al prisionero, hallará unos billetes cuyos números coincidirán con la lista que me facilitaron en el banco.

»Kelsey pensó que Gilly lo había engañado en relación con los tres mil dólares. Después de oír la historia de su cómplice en el yate, pensó que éste había vuelto a engañarle, creído de que la señora Bancroft le había entregado una fuerte suma de dinero antes de que lo encañonara.

»Este Tribunal recordará que el brusco balanceo del yate al trabarse el ancla hizo perder el equilibrio a la señora Bancroft, disparándose el revólver. Es lógico suponer que Gilly también perdería el equilibrio, y después del primer disparo, tuviera suficiente presencia de ánimo para quedarse quieto a fin de evitar un segundo disparo.

»Kelsey acusó a Gilly de engaño. Tenía el arma, que no había caído por la borda, sino que se quedó en cubierta. Usó el revólver para matar a Gilly a sangre fría. Luego lo registró en busca del dinero. Su sorpresa y desconcierto debieron de ser grandes al comprobar que Gilly no tenía ningún dinero.

»Entonces dejó el yate, remó hasta la costa, cogió el coche que había probablemente robado, regresó por la puerta de atrás a los apartamentos Ajax-Delsey, fue al apartamento de Gilly y, cuidadosamente, fabricó la evidencia de la última comida de Gilly, consumida en un apartamento antes de ir al club. De este modo hizo que el forense creyera que la muerte había ocurrido unas horas antes.

El juez Hobart miró a Kelsey, y dijo al sheriff:

—Registre a este hombre. Veamos si tiene los billetes en su

poder, cuyos números han de coincidir con esta lista que el señor Mason acaba de entregarme.

Capítulo 25

Diez minutos más tarde, el juez, que, ayudado por el fiscal, había comprobado cuidadosamente los números de los billetes hallados en la cartera de Kelsey, dijo:

—Estos números concuerdan, Mason. Entiendo, señor Hastings, que podemos dar por concluso el caso de la señora Bancroft.

—Estoy de acuerdo —dijo, humilde, Hastings.

—Quiero prestar una declaración —habló Kelsey.

—Cualquier cosa que diga puede ser usada contra usted —dijo el juez Hobart—. No está obligado a hacer ninguna declaración. Si la hace, se entiende que es libre y voluntaria, y puede usarse en contra de usted.

—Lo sé —contestó preocupado Kelsey—. Sólo quiero decir que el señor Mason lo contó todo muy bien, excepto una cosa. Realmente maté a Gilly en defensa propia. Lo acusé de engaño, y de preparar algo que yo ignoraba.

»Denegó la acusación y yo me propuse registrarlo. Avancé hacia él, que cogió un cuchillo, y se acercó a mí. Entonces disparé.

—¿Qué más? —preguntó el juez Hobart.

—Lo registré. No hallé el dinero que suponía, pero sí el resto de los mil dólares que había sacado de la señora Bancroft. Era un embustero por naturaleza y cuando supo que iba a descubrirlo intentó matarme.

—¿Qué hizo con el arma? —preguntó el juez.

—La oculté donde no pudiera ser hallada. Más tarde, cuando supe la historia que la señora Bancroft había contado a la prensa, puse una bala en el tambor y tiré el cartucho vacío. Provisto de un equipo de inmersión, busqué el bolso, saqué el dinero y planté el arma cerca del bolso. Debido a las circunstancias, me consideré con derecho a aquel dinero. La idea fue mía y no de Gilly.

El juez Hobart se volvió a Mason:

—¿Qué sucedió con la bala que disparó la señora Bancroft?

—Sólo una cosa pudo ocurrir —dijo Mason—. Falló el blanco al caerse Gilly, probablemente por escasos centímetros. Luego debió de salir fuera a través de la puerta abierta de la cabina. Recuerde que Gilly había estado elevando el ancla, que tenía el motor en marcha, y que regresó a la cabina. La puerta debía de estar abierta. La bala que la señora Bancroft disparó pasaría a través de ella.

El juez Hobart frunció el ceño.

—Éste ha sido un caso muy interesante y significativo —dijo—. La defensa merece una felicitación por su habilidad y pericia. Pero también merece ser felicitada la señora Bancroft, por lo bien que secundó la estrategia de su abogado, hasta desenmascarar al verdadero asesino.

»Ahora, y sólo a título de curiosidad, me gustaría saber si es cierto que el testigo Drew Kirby se equivocó en la identificación del hombre que acompañaba a la señora Bancroft aquella tarde del diez.

—Se equivocó —respondió Mason—. Aquella persona en realidad era Irwin Víctor Fordyce.

—¿Y qué le ha sucedido a Fordyce? —preguntó el juez.

—O fue asesinado, o bien consideró más beneficioso desaparecer y mantenerse oculto.

Harlow Bancroft se levantó:

—¿Puedo hacer una aclaración?

—Adelante —dijo el juez.

—Creo que Irwin Fordyce desapareció, pues sabía que la policía lo buscaba, acusado de atraco a una estación de servicio.

»Quiero aprovechar esta oportunidad para declarar públicamente que todos nosotros podemos cometer errores. Yo he cometido los míos. En una temporada de mi juventud irresponsable, robé un automóvil y estuve en la cárcel. Eso me sirvió para enmendar mi vida y empezar de nuevo. Prometo públicamente que si Irwin Fordyce quiere entregarse, procuraré que tenga un juicio justo y el mejor abogado, sin que importe la cuantía de su minuta. Contrataré al señor Mason, y si es culpable del atraco a la estación, que pague su culpa. Si no es culpable, una vez en libertad le ofreceré un cargo de responsabilidad en una de mis compañías. Ésa

será su oportunidad para empezar su vida de nuevo.

Los fotógrafos de prensa se apiñaron a su alrededor centelleando las lámparas de sus máquinas.

El juez Hobart se sonrió y dijo:

—Celebro que haya hecho esta declaración, señor Bancroft. Esto es hablar como un hombre, y estoy seguro de que se alegrará de haberlo dicho.

»En cuanto a su deseo de un juicio imparcial, el final del caso que se acaba de cerrar habla por sí solo.

El juez se volvió al fiscal:

—La señora Bancroft queda en libertad. El señor Kelsey bajo custodia del sheriff.

Epílogo

Mason, Della Street, Paul Drake, Harlow Bancroft, Phyllis Bancroft y Rosena Andrews se reunieron en la oficina del abogado.

La señora Bancroft dijo llorosa:

—Nunca podré expresarle cuánto significa lo que ha hecho por mí, señor Mason.

Bancroft sacó el talonario de cheques.

—No puedo decirlo en palabras, pero voy a intentar escribirlo en un talón.

Mason comentó:

—Celebro, señor, que haya tenido el valor, decisión y hombría para hacer la declaración que hizo en el Tribunal. Desde ahora hallará que la vida es mucho más grata —se alzó de su asiento—. Quiero estrechar su mano, Bancroft. Pocas veces tiene uno oportunidad de estrechar la mano de todo un hombre.

Mason y Bancroft se estrecharon las manos.

Rosena, impulsiva, besó al abogado. Su madre hizo otro tanto.

Mason, con pintalabios en ambas mejillas, sonrió a Della Street.

La secretaria sacó levemente el labio inferior, y dijo:

—Creo que yo puedo opinar lo mismo.